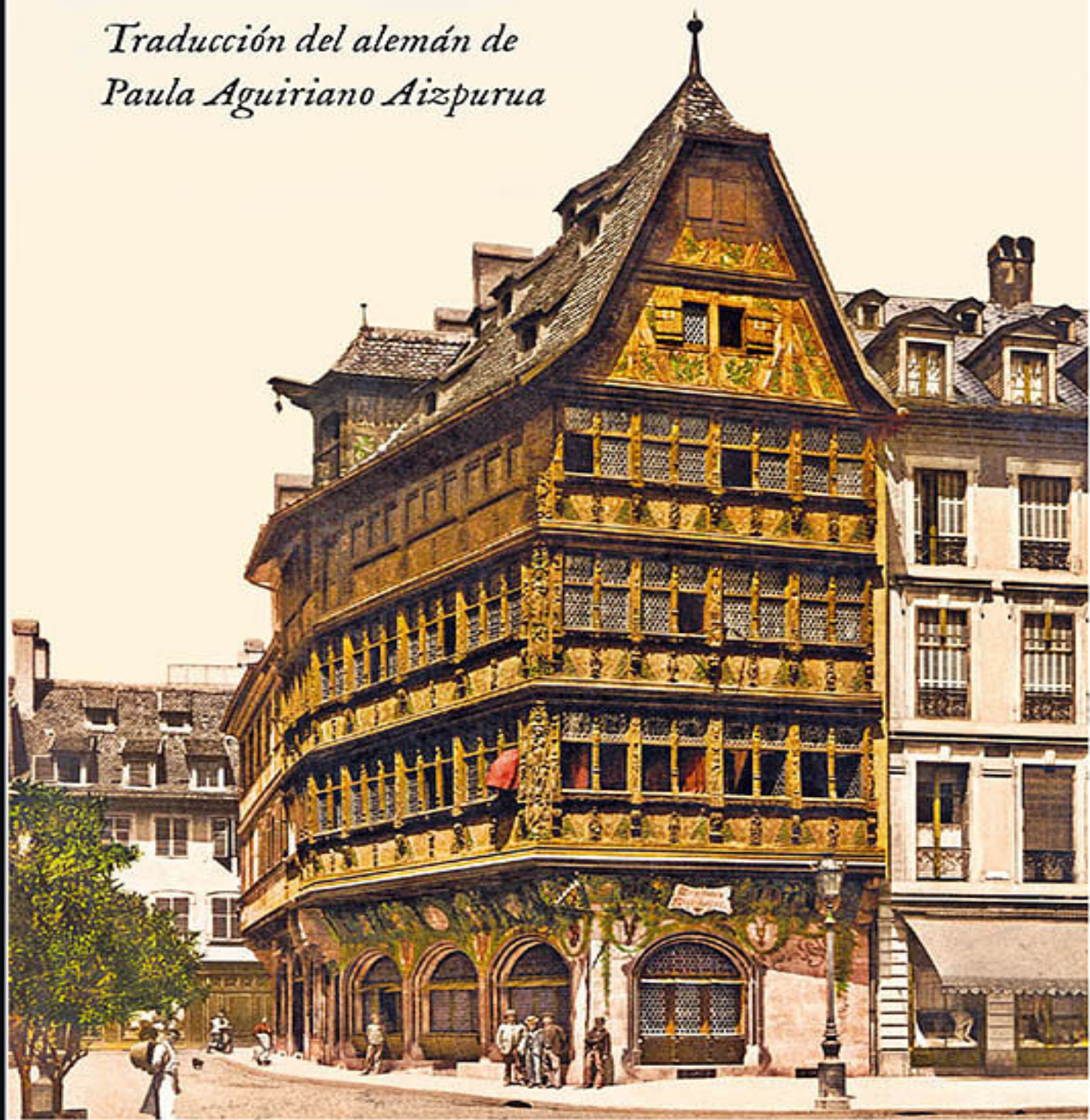


ARMIN ÖHRI



La musa oscura

*Traducción del alemán de
Paula Aguiriano Aizpurua*



En el Berlín de 1865 una mujer es asesinada de manera brutal. Julius Bentheim, un joven estudiante de Derecho que, gracias a su talento como dibujante, gana algo de dinero realizando bocetos de escenas de crímenes, colabora con la investigación. Todos los indicios apuntan a la culpabilidad del excéntrico profesor de filosofía Botho Goltz, empezando por su propia confesión de los hechos. Sin embargo, cuando el presunto asesino es finalmente llevado ante la justicia, hará gala de una astucia tan maquiavélica —no hay arma homicida, no hay móvil y la policía incluso ha hecho desaparecer sin saberlo algunas de las pruebas— que acabaremos preguntándonos si Goltz pagará por su sórdido crimen o si conseguirá justificar ante todos su inocencia.

Es esta una soberbia novela de detectives en la que escuchamos ecos del mejor Balzac, de Dickens, de Zola, y que crea una suerte de espejo en el que se refleja lo más oscuro del Berlín decimonónico y de la condición humana.



Armin Öhri

La musa oscura

Julius Bentheim -1

ePub r2.2

Titivillus 17.07.2021

Título original: *Die Dunkle Muse*
Armin Öhri, 2012
Traducción: Paula Aguiriano Aizpurua, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



A Wilkie

Venid, venid, ya nace el día,
el día del temor y del miedo,
el día que todo lo encauzará
y lo descubrirá.

El día de la furia, el día de la ira,
el día de la rigurosa venganza,
el día de la espina y de la púa,
de la causa injusta.

ANGELUS SILESIIUS,
Das jüngste Gericht

CAPÍTULO UNO

El día de su asesinato empezó para Lene Kulm de la forma habitual. Aquel 12 de julio de 1865 durmió hasta las once y después se encaminó hacia el matadero, donde hasta bien entrada la tarde se encargaba de recoger los huesos y los tendones inservibles de los cerdos y las vacas sacrificados y los tiraba a enormes cubas de hierro. El trabajo era desagradable y estaba mal pagado, pero nadie le disputaba el puesto y necesitaba el dinero para pagar el alquiler. Lene era joven, no hacía mucho que había cumplido los veinte años. Su físico no estaba tan estropeado como cabría esperar por su modo de vida, y gracias a su rostro ovalado y a sus ojos verdes oscuros casi se la podía considerar guapa.

Recogió mecánicamente los restos que los matarifes habían dejado tirados y limpió la rejilla metálica del suelo con agua. Alrededor de los desagües se formaron charcos rojos. Algunos de sus compañeros le dirigieron un par de palabras, pero Lene se limitó a asentir, ausente. La sangre animal que se escurría por la alcantarilla hizo que le vinieran a la cabeza las peleas de las dos últimas noches. Como siempre que tenía la regla, su novio la insultaba, le pegaba y la humillaba. Pensó con tristeza en la noche que le esperaba: una vez se pusiera el sol intentaría conseguir un par de clientes.

Era natural que durante la menstruación su segunda fuente de ingresos mermara. Sin embargo, siempre encontraba clientes poco escrupulosos. Ese día tomó una cena fría en un tugurio atestado de humo. Después de pagar, buscó el retrete para refrescarse. La antesala era estrecha y ni siquiera había un espejo sobre el lavabo.

Lene se llevó la mano al bolsillo izquierdo de la falda y sacó un espejito, una borla y una polvera barata. Se maquilló profusamente y se abrió los botones superiores de la blusa. Con movimientos torpes, tironeó de su camisa interior hasta que el canalillo entre sus pechos fue claramente visible. También movió los hombros, primero hacia la derecha y después hacia la izquierda, y se aseguró de que se le vieran las aureolas pero que los propios pezones solo se intuyeran.

Se inclinó hacia delante para convencerse de que la zona del vientre seguiría cubierta en caso de que la camisa interior se le moviera. Nadie debía ver los hematomas, que no harían más que ahuyentar a los clientes. Gregor, su novio, normalmente le pegaba de manera que las marcas no se notaran. El carácter ingenuo e insustancial de ella le hacía amarlo incluso por esa deferencia.

Lene Kulm se miró en el espejo. Asintió de forma imperceptible al considerar que su aspecto cumpliría su objetivo aquella noche.

Una vez fuera de la taberna, emprendió el camino hacia el Spree. Paseó lentamente junto al río hasta llegar a Friedrichswerder. Antiguamente, junto al edificio cúbico de la Academia de Arquitectura se encontraban los almacenes centrales de la ciudad y varias casas particulares, pero Karl Friedrich Schinkel, el famoso arquitecto, había hecho que lo demolieran todo. Lene se detuvo bajo el haz de luz de un farol. Le dolían las piernas y se frotó las pantorrillas. A su izquierda se encontraba el río con sus gabarras amarradas, a su derecha se alzaban las fachadas de varios bloques de viviendas, y si miraba al frente podía verse la Academia. No le gustaba demasiado ese estilo moderno. La construcción, de cuatro plantas y ventanas dispuestas de forma geométrica, le recordaba a los planos cuadriculados de las calles de América. Nunca había salido de Berlín, pero así de frío e inaccesible se imaginaba el progreso del Nuevo Mundo. El único motivo por el que visitaba aquella plaza era el parque, cuyos arbustos y árboles ofrecían suficiente protección para que Lene pudiera hacer su trabajo con tranquilidad.

Había empezado a anochecer y Lene paseaba arriba y abajo por la orilla. De tanto en tanto echaba un vistazo al agua, que fluía tranquila. Pocas veces permitía que los sentimientos la afectaran, pero esa tarde esperaba con impaciencia la llegada de la noche. Aún había demasiados transeúntes, demasiadas ventanas iluminadas en los edificios de ladrillo.

Un grupo de jóvenes se dirigía hacia ella; seguramente eran estudiantes. Actuaban con atrevimiento e incluso le silbaron. Varias damas elegantemente vestidas con gorgueras y bordados que deambulaban por allí los miraron con desprecio. Lene bajó la mirada hacia sí misma con indiferencia. Sus pechos se balanceaban alentadores bajo la camisa interior. Media hora después, cuando los caminos ya se iban vaciando, dio media vuelta y regresó paseando al parque. La chusma no tardaría en llegar.

La noche era templada. Una brisa cálida y agradable rizaba el Spree. Un hombre achaparrado y corpulento se le acercó por la acera. Ella, juguetona, se levantó la falda hasta descubrirse las rodillas, y la dejó caer de nuevo. El extraño pareció mostrar cierto interés ya que ralentizó el paso. Lene se apartó del haz de luz y se retiró a una tupida mata de aligustre.

El hombre la siguió.

—¿Cuánto? —susurró. El aliento a alcohol inundó la nariz de Lene.

—Cinco *groschen* de plata.

—Es barato —comentó sorprendido.

—Es que no hay completo.

—Limpieza general, ¿eh? —Refunfuñó desalentado. Aun así, observó su rostro más atentamente mientras le deslizaba una mano por el escote—. ¡Vaya delantera de campeonato! —opinó estrujándole la carne caliente—. Bueno, no vamos a andarnos ahora con remilgos. Aquí tienes.

Ella se guardó las monedas, cogió al cliente de la mano y lo condujo a través de los arbustos hacia la fachada delantera de la Academia. Los gemidos contenidos que se oían cerca indicaban que

había más parejas entretenidas por allí. Lene se dirigió hacia una de las ventanas, que por la noche se cerraba con persianas metálicas, y se sentó en el alféizar. Hábilmente, dejó que los tirantes de su vestido le resbalaran de los hombros para que las torpes manos de obrero del cliente pudieran sobarle los pechos.

Le toqueteó los pantalones, una prenda de trabajo de tela gastada, y le abrió la bragueta. Sus movimientos eran firmes, seguros y mecánicos, no había en ellos cariño alguno. El hombre gimíó en voz baja cuando se derramó entre sus dedos pocos instantes después. Apartó bruscamente a la ramera de sí y se abotonó la ropa. Lene se limpió la mano en el césped y salió detrás del cliente, que ya había llegado a la acera y había emprendido el camino a casa sin despedirse.

Se propuso firmemente conseguir al menos otros dos clientes esa noche, y lo cierto es que no tardó mucho en cumplir su objetivo. Al dirigir sus pasos hacia la Marienburger Straße, constató satisfecha el peso de las monedas que llevaba encima. Finalmente se detuvo delante de la entrada de una casa de vecindad de varias plantas. Abrió la puerta y avanzó hacia la oscura escalera. Solo a través del tragaluz del último piso entraba un débil resplandor. Además, los escasos faroles de gas no funcionaban nunca.

La muchacha estaba contenta por haber sido capaz de encontrar un alojamiento en aquel edificio, cuya fachada estaba tan profusamente decorada con estuco. Su novio y ella no vivían en la parte delantera, sino que ocupaban una buhardilla del ala lateral, pero para Lene era la apariencia lo que contaba. Pensando en ello, dobló la esquina del pasillo hacia el vestíbulo que conducía a las estancias comunes de su lado del edificio. Desde allí cruzó un patio interior, pasó junto a la cochera, en la que se oía relinchar a los caballos, y entró en la parte trasera.

Lene se preguntó cuántos inquilinos estarían acostándose unos con otros en ese momento. Podían ser bastantes, ya que el edificio era grande y estaba bastante compartimentado: las viviendas eran minúsculas y estaban abarrotadas. Sin embargo, allí la situación por

lo menos era aún soportable. Una compañera del matadero vivía a tan solo un par de calles de distancia y en su casa la gente se hacinaba incluso en los pasillos. La necesidad estimulaba el ingenio. Había también quien alquilaba colchones. Los lechos se compartían casi por turnos.

Una vez en el ático, Lene abrió la puerta que daba paso a uno de los pisos. En el suelo había un felpudo gastado. Una pata de corzo colgaba de un cordel que recorría la pared hasta una campana. En línea recta, el pequeño pasillo desembocaba en un patio de luces. Del techo pendían bolsas de papel atadas con cuerdas en las que guardaba hierbas secas. Las puertas a ambos lados conducían a los cuartos. El de la derecha lo ocupaba ella con su novio, Gregor; al inquilino del otro, un hombre obeso de barba pelirroja que vestía con demasiada elegancia para ese ambiente, solo lo veía de vez en cuando.

—¿Qué se le habrá perdido aquí? —le había preguntado su compañero un par de días atrás.

—Es rico, no hay más que ver la ropa que lleva. Puede que esta buhardilla sea su pequeño secreto.

—¿Quieres decir que trae aquí a sus mujeres?

—O a sus hombres.

—Ya, o a sus hombres —había repetido Gregor con una sonrisa maliciosa.

Sonrió al recordar la conversación y se detuvo ante el alféizar del patio de luces. El cristal estaba roto y dejaba entrar un vientecillo de lo más agradable. Abrió la ventana y se asomó al agujero, que imaginó como las profundas fauces de una bestia. Por una vez no se percibía ninguno de los olores que solía desprender la basura en descomposición de los vecinos. Los ocupantes de los pisos inferiores se quejaban constantemente de que los desperdicios de las plantas superiores desaparecían sin más por el patio.

Lene dudó un momento, y después se encogió de hombros. Se levantó varias capas de enaguas con decisión y soltó las cintas del cinturón menstrual que llevaba atado al vientre y a las piernas. Tras

varias maniobras, sacó un paño de algodón con bolas de musgo empapadas de sangre. Dejó caer la compresa por el patio y oyó como esta rozaba la pared antes de ser engullida por la negrura del abismo.

Su madre había intentado inculcarle a golpes la anticuada costumbre de no lavarse durante el período. Sin embargo, a Lene le horrorizaba el olor de la sangre descompuesta. Después de acercarse la mano a la nariz para comprobarlo, se la limpió en el alféizar y dio un paso atrás para cerrar la ventana. El marco chirrió un poco y en los pedazos de cristal se reflejó la silueta de un hombre iluminado desde atrás. A la manera de un caleidoscopio, los fragmentos dibujaron una caricatura de pelo rojo y barba encendida.

Lene se dio la vuelta, asustada.

En el umbral de la buhardilla vecina había un hombre corpulento, vestido con un distinguido traje masculino. Llevaba un pantalón gris de tirantes abotonados, y una larga levita del mismo color. La elegante imagen se completaba con un chaleco de seda estampada. Lo único que no invitaba precisamente a la confianza era el rostro hinchado de tono bilioso del hombre. Incluso sus ojos expresaban más lascivia que vida. Sin embargo, al empezar a hablar, su voz resultó ser suave y lisonjera, de manera que las reservas de Lene se desvanecieron.

—Disculpe que me haya inmiscuido en sus asuntos personales, estimada señorita Kulm —comenzó diciendo—. Debería haberme hecho notar. Un error imperdonable. ¿La he asustado?

Lene negó con la cabeza sin decir palabra. Se sentía mal, como pillada in fraganti, y por algún motivo también avergonzada ante aquel hombre de mundo, tan bien vestido.

—Usted debe de ser la señorita Kulm, ¿estoy en lo cierto? —Sus mejillas carnosas se arrugaron cuando se acercó a ella, sonriendo. En la mano portaba un bulto marrón oscuro, posiblemente una vieja prenda de ropa que había anudado por las mangas. Le guiñó el ojo en un gesto cómplice mientras volvía a abrir la ventana y dejaba el fardo de ropa sobre el alféizar—. Todos tenemos secretos, ¿verdad,

señorita Kulm? Así que si no me delata, yo tampoco la delataré a usted. ¿De acuerdo?

La muchacha asintió. Observó la chaqueta arrugada. Su novio tenía una igual, pensó mientras el hombre empujaba el bulto y lo lanzaba por el hueco del patio.

Cuando su vecino cerró la ventana, su mirada recayó sobre la repisa alargada de madera, y tuvo la impresión de que estaba bañada en color rojo. Levantó la mano instintivamente para comprobar si había algo de sangre.

Pero el lenguaje rebuscado del hombre, que volvía a disculparse, la trajo de vuelta a la realidad.

—Estimada señorita, le pido perdón una vez más. No es conveniente incomodar a nadie, lo sé. Soy incorregible... Y, sin embargo, a pesar de ser tan tarde, tengo que pedirle dos favores. Verá, señorita Kulm, esta tarde he sido convidado por su apreciado prometido.

—¿Gregor?

—Exacto, por Gregor Haldern. Sepa usted que me encontraba en el apuro de no contar con un cuchillo.

—¿Un cuchillo? —La situación cada vez le resultaba más grotesca.

El hombre se acarició la barba. Su aspecto imponente recordaba al del viejo emperador Barbarroja.

—Comencemos por el principio, señorita Lene —dijo con amabilidad y algo más de confianza mientras le tendía la mano—. Permítame: me llamo Botho Goltz, profesor de Filosofía. Como ya le he dicho, esta tarde me encontraba en un apuro. Debe usted saber que he adquirido una magnífica y jugosa riñonada en la carnicería a la vuelta de la esquina. Dado que acabo de instalarme, mi buhardilla aún no está del todo equipada. Ya dispongo de platos, vasos, e incluso de una bandeja para asar sobre la estufa de hierro fundido. Únicamente me falta la cubertería. Por eso me he permitido llamar a la puerta del señor Haldern para pedir prestado un cuchillo con el que trinchar el filete. Espere un momento, por favor...

Se dio la vuelta y desapareció en su buhardilla. Fuera, desde el pasillo, la mujer oyó un crujido y el ruido de sillas al ser arrastradas. Cuando regresó, el profesor sostenía un paquetito alargado envuelto en papel de periódico. Lene reconoció las páginas del *Allgemeine Zeitung*.

—No me quedaba agua para limpiar el filo —se disculpó Goltz.

—No se preocupe, no importa.

Le entregó el cuchillo envuelto y así permanecieron largo rato el uno frente al otro. La prostituta tuvo la sensación de que el hombre la examinaba.

Finalmente, cuando le resultó demasiado incómodo, Lene rompió el silencio.

—Antes ha mencionado usted dos favores.

—Sí, es cierto. Bien, ¿cómo explicárselo, señorita Kulm? El segundo favor es sin duda mucho más delicado. Resulta difícil dar con las palabras adecuadas.

—Hable sin rodeos, señor profesor.

—Seguro que ya se ha preguntado por qué un hombre como yo se ha instalado en un entorno como este, que es evidente que no parece corresponderse con su nivel. Naturalmente, con esto no quiero ofenderlos a usted ni a su prometido de ningún modo...

—Por supuesto que no —confirmó Lene, ingenua.

—Mi motivación es investigar la naturaleza de aquellos que por desgracia no siempre han gozado de buena fortuna. Los humanos estamos sometidos antes que nada a nuestros instintos. Una de mis características más destacadas es el apetito, lo confieso. Mi constitución ya le revela mi gusto por la comida, y que no desprecio tampoco el buen vino. Y no solo eso, también sé apreciar a las mujeres hermosas. Y precisamente usted, señorita Lene, es una mujer de una belleza excepcional.

Ella se sonrojó. Ni siquiera pareció darse cuenta de que se había dirigido a ella con un tratamiento más personal.

—¿Yo? En absoluto, señor profesor.

—Desde luego que sí, Lene. Lo único que buscaba era su cercanía. Ha llamado mi atención. Y no se avergüence, pequeña, ya conozco su fuente de ingresos secreta.

La prostituta comenzaba a vislumbrar adónde quería ir a parar aquel gordo. Todos los hombres son iguales, pensó cruzándose de brazos. En cuanto ven a una mujer bonita dejan de actuar con la cabeza. Pero antes le arrearía cien golpes en esa napa gorda y roja que tiene que aceptar cien *groschen* de plata por irme a la cama con él. Preferiría que esa fuera toda mi relación con el vecino.

Botho Goltz prosiguió sin dejarse desconcertar por la aparente postura de rechazo:

—Lene, me encantaría practicar el rito de Eros con usted, tenderla en el altar y adorar religiosamente su cuerpo inmaculado en una celebración del misterio. Por desgracia, esos días pasaron a la historia... Pero de todos modos deseo poseerla, Lene. Hoy mismo, esta misma noche...

—Estoy comprometida —acertó a decir ella en voz baja.

—Ni que decir tiene que ya he comentado mis pretensiones con el señor Haldern.

—¿Que ha hecho qué?

—Vaya dentro, Lene, y eche un vistazo a la cómoda de su buhardilla. Allí encontrará el primer pago que le he hecho por nuestra noche de amor. Su novio ha tenido la generosidad de dar el visto bueno a mi petición.

—¿El visto bueno? —repitió ella incrédula. Se dio la vuelta, empujó el picaporte y entró en el cuarto. Sobre la superficie de la cómoda distinguió un fajo de billetes. Desde la habitación contigua llegaban los ronquidos de Gregor.

—¡Cuánto dinero! —se le escapó.

—Y aún hay más —susurró una voz tras ella. El pelirrojo se había acercado. Rechinó los dientes y se pasó la lengua por los labios—. Ven, Lene, ven conmigo.

—Déjeme. Primero quiero refrescarme.

El rostro del hombre se ensombreció y un asomo de cólera le arrugó la frente.

—¡No, no hace falta! —le contestó bruscamente. Pero se corrigió enseguida, pensándolo mejor—. No, Lene, no te preocupes, ven conmigo.

Volvió a colocar los billetes donde estaban sin pensar en ello y dejó el cuchillo al lado. Su vecino esbozó una sonrisa fugaz mientras conducía a la mujer de la mano hacia su cuarto. La buhardilla era casi idéntica a la de Lene, solo que con la distribución invertida. La pared estaba revestida con paneles y unas cortinas de algodón cubrían el ventanuco, que seguramente tampoco dejaba pasar mucha luz durante el día. Apenas había muebles. Después de que Goltz encendiera una lámpara, la mirada escrutadora de Lene se detuvo sobre una mesa, una silla y un colchón que hacía las veces de cama. Junto a la estufa de hierro había una palangana llena hasta un tercio de un líquido oscuro. Al parecer era allí donde Goltz había cortado los filetes.

—Sabe que estoy menstruando... —comentó.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Y no le molesta?

—Hay otras muchas maneras de obtener placer.

Lene asintió. Conocía a la perfección las perversiones de sus clientes. Naturalmente, todo tenía su precio, y estaba claro que el profesor había averiguado el suyo. Mientras se quitaba la ropa, Goltz contó tantos billetes como los del anticipo que había sobre su cómoda, los envolvió en un paño encerado y los dejó sobre la mesa. Se acercó a ella sonriendo y pronunció una cita misteriosa:

—*Animula vagula blandula.*

Ella sonrió con timidez sin entender una sola palabra. Sí sabía que era latín, porque ya había oído esos sonidos extraños una vez en una misa católica.

Él le agarró los pechos con sus garras y sus dedos jugaron con sus pezones. El pelo rojo le crecía hasta en las manos. Ella intentó pensar en otra cosa con todas sus fuerzas, reprimiendo el

asco que le revolvía las tripas. Evocó flores, una excursión que había hecho de niña con unos conocidos, la sensación de sentir bajo los pies la amplia calzada de gravilla apisonada de la avenida Unter den Linden...

Lene Kulm se arrodilló y levantó el trasero. Recostó la cabeza apoyando la mejilla en un cojín, de manera que pudiera observar a su cliente por el rabillo del ojo. Este se desvistió. No pudo evitar sonreír para sí al ver su pene, que apuntaba hacia arriba como la manecilla deforme de un reloj de pie. Trató de relajarse cuando Botho Goltz se puso manos a la obra. Fue un suplicio aguantar que perdiera el control, que se moviera hacia delante y hacia atrás, que le agarrara las caderas y que finalmente dejara caer todo su peso sobre ella jadeando. Su cuerpo resbaladizo, el pecho e incluso su barriga de tonel estaban cubiertos de pelo mojado y sudoroso.

—No te muevas. —El hombre ya no le hablaba en susurros, sino con un tono duro e imperativo. Lene constató sorprendida que el profesor se secaba el miembro directamente con la sábana, y que después la utilizaba para limpiarle el ano. Parecía hacerlo con sumo cuidado, poniendo toda su atención en frotarle el trasero, dejando la sábana cada vez más sucia. Lene no se atrevió a darse la vuelta y levantarse hasta que él no dio la impresión de haber terminado su trabajo.

El pelirrojo estaba ocupado poniéndose la levita sobre el chaleco. No quedaba ni rastro de la cariñosa amabilidad con la que la había agasajado pocos minutos antes. Le lanzó el paquete de tela encerada con brusquedad. Ella se vistió apresuradamente, se despidió con un par de palabras vacías y salió de la buhardilla.

Cuando ya tenía la mano en el picaporte de su cuarto, el profesor volvió a dirigirse a ella. Lene giró sobre sí misma con un ligero y brioso movimiento que hizo que el pelo le ondeara. Fue un gesto gracioso que Botho Goltz, profesor de Filosofía, seguramente advirtió mientras sacaba el cuchillo y le rajaba el vientre desde abajo.

A Lene se le salieron los ojos de las órbitas. Quiso gritar, pero no pudo hacerlo porque una mano le tapó la boca. Un dolor espantoso como nunca había sentido antes la atravesó cuando Goltz giró la hoja en su interior antes de sacarla. Sus ojos miraban en dirección al rostro perfilado en rojo de su asesino, que recordaba más que nunca a una máscara demoniaca. La cabeza se le llenó de imágenes del matadero: músculos, tendones e intestinos desgarrados. El hombre hundió el cuchillo una vez más, rápido y con decisión. Esta vez fue en el cuello. Lene jadeó, trató de respirar, pero todo lo que le llegó a la tráquea fue un torrente de sangre caliente que la ahogó.

Botho Goltz sostuvo el cadáver en pie dejándolo reposar sobre sus fuertes brazos. Sacó hábilmente de su escote el paño encerado con los billetes. Acto seguido, arrastró a Lene hasta el centro del pasillo, donde la dejó sobre el suelo, y buscó con cuidado otros diez puntos en los que clavarle el cuchillo. Lo hizo con toda tranquilidad. Por último, rebuscó entre sus faldas hasta dar con la llave de su casa.

Después se puso de pie y contempló su obra. Se secó las manos en los pantalones y abrió la puerta de la casa de Lene. Desenvolvió los billetes y dejó caer la tela ensangrentada por el patio de luces. Con exactitud metódica, repasó una vez más los elementos que debía tener en cuenta. Asintió como para cerciorarse de que todo marchaba según el plan y solo entonces entró en su buhardilla...

Poco después volvió a salir al pasillo. Esta vez llevaba consigo un cuchillo limpio. Se arrodilló y sumergió la hoja en el charco de sangre que se había formado en el suelo. Se levantó silbando, de buen humor, abrió la puerta que conducía a las escaleras y agarró la pata de corzo para hacer sonar la campana. De pronto recordó la cita en la que Marcial afirmaba que un hombre bueno siempre es un principiante. Había estado a punto de cometer un error. La sonrisa de satisfacción de su rostro casi se había esfumado cuando empezó a aporrear con el puño la puerta de la buhardilla vecina.

Botho Goltz oyó el paso arrastrado de una persona con pantuflas seguido del ruido de un pestillo descorriéndose. En el umbral apareció una mujer de unos setenta años. De la parte superior de la nariz le nacían dos arrugas verticales que le atravesaban la frente. Unas gafas le colgaban de un cordón sobre el pecho. A pesar de ser mayor y de no ver bien, su saludo sonó grosero:

—Borracho, ¿no es así?

El profesor la miró con franqueza, casi como pidiendo perdón, le mostró el cuchillo y dijo:

—Perdone la molestia, señora, pero ¿tendría la bondad de avisar a la policía? Acabo de asesinar a su vecina.

CAPÍTULO DOS

El comisario de la brigada criminal Gideon Horlitz recibió la noticia del asesinato de Lene Kulm de madrugada. Cuando el mofletudo aspirante a policía al que habían enviado con el mensaje urgente lo encontró por fin, estaba registrando el escenario de una tragedia humana. Varias personas, la mayoría de uniforme, se arremolinaban a su alrededor discutiendo agitadamente y recorriendo la habitación con cintas métricas y tendeles. Solo uno había dejado de moverse: colgaba de una cuerda del techo y bajo él había una silla volcada.

El grupo de agentes había acudido a una de aquellas bocacalles algo alejadas, que, a diferencia de las del centro de la ciudad, no estaban abarrotadas de carros de caballos, obreros y holgazanes. La habitación en la que investigaban el suicidio formaba parte de un cobertizo situado en la parte trasera de un extenso terreno probablemente utilizado por su dueño como lugar de retiro, para descansar de la vorágine de la vida.

El comisario Horlitz se inclinó para observar con más atención el trabajo del dibujante de escenas del crimen.

—Buen trabajo, Bentheim. Su talento queda demostrado una vez más.

Julius Bentheim levantó la mirada un instante y sonrió agradecido. Tenía diecinueve años y, gracias a su habilidad, se ganaba un dinero extra para costearse sus estudios de Derecho. Pasó el pulgar por un punto del papel que no consideraba muy logrado y borró una pequeña mancha de carboncillo. A continuación, cogió una pintura blanca, después un lápiz de cera, y mejoró los

detalles de la imagen. Los policías le gritaban medidas de longitud y altura sin cesar. Había trazado la planta del lugar del crimen a escala 1:25, y ya solo faltaban unos pocos retoques para que el dibujo estuviese acabado.

Una vez concluyó, se puso a escuchar con atención la conversación entre Gideon Horlitz y el mensajero del antiguo Palacio Grumbkow, sede de la jefatura de policía.

—¿El profesor Goltz, dice usted?

El joven asintió y los ojos de su superior se encendieron.

—¡Caramba! Una presa importante.

—Por eso se requiere urgentemente su presencia, señor comisario. Es un auténtico caramelo para la prensa. Si se lo huelen, adiós tranquilidad.

—¿Quién más hay allí?

—Cuatro o cinco gendarmes, un juez de instrucción, un fiscal y el comisario Bissing.

Horlitz levantó una ceja.

—Y, dígame, si ya tienen un comisario, ¿para qué me necesitan a mí?

—Al parecer Bissing conoce personalmente al profesor —explicó el mensajero.

—Ajá, entiendo... —La mirada del comisario vagó por la sala hasta recaer en su dibujante. Más adelante, Julius Benthaim recordaría ese momento con martirizante claridad. Fue el instante decisivo en el que su vida tomó un rumbo que la marcaría para siempre. Y la diosa Fortuna, implacable, había decidido abrirle los ojos a los abismos del alma humana—. Señor artista —se dirigió a él Horlitz—: lo siento, pero su jornada acaba de prolongarse.

La vida despertaba poco a poco en la Marienburger Straße. Los primeros coches traqueteaban sobre los adoquines y las campesinas traían sus productos de las afueras a los mercados de la ciudad. Sin embargo, los inquilinos de la casa de vecindad aún no

sabían nada del crimen que se había cometido en el ático. Julius Bentheim estaba sentado frente al comisario en un landó, un coche de cuatro plazas y cuatro ruedas cuya capota podía abrirse y cerrarse. Aquella noche de julio había sido bochornosa, así que llevaban el coche descubierto. Habían recorrido en silencio algo menos de media milla prusiana cuando el chófer llegó a su destino y detuvo los caballos.

—Bajemos —dijo Horlitz entre dientes.

Salieron tras abrir la portezuela. El joven Bentheim estaba impaciente. Aunque sus estudios apenas le dejaban tiempo libre, le encantaban aquellos encargos, puesto que le posibilitaban conocer los rincones más singulares de Berlín. Además, no le pagaban mal. La labor que desempeñaba era mayormente nocturna, de manera que, además de la remuneración habitual, solía recibir un suplemento. Gran parte de las veces lo llamaban para reproducir las huellas de algún robo con allanamiento. De vez en cuando entraba en contacto con criminales de poca monta, putas y proxenetas. El trabajo era variado y estaba lleno de sorpresas; y eso era precisamente lo que le gustaba a Julius.

Un gendarme los aguardaba ya en la entrada. Saludó a los recién llegados con un gesto de la cabeza y les abrió la puerta. En la mano sostenía un farol, cuya sola luz bastaba para iluminar el portal.

—Resulta difícil orientarse aquí dentro. Esto es un auténtico laberinto. El fiscal ha creído que debía esperarlos aquí abajo. Y no le falta razón.

Subieron por la escalera que Lene Kulm había ascendido pocas horas atrás. Gideon Horlitz preguntó entre jadeos:

—Este fiscal que está de servicio, ¿es alto y delgado y lleva el pelo peinado de un lado a otro sobre la calva?

—Sí, señor comisario.

A Bentheim le pareció distinguir una sonrisa al débil resplandor del farol.

—Entonces es Theodor Görne.

—Efectivamente, así se llama.

—Hum... —El comisario murmuró algo incomprensible. Era un hombre de cincuenta y tres años y estaba echando barriga. Llevaba el pelo entrecano impecablemente peinado. Había servido durante quince años como comandante en un regimiento de dragones y de allí pasó al cuerpo de policía. En noviembre de 1848, había participado en la disolución de la Asamblea Nacional Prusiana por parte del ejército; una circunstancia harto embarazosa que se guardaba muy mucho de mencionar siempre que podía.

La escena que se les presentó al alcanzar el último piso tenía cierto aire caprichoso. Varias personas se apretaban en un espacio reducido, estorbándose unas a otras. A la derecha, un gendarme interrogaba a una vecina de rostro pálido; a la izquierda, en el pasillo, se veía el cadáver salpicado de sangre de una joven. A su alrededor había hombres uniformados pertenecientes al cuerpo de policía de Berlín.

Julius se sacó del bolsillo del chaleco el Mercier que le había legado un tío suyo y miró la esfera.

—¿Qué hora es? —preguntó Horlitz.

—Las cuatro y cuarto.

—Entonces los vecinos más madrugadores estarán a punto de levantarse ya. Esto puede convertirse en un circo cuando se den cuenta de que hay policía en el edificio. Sígame, Bentheim.

El exsoldado prusiano se abrió paso hacia los gendarmes situados en el lugar del crimen. Junto a la puerta de la buhardilla de la derecha había un hombre en cuclillas.

—Lene —murmuraba sin cesar—, Lene mía... —Su rostro parecía inexpresivo y tenía los ojos vidriosos. Su gesto torturado reflejaba un sufrimiento atroz. A Gideon Horlitz le resultaban ajenos los instintos propios de la gente común, como la lástima por un completo desconocido. Sin embargo, el joven Bentheim no pudo evitar sentir compasión por aquella criatura.

Uno de los gendarmes hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta de la segunda buhardilla, y Horlitz y Bentheim se volvieron hacia ella. Entraron juntos en la vivienda del profesor. En la estufa

de hierro que había en el centro de la habitación crepitaba un fuego que irradiaba un calor de lo más agradable. En una silla junto a la pared panelada del fondo estaba sentado un hombre achaparrado de cabello rojo intenso. El fiscal Görne estaba inclinado sobre él y le hablaba con insistencia. A cierta distancia, delante del ventanuco, dos hombres conversaban; uno de ellos era Moritz Bissing, el comisario comprometido. Cuando vio a Horlitz, le hizo una señal para que se acercara.

—¡Gideon! Qué bien que hayas podido venir. ¿Me permites que os presente? Este hombre que está a mi lado es el juez de instrucción Karl Otto von Leps.

Se dieron la mano. La del juez, un hombre decrepito de cara descarnada, estaba congelada.

—Encantado —dijo Horlitz respetuosamente.

Bissing prosiguió:

—He informado al señor juez de que el asesino confeso, al igual que yo, es miembro de la Sociedad Antropológica Renan y Feuerbach, así como académico correspondiente de la Academia de las Ciencias. El profesor Goltz y yo nos hemos visto ya en diversas ocasiones y nos conocemos mutuamente. Por eso me he permitido enviar un mensajero a buscarte, Gideon. Sabía que hoy tenías turno de noche.

—¿Puedes contarme qué medidas se han tomado hasta el momento?

—Señor comisario, disculpe que intervenga —dijo el juez—, pero, ahora que ha llegado, la presencia del colega Bissing ya no se antoja necesaria. Su relación con el autor del crimen es delicada, de manera que lo relevo de su tarea.

Moritz Bissing se inclinó sin decir palabra, le dio una palmadita amistosa en el hombro a Horlitz y se retiró. Karl Otto von Leps escudriñó con la mirada al joven dibujante, que estaba situado dos pasos por detrás del comisario y lo había oído todo.

—¿Y usted es...?

—Es mi protegido —respondió Gideon anticipándose a Bentheim.

—Bien, bien. Veamos, comencemos pues por el principio: la vecina, la viuda Bettine Lützow, ha dado la voz de alarma. Según su testimonio, el profesor Goltz ha aporreado su puerta con toda tranquilidad y le ha hecho saber que acababa de cometer un asesinato. Como es natural, la viuda Lützow se ha asustado, ¿quién podría reprochárselo? No recuerda las palabras exactas, pero Goltz ha pronunciado más o menos esta confesión: «Acabo de asesinar a su vecina».

—¿Ha dicho «asesinar» o «matar»?

—Podemos descartar un homicidio involuntario, si es ahí adonde quiere ir a parar. Ha tenido que actuar metódicamente. Por cierto, hemos identificado a la víctima como la ayudante del matadero Magdalene Kulm, de veintiún años, conocida por todos como Lene. Ya teníamos su expediente, debido a que ejercía la prostitución de forma ocasional y había sido detenida anteriormente.

—Magdalene... —repitió el comisario, meditabundo—. *Nomen est ornen*. ¿Y qué pasó después?

—El profesor regresó sin inmutarse a su cuarto, donde esperó a que llegaran los agentes. —El anciano señaló al pelirrojo con un movimiento rápido del brazo—. Desde entonces está sentado en esa silla y permanece en un obstinado silencio.

—¿Quién es el pobre diablo del pasillo?

—Según Lützow, el prometido de la señorita Kulm. Sin embargo, yo creo que se trata más bien de su amante y proxeneta. Aunque hay que reconocer que está destrozado. Y ahora le toca a usted, Horlitz: ocúpese del caso. Y ayude a ese fiscal antes de que vuelva a meter la pata. —Y, bajando la voz, añadió—: Entre nosotros, todo el mundo sabe que ese hombre es una vergüenza para el gremio.

Julius Bentheim bajó la mirada. Que incluso un juez pusiera en entredicho a sus propios fiscales no hacía más que corroborar la mala fama que tenía la justicia entre la población. La jefatura superior de policía y el calabozo municipal ocupaban el antiguo

palacio del mariscal de campo Von Grumbkow en Molkenmarkt. El tribunal penal se había instalado en 1771 justo al lado, en lo que había sido el palacio del conde de Schwerin. Debido a la violencia policial que a menudo se ejercía indiscriminadamente, el complejo se consideraba un auténtico epicentro del horror.

El comisario dirigió una mirada triste a Theodor Görne, que se las veía y se las deseaba con el sospechoso, y se encogió de hombros con resignación.

—Mi querido Julius, mire y aprenda. Y levante acta. Sabe hacerlo, ¿verdad? Papel y lápiz no le faltarán. —Rodeó la estufa y se ofreció al fiscal para hacerse cargo del interrogatorio. Görne se pasó la mano izquierda por la cabeza para alisar un par de cabellos y, aliviado, aceptó la oferta.

—Todo suyo —dijo escueto.

Gideon Horlitz se acuclilló delante del tipo obeso de barba roja y lo miró fijamente. Su barriga y su expresión salvaje y canalla le hacían parecer un personaje malvado sacado de un cuento. Para su sorpresa, en el rostro del profesor se dibujó una sonrisa, e incluso le dirigió la palabra:

—Ah, el nuevo comisario... Por fin podemos ponernos manos a la obra. Lo último que queremos es un escándalo judicial. Es muy loable que el bueno de Moritz se haya apartado voluntariamente del caso. Y bien, ¿en qué puedo ayudarlo?

Horlitz miró desconcertado a Bentheim, que entre tanto había afilado un lápiz de grafito y ya estaba poniendo por escrito con taquigrafía alemana en cursiva todo aquello que se decía. Utilizaba el sistema de Franz Xaver Gabelsberger, un bávaro, funcionario de la administración central, fallecido dieciséis años atrás. Su código era práctico y fácil de descifrar, y Julius también lo usaba en sus clases de la universidad.

—Bueno, eh... —balbuceó Horlitz—, ¿tiene algo que decirnos, señor profesor?

—Nada en absoluto. En lo que respecta a este complicado caso, apelo a mi derecho a guardar silencio. En cuanto me hayan

trasladado al Palacio Grumbkow, quiero que me asignen un abogado de oficio. Él se ocupará de todo. Eso me permitirá dedicarme de nuevo a mis estudios. Todo este embrollo policial resulta agotador. ¿No le parece, señor...?

—Gideon Horlitz.

—¡Ah, Gideon! Uno de los seis jueces de las tribus de Israel. Es un nombre bonito. Traducido significa «el aniquilador, el destructor». Esperemos que no destruya este caso, Gideon. O que el caso no lo destruya a usted.

Una sonrisa diabólica y fugaz se deslizó por sus mejillas antes de que recuperara su aspecto manso y afable.

—¿Renuncia pues a declarar?

—Correcto.

—Bien, si no quiere hablar, esto carece de sentido. Ordenaré su traslado a Molkenmarkt.

—Muy amable. Pero no es mi intención envolverme en un velo de completo silencio, comisario. Estoy a su disposición para entablar una pequeña charla... Elija usted el tema: literatura, filosofía, música... ¿Qué le apetece más?

—¿Y qué le parece la medicina? ¿Patología de la locura? —le espetó Horlitz.

—¡Bueno, bueno, señor comisario! ¿A qué viene semejante arrebató? Para demostrarle que comprendo la difícil situación en que se encuentra, voy a permitirme darle un consejo.

—¿Un consejo?

—Sí, un consejo. Una especie de recomendación más bien, una indicación, si así lo prefiere: pida que se elabore un inventario.

Gideon Horlitz se irguió por completo y recuperó el semblante impenetrable. El lápiz de Julius Benthaim descansaba sobre el papel. El dibujante observó con interés a su mentor, que movía la mandíbula y rechinaba los dientes. Finalmente, ordenó al profesor con un gesto desabrido que se levantara. Un gendarme que había seguido la escena desde el pasillo se acercó.

—Lléveselo.

Botho Goltz se dejó conducir hacia la puerta sin oponer resistencia. El joven Bentheim lo siguió con la mirada. Antes de que el pelirrojo desapareciera por el pasillo, lo oyó decir:

—Empieza a refrescar, ¿no cree? Deberían echar algo más de leña en la estufa...

CAPÍTULO TRES

Julius Bentheim no pudo realizar los primeros dibujos del escenario del crimen hasta mucho más tarde, con ayuda de las medidas recogidas. El lugar en el que se encontraba el cadáver era tan estrecho que se preguntó cómo demonios habrían evitado todas aquellas personas que investigaban allí dejar su propio rastro. Aunque seguramente no lo habían hecho: aquí veía una huella de zapato en un charco de sangre, allí descubrió un pedacito de papel. Con la precisión insobornable de un artista adscrito al realismo, dibujó todo lo que veía. Incluso aquellas impurezas que contaminaban el escenario. Dejó fuera eso que se conoce como elementos atenuantes —que como artista habría podido incorporar sin remordimiento alguno—, para conseguir que las imágenes reprodujeran fielmente la cruda realidad.

El escenario del crimen se fue vaciando poco a poco de gente. Después de que se marchara el viejo juez de instrucción, los gendarmes también abandonaron el ático. Hubo que sujetar a Gregor Halder, el trastornado amante de la víctima, que necesitaba atención médica.

—Pobre hombre —murmuró Theodor Görne, y se despidió también.

Solamente quedaron Bentheim, el comisario y un agente apostado como vigilante. El lugar parecía solitario y abandonado cuando Gideon Horlitz echó la llave de la puerta que conducía a la escalera. Ahora estaban aislados del mundo exterior, solos con el cadáver. Julius pulió un par de detalles, repasó una vez más las

líneas de la red de coordenadas que había trazado sobre los dibujos, y entregó su trabajo al comisario.

—Esto es mucho más útil que esas carísimas fotografías que tan de moda están —comentó Gideon—. En estas láminas el componente espacial está claramente resaltado. Algo que puede resultar decisivo ante un tribunal.

Julius, que se llevaba bien con uno de los fotógrafos de la policía, aprovechó la ocasión para informarse:

—¿Llamarán a Albrecht Krosick?

—Su compañero, ¿verdad?

—Sí, estudiamos juntos.

—He pedido que vayan a buscarlo. —Señaló a Lene Kulm con un gesto despectivo—. Espero que llegue antes de que esa de ahí empiece a oler. Pero dudo que pueda hacer nada con esta luz. Esto es un agujero.

Contempló los dibujos de Julius y suspiró.

—Vaya un desperdicio de talento, tener que dibujar estas cosas.

—¡Y que lo diga!

—Gracias, Bentheim, puede marcharse. Acuéstese. La noche ha sido dura, tiene que descansar.

—Ha sido un honor, señor comisario. Llevaré el acta de su conversación con Goltz al palacio mañana a más tardar.

—¿Utiliza el sistema Gabelsberger?

Julius respondió afirmativamente.

—Bien, deme los folios a mí. Yo mismo puedo pasarlos a limpio. Y, ahora, márchese —añadió con amabilidad, y abrió la puerta lo justo para que el muchacho pudiera deslizarse fuera.

De camino a casa, la imagen del cuerpo maltratado de la mujer no se le iba a Bentheim de la cabeza. Tenía el traje arrugado, la camisa sudada. Llegó a su habitación sin saber qué ruta había tomado. Lo único en lo que pensaba era en la horrible visión del cadáver. No conseguía que desapareciera de su mente. Cerró distraído las contraventanas para que no entrara luz en la habitación y se dejó caer vestido sobre la cama.

Le costó mucho dormirse.

Reflexionó con la mirada fija en el techo. ¿Cómo era posible que un académico de mundo como Goltz hubiera cometido un asesinato como aquel, tan carente de motivo? Botho Goltz le habría causado la impresión de ser un hombre educado, a ratos incluso todo un caballero, de no haber sido por sus manos ensangrentadas, las mismas que, en un arranque violento e iracundo, habían convertido a una mujer joven en un repugnante cadáver. Se sentía mareado, así que cerró los ojos y, sin darse cuenta, cayó en un profundo sueño vacío.

Se despertó bien entrada la tarde. Se afeitó y se refrescó en una tina con agua fría. Ese día se había perdido dos clases y tendría bastante que recuperar, pero en aquel momento eso apenas le preocupaba. Los pensamientos desagradables que lo atormentaron antes de dormir habían desaparecido, y salió de su cuarto silbando alegremente.

Julius Bentheim vivía bastante cerca de la Universidad Friedrich Wilhelm. Había crecido en el bosque del Spree con sus padres, una pareja de vendedores ambulantes que cada temporada volvían a probar suerte en las ferias de calabazas y rábanos de Lübbenau; pero ambos fallecieron cuando él tenía cinco años. Un caballo desbocado atropelló primero a su madre en la plaza de abastecimiento y después coceó a su padre. La mujer murió en el acto, mientras que el hombre sobrevivió al golpe y se debatió entre la vida y la muerte durante cuatro días y tres noches. Cuando sucedió lo inevitable, un tío del pequeño lo acogió, para después enviarlo a estudiar a la capital. Julius se enteró por casualidad de que la viuda de un oficial alquilaba cuartos por un módico precio. Visitó la casa y le gustó. Enseguida firmaron el contrato y en menos de una semana el estudiante se había mudado con la enérgica anciana. En la casa vivían otros tres muchachos, pero a dos de ellos Julius apenas los veía. Solo Albrecht Krosick, fotógrafo policial en ciernes y estudiante de Derecho, compartía de vez en cuando mesa con él.

Esta vez lo encontró en el salón, con la cabeza enterrada bajo una montaña de libros. Krosick, dos años mayor que él, era alto y delgado, y en épocas de exámenes se paseaba por el piso con las mejillas hundidas y unos profundos surcos bajo los ojos. El resto del tiempo era un tunante encantador que encontraba diversión en el vino, las mujeres y los cánticos. Era más habitual verlo en las tabernas que en la propia facultad, y el único deporte que practicaba era el levantamiento de jarras de cerveza. El venerable Jahn, padre de la Educación Física, seguramente lo habría presentado a su movimiento estudiantil como un ejemplo despreciable de ser humano.

—Dios te bendiga, querido Julius —le espetó el fotógrafo, haciendo gala de un envidiable buen humor. Apartó una pila de libros y le hizo sitio a su amigo.

—Hola, Albrecht.

—Muchacho, te veo los labios secos. Ya va siendo hora de un tinto, ¿no crees?

—Mejor cerveza.

—¡Cerveza! ¡Reconstituyente zumo de cebada! ¡El regalo de Dios a la humanidad! También me vale. Al menos no deja manchas. Venga, vayamos a cualquier taberna en la que podamos hablar.

Pasearon hacia la universidad. Se detuvieron delante del complejo de edificios formado por las dos alas laterales y el edificio principal de seis columnas situado más atrás. Albrecht miró a su alrededor. No tardó en aparecer uno de los numerosos vendedores de bebida que circulaban constantemente por delante de las aulas con sus carritos cargados. Albrecht dio un empujoncito a Julius y dijo:

—¿Qué opinas? El sol brilla, hace calor. ¿Taberna o parque?

—Parque.

—Buen chico.

Llamó al hombre del carrito y rebuscó algo de dinero en su cartera. Como el carro solo tenía dos ruedas, el vendedor llevaba una correa al cuello y bajo las axilas. Este yugo improvisado evitaba

que el invento volcara. En su interior había un barril lleno de agua fresca.

—Servíos —les invitó el hombre después de recibir un par de monedas, y señaló el barril. Krosick se remangó un brazo con decisión, lo sumergió en el agua y pescó un par de botellas. Los dos amigos abrieron el precinto de cera y brindaron. Después se dedicaron a pasear por la plaza. Los adoquines combados que se extendían delante del edificio principal discurrían alrededor de un pequeño parque. Detrás del seto que rodeaba el jardín, que llegaba a media pierna, había arbustos y árboles, y se habían colocado farolas a intervalos regulares. El fotógrafo señaló un bolardo sin decir palabra. Bentheim entendió lo que quería decir, y ambos se sentaron en el suelo y apoyaron la espalda en la piedra redondeada.

—Dime, Albrecht, ¿al final te han llamado para que fotografieras a Kulm?

Krosick estaba concentrado en observar a los transeúntes, así que se limitó a asentir.

—¿Y qué opinas?

—No sabría decirte, Julius. Ha tenido que ser un maldito chiflado. El torso estaba cosido a cuchilladas, profundas y violentas. Suena a pasional.

—¿Pasional?

—Desde luego, había emociones en juego. Una puñalada certera es asesinato, pero una docena huelen a pura saña. No tienes más que ver el antro en el que vivía Lene Kulm. Aunque no soy comunista, no puedo por menos que darle la razón a Engels en sus ideas sobre el proletariado. Cuando se vive y se crece en un entorno así, tarde o temprano resulta inevitable emprender el mal camino.

—Y si te digo que el presunto culpable es profesor de Filosofía en la universidad, ¿cambia eso tu opinión?

El fotógrafo giró la cabeza. Había conseguido despertar su curiosidad.

—¡Cuenta!

Bentheim bebió un trago de cerveza y lo informó de lo que había sucedido la noche anterior. Una vez finalizado el relato, Albrecht se rascó pensativo la sien. Observaron en silencio lo que ocurría a su alrededor y dejaron que su mirada vagase siguiendo a los peatones y los coches de punto.

—Mañana documentaré la autopsia —intervino Krosick un rato después—. Horlitz ha insistido en ello. ¿Quieres presenciara? Podría organizado.

Julius estuvo a punto de rehusar, pero cambió de opinión.

—¿Cuándo será?

—A las diez.

—Estoy libre hasta la tarde. Después tengo otra cita. Con una mujer mucho más llena de vida.

—¿Con la estimada señorita Sternberg?

—Sí, con Filine.

Albrecht esbozó una sonrisa burlona.

—Por lo que tengo entendido, la casta hija del pastor es aún más fría e inflexible que lo que queda de la pobre Lene.

—Todo a su debido tiempo, Albrecht. Y déjame decirte que eres un ordinario. Un ordinario incorregible.

—Lo sé.

Los dos amigos se miraron, y como si hubieran ensayado, soltaron a la vez una risita entre dientes.

CAPÍTULO CUATRO

Al día siguiente, poco antes de las diez, Julius Bentheim y Albrecht Krosick dejaron atrás la gran clínica universitaria de Zieglerstraße, situada justo al lado del hospital Chanté de Berlín. Caminaban animadamente y llegaron puntuales a la entrada de la antigua escuela de medicina militar. Llevaban consigo una cámara fotográfica de daguerrotipos, así como varias placas de colodión húmedo para revelar las imágenes allí mismo. Julius se sentía como un mulo cargado de fardos y baratijas. A la espalda llevaba varios paños negros que utilizarían para montar una carpa oscura.

—¿Sabes que esto era antiguamente un lazareto? —comentó Albrecht de pasada cuando cruzaron el umbral.

—Sí, algo había oído.

Recorrieron un pasillo repleto de médicos y enfermeras y giraron hacia la escalera, por la que bajaron hacia el sótano. Allí las lámparas de gas estaban abiertas casi al máximo, de manera que la luz del corredor deslumbraba. Vieron una sombra que salió de repente de una de las salas y que resultó ser Gideon Horlitz a contraluz. El comisario se acercó a los estudiantes con semblante serio y les estrechó la mano.

—Me alegro de que hayan venido los dos. Síganme.

Horlitz los acompañó hasta el final del pasillo, donde abrió una pesada puerta de roble que conducía a la sala de autopsias. El suelo, revestido con azulejos de color marrón claro que también cubrían las paredes hasta la altura de las caderas, estaba ligeramente inclinado hacia un desagüe. El olor a jabón y a

productos químicos que llenaba el aire se entremezclaba con el aroma a resina y a musgo de los conos de incienso. En la mitad izquierda de la habitación había diez mesas alineadas en dos hileras. Allí abajo la sensación era completamente distinta a la de los pisos superiores, donde en pocas horas el calor del verano se haría insoportable. A Julius el frescor que reinaba en aquel sótano le resultó tremendamente agradable.

Las mesas medían setenta por doscientos veinte centímetros. Las patas de madera tallada estaban barnizadas con una gruesa capa de esmalte repelente al agua, y las superficies, biseladas en diagonal para que los líquidos cayeran hacia el sumidero, eran de algún tipo de piedra pulida. Más o menos la mitad estaban ocupadas. Bajo las sábanas blancas se dibujaban cuerpos humanos. El cadáver de la primera mesa era el único desnudo y destapado: eran los restos mortales de Lene Kulm. En la otra mitad de la habitación, junto a un lavamanos, había un médico muy alto que rondaba los cuarenta y un jovencito, su asistente. Ambos se habían puesto batas sobre la ropa y estaban desinfectándose las manos con una solución de cloro cuando los tres recién llegados entraron en la sala de autopsias.

—¡Ah, inspector! —saludó el médico con amabilidad—. Puntual, como siempre. En eso se parece usted a Immanuel Kant. También nosotros podríamos poner en hora los relojes siguiendo sus movimientos.

Horlitz asintió satisfecho y se acercó a la mesa de disección.

—¿Dónde quieren que coloque el aparato? —preguntó Krosick mientras extendía sus utensilios sobre una mesa vacía—. ¿Prefieren que las tomas se realicen desde un lateral o desde los pies?

El doctor se aproximó a él secándose las manos con un trapo y sonrió sabiendo lo que se decía.

—Desde un lateral, joven; siempre desde un lateral. Sus zapatos le agradecerán que no se sitúe usted en el recorrido de las excreciones.

El fotógrafo lo miró desconcertado. Bajó la mirada al suelo, volvió a levantarla y, cuando entendió lo que le había querido decir, asintió. Levantó el trípode de la cámara junto a la mesa de disección y colocó el aparato sobre la base por medio de unas hebillas. En la parte delantera de la caja enroscó un objetivo. El que utilizaba había sido desarrollado por Petzval y Voigtländer y se consideraba especialmente sensible a la luz, ya que el tiempo de exposición que necesitaba era algo inferior a un minuto.

Mientras tanto, Julius Bentheim observó atentamente al médico, que se había dirigido al comisario y estaba enfrascado en una conversación con él. Tenía una complexión física robusta y una barba cuidada. Sus largos mechones de pelo estaban peinados con esmero hacia atrás y cubrían las zonas ralas del cogote. Bentheim ya había visto retratos de este hombre en los periódicos: se llamaba Rudolf Virchow y había sido elegido diputado al Parlamento prusiano por el Partido Progresista Alemán. Como patólogo, recientemente había causado sensación con la publicación de tres libros en los que resumía treinta lecciones en torno al tema de los tumores patológicos.

Virchow se inclinó sobre el cadáver de Lene Kulm y señaló con el dedo unas manchas amarillentas y azuladas en su vientre.

—¿Ven eso, señores?

La muerta ya había sido lavada, y, sin embargo, despedía un olor de lo más desagradable. Un único y enorme corte permitía atisbar sus vísceras. Otras diez largas y delgadas estrías eran todo lo que quedaba de las cuchilladas. Y después estaba la profunda herida del cuello. Horlitz y Bentheim observaron la zona que señalaba Virchow: parecía el parche estropeado de un tambor. Entre los colgajos y los jirones de piel se entreveían unas manchas sucias.

—Se trata de lesiones anteriores.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Con eso quiero decir que estos hematomas no se originaron en la noche del crimen. Cuando se produce el *exitus*, las funciones corporales son lo primero que se apaga. Los coágulos de sangre

causados por los golpes normalmente se desintegran en un lapso de tiempo concreto. Todos lo habrán visto alguna vez: se dan un golpe en alguna parte y entonces aparece un cardenal, cuyo color va cambiando. Recorre todo el espectro: amarillo, verdoso, marrón... Y estos hematomas han alcanzado un estadio ligeramente avanzado.

—¿Así que alguien la golpeó?

El médico levantó la mirada y asintió apenado.

—Es de suponer que no solo una vez, sino de forma regular. Pero esto no es nada nuevo. No me canso de advertir sobre la miseria. Algunas de estas pobres personas viven como animales, hacinadas en casas de vecindad, rodeadas por la inmundicia y en pleno foco de innumerables enfermedades y epidemias. En semejante entorno, los gérmenes se reproducen a toda velocidad. Llevo mucho tiempo protestando ante el ayuntamiento al respecto. Un ambiente negativo moldea el carácter de una persona. Ustedes, señores míos, también se tornarían agresivos y finalmente violentos en un entorno como ese. Uno se embrutece en esas condiciones. — Virchow se detuvo, se secó el sudor de la frente con la palma de la mano y resopló con energía. Se dirigió a los jóvenes estudiantes en tono imperativo—: Levanten el cuarto oscuro y tomen las fotografías mientras yo preparo el instrumental.

Albrecht le hizo una señal a Julius, que desenrolló el fardo de tela negra. En el centro de uno de los rollos había un sencillo agujero redondo. Bentheim deslizó el objetivo a través de él y después cubrió la cámara fotográfica con la tela. Krosick comprobó la carpa provisional que habían montado y, una vez se aseguró de que no quedaba ningún punto permeable a la luz, se deslizó dentro. Le pidió a su amigo que le pasara la maleta con las placas de colodión y la abrió en completa oscuridad. Bajo la sábana negra se asemejaba a una aparición fantasmal, y sus movimientos y los golpeteos recordaban a los suspiros de las almas atormentadas. Una sala de autopsias era además un lugar horripilante. No era extraño que favoreciera asociaciones como aquella.

Unos pocos ajustes después se produjo el primer clic. Albrecht apretó el disparador. El olor a yoduro de plata inundó la habitación. Después de cada exposición, el fotógrafo esperaba al menos un minuto para sacar la placa de debajo de la tela. Julius recogió cuidadosamente una fotografía tras otra y las llevó a las mesas de disección, donde las apoyó en las patas de madera para que pudieran secarse un rato más. Para el joven dibujante, las imágenes tenían un encanto peculiar. En ningún caso era la fascinación por la muerte la que confería su atractivo a aquellas fotografías. El motivo era secundario; su brillo claro y sus contornos delicados resultaban cautivadores. No era de extrañar que el poeta francés Baudelaire se hubiera burlado apuntando que la fotografía se convertiría en el refugio de los pintores fallidos que hubieran fracasado en su arte o que sencillamente fueran demasiado vagos: ¡nadie podía pintar con tanto realismo!

Poco después, Albrecht salió de la carpa y se irguió. La espalda le crujó, y se masajeó las vértebras.

—¡Hecho! —afirmó.

—Y la modelo ha sido de lo más obediente —murmuró Rudolf Virchow.

El comisario Horlitz, que conocía el humor macabro del médico desde hacía años, no reaccionó. Sin embargo, los estudiantes intercambiaron miradas de asombro y el rostro de Krosick esbozó una amplia sonrisa. El patólogo era de los suyos.

Virchow pasó una lata entre los asistentes y los invitó a servirse.

—Una emulsión de grasa animal y sustancias aromáticas —explicó—. Extiéndanselo debajo de la nariz para mitigar el olor a cadáver. Y ahora apártense, caballeros. —Hizo una señal a su asistente, que colocó una bandeja plateada con sondas, sierras y escalpelos sobre una mesita móvil—. Metro —pidió sin rodeos.

El joven médico le entregó una regla metálica extremadamente fina con números a intervalos regulares. Al mismo tiempo, cogió una tablilla con una pinza y el lápiz que estaba atado a ella con un cordón. Rudolf Virchow midió la longitud de las lesiones y le fue

dictando los resultados. A continuación posó los dedos en los bordes de las heridas y las abrió con tiento. Introdujo cuidadosamente la regla en las aberturas hasta sentir una ligera resistencia.

—¿Los intestinos de la muerta no se han movido? —preguntó Bentheim—. Al fin y al cabo ha sido transportada y seguramente sacudida.

—Buena apreciación —comentó Virchow, y se dirigió a Horlitz—: Ha pescado usted un mozuelo muy avisado.

El comisario explicó:

—Así se mide la longitud mínima del arma homicida. Una vez abierto el cadáver obtendremos más información.

Los dos médicos se dispusieron a rapar la cabeza de Lene Kulm, cortando primero los largos mechones y afeitando después los restos. Inspeccionaron el cuero cabelludo y anotaron en el informe que no existían indicios de lesiones en el cráneo.

—Escalpelo —pidió Virchow—. Atención, caballeros, ¡ahora empieza el espectáculo!

Practicó dos largos cortes semicirculares que nacían un poco por encima del ombligo y atravesaban el vientre en direcciones opuestas hasta reencontrarse en el nacimiento del pubis. A Julius le sorprendió la consistencia de la carne humana. Era como cortar un filete de cerdo. El doctor hundió las yemas de los dedos en los surcos del vientre y recorrió lentamente los bordes hasta que la piel se desprendió como el glaseado frío de una tarta. El hedor les inundó la nariz a pesar de la emulsión. Se oyó un chasquido cuando tres o cuatro asas intestinales resbalaron y cayeron sobre la superficie de la mesa. El asistente las recogió y las deslizó entre sus dedos examinándolas.

Al mismo tiempo, Rudolf Virchow levantó el jirón de piel que había separado sosteniéndolo como un lienzo para una obra de sombras chinescas. A contraluz se distinguía claramente el rastro que había dejado el cuchillo de Botho Goltz.

—Haga una foto de esto, por favor. Es un efecto teatral de lo más melodramático, pero si ayuda a que el culpable reciba su merecido castigo, por mí, perfecto.

Albrecht volvió a ajustar el objetivo y se deslizó bajo la carpa oscura.

Cuando el daguerrotipo estuvo listo, los médicos retomaron su labor. Localizaron los puntos en que las puñaladas habían dañado el tubo liso del intestino delgado y la superficie abultada del intestino grueso. La capa externa del músculo detrusor estaba parcialmente arañada, y en varios puntos estaba cortada del todo. A medida que extraían las tripas de la muerta, también fueron apareciendo los músculos del vientre rajados.

—Estómago desgarrado —dictó el patólogo—. Su contenido se ha derramado. La capacidad media máxima es de algo más de dos litros. Dado que se ve poco bolo alimenticio y las demás excreciones olorosas habituales son relativamente escasas, cabe suponer que la víctima comió y bebió poco en las horas anteriores al asesinato. —Empleó el escalpelo en el esófago y el intestino delgado para recortar el estómago, y después lo levantó—. Ahí está —dijo sacando del cadáver unos restos de comida aún sin digerir—. Como decía, no era mucho. Probablemente una rebanada de pan con jamón. Pasemos ahora al hígado...

Albrecht Krosick dio un empujón a Julius en el costado con gesto pícaro.

—Hígado, ¿has oído, Julius? Esto pide a gritos una rima hepática^[1], ¿no crees?

Virchow, el gran científico, levantó la cabeza y taladró con la mirada a los dos muchachos. Bentheim ya veía venir el rapapolvo. Pero, en lugar de obsequiarles con un sermón austero sobre moralidad, el médico lo sorprendió con su desenfadada naturalidad. Arrugó la frente como si estuviera pensando intensamente e improvisó una rima siguiendo la antigua tradición:

—El hígado es de una muerta y no de una ciega. Enseguida la haremos pedacitos para averiguar qué acabó con ella.

—¡Bravo! ¡Fantástico! —exclamaron los jóvenes, y Gideon Horlitz también aplaudió.

—¡Qué gran verdad es esa de que no hay nada más alemán que una rima hepática!

El patólogo hizo una reverencia con afectación teatral y, tras esta breve interrupción, continuó con su trabajo. Los espectadores siguieron con gran atención la inspección del cadáver durante más de tres horas. Julius Bentheim incluso olvidó por un momento la alegría que sentía ante su próxima cita. De tanto en tanto, se detenían para sacar un daguerrotipo. Fotografiaron cada uno de los órganos extraídos, colocados en platillos, y para terminar tomaron una imagen del cuerpo sin vida de Lene Kulm cosido de nuevo.

—Al fin es viernes por la tarde —comentó Virchow rendido—. Ya es hora de una pausa para fumar. Vengan, acompáñenme a mi despacho. Pueden venir a recoger la cámara y las placas de colodión después, cuando las imágenes se hayan secado.

Dejaron solo al asistente, encargado de recoger, y siguieron al patólogo por el pasillo. Los condujo a una habitación de la planta baja que sería del mismo tamaño que la sala de disección, pero que, abarrotada como estaba de objetos etnológicos y antropológicos, parecía considerablemente más pequeña. Julius enmudeció al ver la colección de Virchow. Había esqueletos humanos colgados de bastidores, y decenas de calaveras descansaban sobre el suelo y sobre pilas de libros en completo desorden. El investigador apartó con la mano una mandíbula de dientes torcidos de una caja de puros y se la tendió a sus invitados.

—Sírvanse. Auténticos Partagás. Un placer incomparable, se lo garantizo.

Se encendieron sus respectivos puros y dieron un par de caladas con deleite. Los aros de humo flotaron hasta el techo, donde se extendieron como un velo de neblina que desprendía un aroma intenso y terroso. Los cuatro hombres, unos frente a otros entre lustrosos esqueletos, se abandonaron al placer.

—¿Cuándo recibiremos el informe? —Horlitz rompió el silencio finalmente.

—¿Acaso tiene prisa, comisario?

—Tengo encima a Karl Otto von Leps, el juez de instrucción. Todo este asunto me da mala espina. Ayer, durante la entrega del cadáver, ya le informé sobre el estado de la investigación, doctor. ¿Qué opina usted? ¿Por qué asesinaría un respetado profesor de Filosofía a una ramera?

—¿Un crimen pasional?

—No hay señales de acto carnal no consentido. Además, acaba de determinar que la víctima estaba menstruando.

Virchow negó con la cabeza.

—No me ha entendido, Horlitz. Un crimen pasional no siempre está relacionado con el acto sexual. A algunas almas atormentadas les produce placer ver sufrir a otras personas. Si entramos en el campo de las perversiones, el deseo absoluto puede consistir en presenciar la muerte muy de cerca. Mirar a unos ojos que poco a poco se van congelando se convierte en una sensación sublime.

—En tal caso, ¿no sería más lógico asfixiar a la víctima que apuñalarla? —intervino Julius.

—Sí, así es.

—Ve usted, Virchow, ahí está el problema. Lo mire por donde lo mire, no acabo de tenerlo claro. Además, Goltz ha encargado a su abogado de oficio que solicite el acceso al lugar del crimen. Tengo un mal presentimiento, un presentimiento muy malo.

Dio una calada al Partagás hasta que la ceniza blanca del puro casi ardió, y a continuación expulsó el humo por la nariz. Los cuatro hombres se quedaron en silencio, absortos en sus oscuros pensamientos.

CAPÍTULO CINCO

Julius Bentheim se había ofrecido a su amigo para llevarse la cámara a casa. Albrecht, que quería ir con el comisario Horlitz a entregar las placas fotográficas en la jefatura de policía, aceptó la oferta agradecido. El joven dibujante se encaminó de bastante buen talante hacia la vivienda de la enérgica viuda y una vez allí dejó las cosas de su amigo delante de su puerta. Ya en su cuarto, se lavó, se cambió y lanzó la ropa que se había quitado a un cesto que la casera ponía amablemente a disposición de sus inquilinos en el pasillo. Aún sentía en la nariz el olor de las salas del instituto de patología, esa horrible mezcla de química y muerte.

Cuando bajaba por la escalera vestido con un elegante uniforme de estudiante con los antiguos colores prusianos, negro y blanco, una anciana le cortó el paso. Llevaba ropa de diario sencilla pero con estilo, un pantalón de talle alto, y se había cubierto el pelo con un sombrero de seda que recordaba al de la reina Luisa, fallecida hacía más de medio siglo pero aún venerada por la gente. Al igual que la monarca, que mostraba gran interés por la moda, la viuda Amalia Losch también tenía un aspecto deslumbrante.

—Quieto ahí, jovencito —le ordenó categórica—. ¿Hacia dónde dirige sus pasos?

—¿Hacia una reunión estudiantil? —murmuró Julius sin convicción.

La dama desdeñó el comentario con un gesto decidido de la mano.

—¡Tonterías! Acude usted a una cita, señor Bentheim. ¿No es cierto?

Asintió cabizbajo.

—¿Lo recibirá el padre de la dama?

—Creo que sí.

—Crear es de chismosos y pusilánimes. ¿Y bien? ¿Qué dice usted?

—Su señor padre debería estar presente, sí.

—¿Se quedarán en su casa?

—Lo más probable es que no —respondió Julius—. Filine querrá dar un paseo. El día es agradable.

—¿Con carabina?

—Con carabina —repitió Julius.

—Una pena. —Amalia se rodeó la barbilla con dos dedos de aspecto arácnido—. ¡De todos modos, cruzo los dedos, Bentheim! Lleve unos dulces, así se ganará la simpatía de la institutriz. ¡Mi viejo Theobald, Dios lo tenga en su gloria, siempre lo hacía y al final terminamos casándonos!

Bentheim le aseguró que seguiría su consejo. La viuda se perdió en los recuerdos del pasado y una chispa de alegría le iluminó el rostro. El dibujante se despidió y ella le estrechó la mano con fuerza.

El destino de Julius Bentheim estaba situado en la linde sur del parque Großer Tiergarten. La zona había sido enteramente ocupada por artistas, científicos y altos cargos de la administración, por lo que el nombre con el que era conocida entre el resto de la población era el de «Barrio del Consejo». Las villas de la alta burguesía se alineaban una tras otra y, al fondo, las tres naves de la iglesia de San Mateo se alzaban sobre las casas con sus pináculos y sus tejados a dos aguas.

Los pasos del muchacho lo condujeron a un edificio de dos plantas detrás de cuyos muros vivía la joven Filine Sternberg con su padre. En el lado opuesto a la calle, la casa disponía de un jardín que se extendía hacia su parte trasera. Desde allí, la propiedad parecía descansar plácidamente, rodeada por una tapia de por lo menos dos metros y medio de alto. En medio del césped, justo al lado de un quiosco, había un estanque ornamental circundado por

suaves pendientes en las que crecían rododendros. Un enorme tilo, que dominaba todo el conjunto, arrojaba sombra gracias a sus extensas ramas.

La belleza de aquel lugar apartado, en el que uno podía refugiarse del mundo, recordaba en cierto modo al estilo Biedermeier, y no encajaba en absoluto con la imagen que Julius se había hecho del dueño de la casa. El pastor Gottfried Sternberg era un hombre de cuarenta años, enjuto y pálido, que pasaba la mayor parte del tiempo recluido en su despacho, donde leía tratados religiosos y se dedicaba al estudio de las Sagradas Escrituras y a la redacción de una biografía de santo Tomás en latín. Era un hombre apartado de la sociedad que únicamente revivía ante su parroquia, aunque sin abandonar nunca su tono comedido. Que fuera sumamente apreciado por su diócesis se debía no tanto a su carácter reservado como a su hija. La había criado solo después de que la madre muriera en el parto, y la había educado de forma admirable: Filine era virtuosa y cariñosa, siempre saludaba, y se vestía con decencia. Aquella muchacha de dieciséis años era indiscutiblemente la niña bonita del barrio; los hombres ya le dedicaban miradas furtivas y las mujeres, que tiempo atrás adivinaban el florecimiento paulatino de su elegancia, la observaban con envidia.

Julius la había conocido hacía un año en una fiesta popular en la que ella repartía estampitas de santos a los paseantes por encargo de su padre. Las imágenes se habían elaborado con tanta torpeza que el artista que Julius llevaba dentro se indignó. Empujado por la ambición creativa de mejorar lo que veía, entabló conversación con Filine y le ofreció pintar una serie de iconos y ponerlos a su disposición. Así fue como entró en casa del pastor. El hecho de que Filine y él se tuvieran ahora un gran afecto era un secreto que solo se habían revelado el uno al otro. Su padre, el enjuto hombre de iglesia, no veía con agrado la familiaridad que existía entre ambos jóvenes. Pero era demasiado tarde. Reprender a la benjamina de la

casa sin que hubiera sucedido nada grave habría sido impropio de él, e imposible de justificar ante la opinión pública.

Bentheim llamó al timbre y, para asegurarse, golpeó la puerta tres veces con el puño. Oyó unos pasos amortiguados que se acercaban. El dragón del castillo, pensó con rabia. Parece que le han liberado de sus cadenas.

Cuando se corrió el cerrojo y la puerta se abrió despacio hacia dentro, Julius esbozó la sonrisa más amable de la que fue capaz.

—Muy buenas tardes tenga usted, estimada señorita Lembke —saludó al ama de llaves, que había aparecido ante él con semblante hosco e intransigente—. Ah, ¿no es maravilloso que los pajarillos trinen, los grillos canten y los cervatillos del bosque brinquen de un claro a otro cruzando el riachuelo? En todas las cumbres reina la paz, como dice el poeta. —Y acompañando estas palabras, le tendió una cajita de bombones que había comprado de camino en una pastelería siguiendo el consejo de Amalia.

La mujer lo miró con antipatía mientras aceptaba los dulces. Ambos sabían qué opinaban y qué podían esperar del otro.

—Deme su abrigo, señor Bentheim. Después lo llevaré con Filine. Lo espera en el jardín.

—¿En el quiosco?

—¿Dónde si no? —respondió ella arisca.

Julius se quitó la ligera capa de estudiante y se la entregó al ama de llaves. Poco después la mujer llevó al invitado hacia una puerta de dos hojas que conducía al exterior. Una agradable corriente de aire rodeó al joven mientras atravesaba el sombreado cobijo en dirección al quiosco. Encontró a Filine sentada en un banco de madera, enfrascada en la lectura de una revista de sociedad. Esta levantó la mirada sorprendida al oírlo llegar.

—¡Julius! —exclamó.

—Mi pequeña Filine —respondió él con calidez.

La muchacha miró rápidamente a su alrededor y, al distinguir al ama de llaves acechando tras la ventana, se contuvo. Se irguió con fingida arrogancia y le tendió la mano para que la besara como si de

un acto de clemencia se tratara. Él le siguió el juego, hizo una profunda reverencia y acercó la mano envuelta en un guante de seda blanca a pocos centímetros de sus labios.

—Me alegra verla alegre y con buena salud —la saludó alzando el tono. Sin embargo, añadió varias palabras de amor en voz baja.

—Siéntate conmigo, Julius. La vieja se ha esfumado.

Para hacerse sitio, el joven recogió del banco la revista que ella había dejado.

—*Die Gartenlaube* —leyó sorprendido—. Décimo tercer número.

—Muy adecuado, ¿no crees? [2]

—Espero que el contenido sea más emocionante que el título.

Ella asintió enérgicamente y, al hacerlo, sus rizos rubios revolotearon sobre sus hombros. Saltaba a la vista su semejanza con la imagen que en general se tenía del personaje de Lore Lay, de Brentano. Bentheim casi consideraba una broma de mal gusto de la naturaleza que la hija de un pastor tuviera un aspecto tan sumamente atractivo.

—Es la única revista que papá me deja leer sin reparos —explicó Filine—. El editor es un liberal-demócrata, pero los contenidos de la revista son apolíticos en su mayor parte. Mira, aquí está su manifiesto, te leo un extracto: «Una revista para todos aquellos que aún buscan bondad y nobleza en la vida». Algo trasnochado, ¿no crees? Sin embargo, debo reconocer que la mezcla de reportajes, novelas por entregas y la divulgación de valores éticos no me desagrade del todo.

—¿Así que tu padre, por una vez, no ha encontrado nada que censurar?

Ella se echó a reír y le acarició suavemente el dorso de la mano. Cuando ya llevaban más o menos un mes y medio viéndose, Julius se la había encontrado un día leyendo un libro cuyas páginas tenían algunos pasajes tachados con un lápiz negro. Se habían borrado todas las escenas indecentes. El pastor lo llamaba «*ad usum Delphini*», utilizando para el caso la antigua expresión que se estampaba en los clásicos adaptados para disfrute del heredero al

trono francés. En la estantería que Sternberg había dispuesto para su hija solo había tomos de Klopstock, poesía de Angelus Silesius y Novalis, así como las obras cristiano-conservadoras de Droste-Hülshoff. Bentheim había sentido lástima de la muchacha. En cada una de sus visitas introducía en la casa del pastor un libro diferente escondido en los amplios bolsillos de su chaqueta. Así, por las noches y en secreto, Filine salía a cazar asesinos con el investigador Lecoq, creado por Gaboriau, sufría junto a *Die Kindsmörderin*, de Wagner, sus horas más trágicas, y sentía miedo de la *Blutbaronin*, de Ernst Raupach.

Pasaron un rato sentados juntos y disfrutando del aire templado que los envolvía. Más tarde, Bentheim retomó la conversación haciendo referencia al plan que habían acordado para esa tarde.

—¿Vendrá Lembke?

—Me temo que sí.

—¿Y sabe adónde queremos ir?

—Por supuesto que no. Saldremos a pasear, vagaremos un poco de aquí para allá mientras ella nos sigue a una distancia prudencial, y antes de que se haya dado cuenta, habremos llegado a casa de Fanny. Entonces la vieja tendrá que entrar forzosamente y poner al mal tiempo buena cara. —¿Así de sencillo?

—Sí, querida mía, no te preocupes —le aseguró confiado—. Así de sencillo.

CAPÍTULO SEIS

La carabina Hedwig Lembke seguía a los dos enamorados a cierta distancia, pero sin perderlos de vista. Caminaba detrás de ellos con gesto hosco, pero concediéndoles un grado aceptable de libertad. Julius y Filine charlaban despreocupados sobre asuntos privados y, llegado el momento, el estudiante llegó incluso a perder el decoro al hablarle a la señorita sobre su participación en el caso del asesinato de Lene Kulm. Cuando terminó, ya habían recorrido un largo trecho y habían llegado de nuevo al principio de la Matthäikirchstraße.

—Ahí delante está el número 18 —comentó Filine—. ¿Nos aventuramos?

—Seguiremos caminando con toda la calma del mundo para no levantar sospechas. Cuando estemos a la altura de la puerta, entraremos rápidamente. Sé que nunca la cierran cuando se reúne el salón.

—De acuerdo.

Siguieron conversando sin modificar un ápice su comportamiento mientras la vieja dama se quedaba atrás para sonarse la nariz. La deseada puerta se acercaba, y de pronto Bentheim se detuvo y giró la manilla. Antes de que Hedwig Lembke se diera cuenta, los dos habían desaparecido dentro de la casa.

—¡Por todos los...! —exclamó Lembke, y acto seguido se santiguó con sentimiento de culpa. Aceleró el paso y se paró perpleja ante la entrada. En el letrero de bronce, a la derecha del marco de la puerta, había una rúbrica grabada: «Stahr-Lewald».

Se quedó allí, indecisa, hasta que levantó la titubeante mano para llamar a la puerta. Para su sorpresa, esta se abrió y una mujer de unos cincuenta años apareció ante ella. La desconocida tenía la cara redonda, un principio de papada y una frente desacostumbradamente alta para tratarse de una mujer. Sin embargo, los rizos rubios prietos que le rodeaban el rostro compensaban con creces ese defecto.

—¿Sí? ¿Qué desea? —preguntó la extraña con simpatía.

La señora Lembke ladeó la cabeza para echar un vistazo al interior de la casa por encima del hombro de la mujer. Dos hombres se deslizaron por el fondo del escenario con copas en la mano y discutiendo animadamente.

—Mi protegida ha entrado aquí.

—¡Ah, pase! Siéntase como en casa, por favor. Debe de venir usted de parte del señor Bentheim. Acaba de avisarme de que nos visitaría una buena amiga suya. Pero no la esperaba tan pronto.

—¿Buena amiga? —murmuró Hedwig Lembke indignada mientras atravesaba el umbral.

La anfitriona, que se presentó como la señora Fanny Lewald, condujo a la recién llegada a una sala contigua en la que había varias mesitas, sofás y butacas de cuero puestas en fila. En el cuarto se congregaba un grupo reducido de personas. Algunas leían en voz alta textos que habían traído para la ocasión, otras escuchaban con atención para después enzarzarse en debates. Las dos mujeres habían entrado por el lado más amplio. La pared de la izquierda estaba casi a su alcance; la de la derecha estaba formada por varias oquedades con aspecto de saledizos. Otras dos puertas conducían a espacios contiguos, a pesar de lo cual todo formaba parte de un único espacio.

Julius y Filine ya se habían acomodado en uno de los saledizos. Aún tenían las mejillas sonrosadas a causa de la agitación que les producía haber gastado una broma a su carabina, y un hombre bigotudo de unos cuarenta años les estaba sirviendo un espumoso. Presa de una rabia contenida, la señora Lembke estuvo tentada de

tirarles de las orejas a sus fugitivos delante de todos los congregados, pero el instinto la detuvo. ¡Conocía a aquel hombre! Y varios invitados más le resultaban extrañamente familiares. ¿No había visto ya sus rostros en los periódicos?

Del hombre de la botella de espumoso sabía que había sido farmacéutico. Si no recordaba mal, incluso la había atendido personalmente hacía algunos años en la farmacia Zum Schwarzen Adler de la Georgenkirchplatz. Se le había quedado grabado en la memoria por la forma tan amable y solícita en que la había despachado en un momento en el que ella se sentía indispuesta. ¡Cuál fue su sorpresa al leer en 1848, el Año de las Revoluciones, cuatro textos radicales escritos por aquel mismo joven tan atento! Últimamente su nombre se oía por doquier, y no solo en el ámbito político, sino también en el literario: el farmacéutico había concitado una gran atención con sus reportajes, en los que narraba sus viajes a Londres y al condado de Ruppín.

Hedwig Lembke se acercó a él. El caballero se volvió gentilmente y le ofreció una copa. Ella, agradecida, rehusó.

—Muchas gracias señor Fontane, pero soy miembro de la cofradía de la moderación.

—«Fontan» —subrayó él con gentileza seductora—. Puede usted ahorrarse la «e» final. Mis padres eran hugonotes. Así que la pronunciación es francesa, *s'il vous plaît*. En este sentido me muestro consecuente con mis orígenes. ¿No quiere una copita, señora?

Ella negó con la cabeza y el escritor dejó la botella en una mesita auxiliar, al tiempo que un segundo caballero se unía al grupo. Era un poco más bajo que Theodor Fontane, y también algo más joven; al igual que la mayoría de los varones prusianos con cierto aprecio por sí mismos y por su origen, lucía patillas y un espléndido bigote, y era de complexión delgada y esbelta.

—¡Ah, mi querido Goedsche, le doy la más calurosa bienvenida! ¿Me permiten presentarles? —El escritor señaló a Filine y a Julius—. Primero a los jóvenes, ya que el futuro les pertenece. Este es

Julius Bentheim, el benjamín de nuestras veladas de salón, y esta es su cautivadora acompañante, la señorita Filine Sternberg, a quien he tenido el gusto de conocer hoy.

—Encantado, un placer.

—Y usted debe de ser sin duda la maravillosa señorita Lembke de la que tantas veces me ha hablado Julius. Solo he oído cosas buenas de su persona. Su fama la precede. Prusia necesita doncellas como usted, fieles a sus principios.

Bentheim contuvo una carcajada cuando Fontane le guiñó el ojo disimuladamente. El poeta hugonote había sabido desde el primer momento que solo con piropos podría ganarse a la carabina. Intercambiaron muletillas corteses, parlotearon sobre futilidades y, poco a poco, se fueron adentrando en el campo de lo filosófico. Para cuando la señora de la casa se les unió también, el grupo ya estaba inmerso en un agitado debate sobre la culpa religiosa y la penitencia. En el *Vossische Zeitung* se había publicado un breve artículo sobre el brutal y sangriento crimen contra la prostituta Lene Kulm, y el profundo conocimiento de Bentheim sobre el caso dio lugar a preguntas de relevancia existencial. El hecho de que un hombre culto como Botho Goltz hubiera sido capaz de cometer un crimen tan atroz fascinaba en tal medida a los allí presentes que les resultaba difícil resistirse.

El hombre al que Fontane había presentado como Goedsche carraspeó de forma audible. También era escritor, si bien se dedicaba al campo más frívolo y trivial de la literatura de aventuras. Publicaba novelas sensacionalistas y tendenciosas en la línea de Eugène Sue y Alexandre Dumas bajo el seudónimo de *sir* John Retcliffe.

—En mi opinión —intervino acalorado—, la posesión de intelecto humano no siempre conlleva el sometimiento al dictado de la ética y la moral. Es, en cambio, la religión la que nos prescribe fundamentalmente qué debemos o no debemos hacer y, como dice Karl Marx, la religión es el suspiro de la criatura oprimida. Así que si un filósofo como ese tal profesor Goltz llega a la conclusión de que

para él la religión no tiene razón de ser, está en su derecho de sacar las conclusiones pertinentes.

—¿Y cuáles son? —preguntó Fanny Lewald.

—Bueno, usted como judía naturalmente me lo rebatirá, pero no debemos olvidar que en la Torá existen numerosos ejemplos de los abusos violentos más monstruosos. Sumemos a esto el Nuevo Testamento para incluir también al cristianismo y obtendremos así un mayor grado de ensalzamiento de la tiranía, tanto humana como divina. En ambas obras predomina la ley del más fuerte. Resulta irónico que las Sagradas Escrituras estén, a su manera, más próximas al darwinismo de lo que les convendría.

—Me gustaría que nos ofreciera un ejemplo —exigió la señora Lembke, malhumorada. A ella, que servía en el hogar de un pastor, no le agradaba en absoluto el rumbo que estaba tomando la conversación.

Retcliffe tomó postura con gesto grave.

—Piense sin ir más lejos en el éxodo de Egipto. Dios envía a Moisés a pedir al faraón que permita emigrar al pueblo israelí. Para mí, como escritor, ese sería un punto de partida genial: un escenario exótico, hechos históricos verídicos y plagas bíblicas que podrían representarse en un escenario mediante efectos teatrales bien planificados. Y, sin embargo, ¿en qué convierte la Biblia una propuesta tan atractiva? ¡En un miserable sainete!

—Por favor, *sir* John —lo interrumpió educadamente Fontane poniéndole la mano sobre el brazo—, cuide al menos su vocabulario cuando defienda sus atrevidas teorías. Hay damas presentes.

Retcliffe insinuó una ligera reverencia y murmuró una disculpa poco entusiasta para después continuar con su exposición:

—Como decía, el material para una tragedia está servido. También tenemos al héroe en el personaje de Moisés, ya que su sueño de escapar de la esclavitud y emigrar a la tierra de sus antepasados no se cumple. Solo se le concede un último vistazo a la patria en su lecho de muerte del monte Nebo. ¡Una escena sobrecogedora! Además, tenemos a un antagonista, el faraón, al

que podría presentarse como un adversario astuto y malvado. Pero si atendemos a las palabras exactas del libro del Éxodo (algo que la Iglesia católica nos pide constantemente), la imagen que se nos ofrece es completamente diferente e inesperada. Resulta que el infame faraón está dispuesto a atender la petición de Moisés. Se muestra incluso comprensivo con el pueblo tiranizado y cree que puede dejar marchar a sus esclavos porque, de todos modos, las obras en las que trabajan están a punto de concluirse. Podría decirse que bien está lo que bien acaba..., ¡si no fuera por el vanidoso y presuntuoso de Nuestro Señor!

—¡Señor Retcliffe!

—Les pido mil disculpas, damas y caballeros. Pero no hago más que llamar a las cosas por su nombre. Les ruego que me permitan esta licencia.

Julius Bentheim bebió un sorbo de su copa y se la tendió a un perplejo Fontane para que se la rellenara y así impedir otra réplica del poeta. El estudiante estaba sumamente interesado en el desarrollo de la conversación. Filine, a pesar de no haber adoptado la persistente austeridad de su padre, seguía bajo la influencia de sus ideas. En muchos aspectos estaba abierta a los cambios que experimentaba la sociedad, y a veces se mostraba receptiva también al progreso científico. En lo concerniente al intercambio prematrimonial de caricias, se mantenía, hasta cierto punto, fiel a sus principios. Las contadas ocasiones en las que lograban verse en secreto o librarse de la señora Lembke durante un tiempo indeterminado, siempre se producían entre ellos tocamientos fugaces y precipitados. Julius ya la había besado, y de vez en cuando había podido incluso acariciarle los pechos, algo contra lo que ella no presentaba objeción alguna siempre que no la mirara mientras lo hacía. En un momento de debilidad, Filine había acercado la mano a sus pantalones y le había agarrado el miembro, pero enseguida la había retirado y le había pedido que no se vieran en lo que quedaba de semana. La semilla de la Biblia que su padre

había plantado en ella había germinado más débilmente de lo que él habría esperado.

Una mirada de soslayo a Filine le bastó a Julius para saber que esta despreciaba los comentarios de Retcliffe pero que tenía curiosidad por seguir la argumentación.

—¿Y cómo continúa la historia? —preguntó Bentheim.

—Nuestro Señor endurece el corazón del faraón y alimenta así su ira y su furia. Este prohíbe súbitamente la marcha al rey de los israelitas. Tampoco reacciona cuando Moisés le plantea el peligro de las siete plagas que asolarán el país. Solo después de que el reino sufra una catástrofe tras otra, el faraón permite que los esclavos se vayan. La historia podría acabar aquí si a Yahveh no le hubiera gustado tanto su papel de despótico actor del destino. De nuevo envenena el corazón del monarca con ideas maliciosas para que reúna a un ejército que persiga a los fugitivos. Por todos es sabido que las tropas egipcias se ahogan miserablemente en las aguas del mar Rojo que poco antes había dividido Moisés. Según el Antiguo Testamento pues, es voluntad de Dios emplear violencia innecesaria y arrebatar la libertad de acción a personas pacíficas. De este modo, el faraón no ha sido más que una víctima de la deplorable puesta en escena de un petimetre presuntuoso. Para mayor gloria de Dios, como se suele decir. Si por una vez hacemos balance del lado de los egipcios, el resultado es aciago. La tierra y sus habitantes han sufrido pestes, úlceras y granizo; las langostas y los insectos se han comido sus cosechas; todos los primogénitos, sean de humanos o de ganado, han muerto, y las tropas se han visto diezmadas. El Dios de los israelitas ha impuesto su voluntad. Una victoria en toda línea. Le resulta indiferente dejar tras de sí tierra quemada.

—No se le puede negar cierta lógica a sus argumentos, *sir* John —comentó Fanny Lewald—. Pero ¿qué tiene esto que ver con el caso Kulm?

—Antes de comenzar mi exposición, conversábamos acerca de lo difícil que resultaba imaginar que un hombre culto como el profesor Goltz acabara recurriendo a la violencia. Sin embargo, yo

afirmo que es perfectamente concebible, y que ciertas opiniones religiosas no permiten desechar esta idea. Un ateo no se convierte necesariamente por leer la Biblia. Al contrario, esto más bien fortalecerá su escepticismo.

Fanny Lewald frunció el ceño. Era la mayor de los nueve hijos de un comerciante, y había logrado irse a vivir sola enfrentándose obstinadamente al conservadurismo de su padre. También se había resistido con éxito al matrimonio forzoso con un hombre al que no quería, y había perseguido su vocación de convertirse en escritora. En sus numerosas novelas de éxito había analizado con detalle y confianza en sí misma las convenciones y tradiciones de su época.

—No estoy de acuerdo —declaró con energía—. También quiero aclarar que, efectivamente, soy hija de padres judíos, pero fui bautizada como cristiana. Solo quería comentarlo... Y, en lo que respecta a su observación de que no debemos nuestra moral a la religión, me gustaría añadir que, en contrapartida, no es cierto que el ateísmo no conozca moral.

—¿Ateísmo y moral? ¡Por favor! —intervino Hedwig Lembke.

—Sí, sí, deje que me explique. De ningún modo debemos nuestra moral a la religión. Cada uno de nosotros decide por sí mismo lo que debe considerarse bueno o malo. Esta intuición moral es una suerte de brújula que, al parecer, forma parte de nuestros atributos biológicos. Los pasajes de la Biblia que nos parecen buenos y ejemplares merecen dicha consideración por su saber ético. El ateo no necesita a ningún ser superior. Es lo bastante inteligente como para elaborar por sí mismo un canon de valores morales.

—Puede que eso sea cierto para usted, que vive en un entorno intachable —replicó el ama de llaves—. Dispone de ropa, alimento y de un techo sobre su cabeza. Pero quíteles la fe a las personas tiranizadas y empobrecidas y les estará quitando todo lo que les queda.

—¿La fe en qué? —Retcliffe se echó a reír con sorna—. ¿En la misericordia de Dios?

La señora Lembke fulminó al escritor con la mirada. Theodor Fontane se esforzaba por relajar el ambiente. La religión era un tema peliagudo, y una y otra vez se reafirmaba en su decisión de no tratarlo en sus obras.

—Quizá podamos alcanzar un punto medio —propuso.

Filine, que hasta ese momento había seguido la conversación en silencio, tomó la palabra por primera vez:

—Desde un punto de vista matemático, resulta enormemente ventajoso aceptar la existencia de Dios.

Los caballeros sonrieron en señal de reconocimiento. Entre las obligaciones de una mujer burguesa culta se contaban las labores de aguja, las tareas domésticas ligeras, el piano y la lectura de novelas de fácil comprensión. Era evidente que aquella joven dama se entregaba además al pensamiento filosófico.

—Adelante, señorita Sternberg. Explíquese, por favor.

—Ni siquiera grandes filósofos y teólogos como Agustín de Hipona, Tomás de Aquino o Descartes han logrado demostrar de forma concluyente si Dios existe o no. Así que debemos sopesar qué opción escoger. ¿La de la existencia de Dios? ¿O la de su inexistencia? Si elijo el camino ateo y muero, puedo encontrarme en una situación desagradable: si es cierto que Dios no existe, pasaré a mejor vida sin ser consciente de ello; si Dios existe, seré castigada y acabaré en el infierno.

—Esa sería la primera opción. Pero ¿y si soy creyente?

—Si vivo una vida piadosa y humilde, cuando finalmente muera, me encontraré ante la misma disyuntiva: si Dios no existe, también desapareceré en el ocaso de la historia. No me importará, pues a partir de ese momento no sentiré nada, no pensaré y, en general, no existiré. Sin embargo, si comparezco ante el Creador, en caso de que exista, me recibirá complaciente y benévolo y me llevará con él al reino de los cielos, donde me esperará la vida eterna. Como ven, hay cuatro opciones de las cuales una sola es con diferencia la peor. Si no estoy segura de mi fe, confío en las matemáticas, escojo la probabilidad del setenta y cinco por ciento, acepto conscientemente

la existencia de Dios y elijo así una vida según los preceptos de la religión.

—Bien dicho —comentó Fanny Lewald admirada. Hedwig Lembke se sorprendió sintiéndose orgullosa de su joven protegida. Por un momento olvidó la hora, que ya era bastante avanzada, y asintió con aprobación cuando Filine quiso servirse otra copa. Siguieron conversando un rato sobre literatura y sobre los descarados ataques de Bismarck contra la monarquía austriaca y la Confederación Germánica, y después se despidieron de la señora de la casa y del resto de invitados. Theodor Fontane, llevado por su amabilidad, acompañó al trío a la puerta, donde, tras atender al ama de llaves, los despidió entre diversas manifestaciones de amistad.

Hedwig Lembke recorrió junto a la joven pareja los últimos metros hasta la casa del pastor. Estaba de un humor desacostumbradamente jovial. Hacía tiempo que era noche cerrada, y la Matthäikirchstraße estaba desierta, de manera que los pasos de los tres caminantes nocturnos resonaban contra los muros de las casas. La dama abrió la puerta y, para sorpresa de Filine, dejó la llave puesta.

—Cerraré dentro de dos minutos —comentó displicente, y desapareció en la oscuridad del vestíbulo.

—Tiempo suficiente —dijo Filine, y rodeó con los brazos el cuello de Bentheim.

Más tarde, ya solo sobre los adoquines de la calzada, vio cómo en la segunda planta del edificio se abría una ventana y cómo la hija del pastor le tiraba uno de los libros que él le había llevado en secreto unos días antes: *Der Irre von St. James*, de Philipp Galen. Él lo atrapó y después, mientras se alejaba, ella le lanzó un beso. Bentheim se detuvo bajo el haz de una farola para volver la vista una vez más. Las contraventanas de Filine se habían vuelto a cerrar. Pero en el cristal de la habitación contigua se perfilaba un rostro masculino pálido como un fantasma que miraba hacia la calzada con gesto impasible e impenetrable. La penumbra de la

habitación no permitía distinguir la ropa del hombre, pero Julius sabía que se trataba de un traje talar negro.

CAPÍTULO SIETE

Los siguientes días transcurrieron en un ambiente de extremada desidia e inactividad. El calor del verano era insoportable, y Julius Bentheim celebraba con Albrecht Krosick que habían terminado los exámenes finales. Durante los últimos días de junio muchas facultades ya habían cerrado sus puertas. Los estudiantes de Derecho eran los únicos que tenían exámenes escritos y orales hasta bien entrado julio.

Tras la visita al salón literario de Fanny Lewald, Julius limitó momentáneamente el contacto con Filine. Había estudiado como un loco durante horas para las entrevistas. Se había familiarizado con el famoso caso Rose-Rosahl, que tanto debate generaba en el ámbito del derecho penal, y se había aprendido de memoria pasajes enteros no solo del Código napoleónico, sino también del derecho prusiano, basado en este. Una vez quedaron atrás los exámenes, de los que salió bastante contento, Albrecht lo había convencido para que se fueran de juerga.

—Venga, Julius, ¡esto hay que celebrarlo! Con el placer exquisito de la cerveza, haremos que el radio de nuestra barriga crezca. ¡Salud!

Estaban sentados y entrechocaban sus jarras en la terraza de una taberna cerca de la orilla del Spree. En la explanada crecían grandes hayas que arrojaban una fresca y agradable sombra, y cerca de allí un par de músicos callejeros arrancaban melodías estrambóticas a sus organillos.

—¿Tienes planes para las vacaciones?

—La expresión correcta es «período no lectivo».

—¿Tienes planes para el período no lectivo, Albrecht?

—Me iré de vacaciones.

Julius se echó a reír. Los dos amigos habían bebido copiosamente y todo parecía indicar que dedicarían los próximos días sobre todo a holgazanear. Bentheim levantó la mirada ensimismado y contempló las copas de los árboles que se alzaban sobre ellos.

—¿Y tú? —dijo Krosick, rompiendo el silencio—. ¿No has recibido más encargos de la policía?

—Es verano. Ahora se necesitan más bien fotógrafos. La temporada alta de los dibujantes suele ser el invierno, cuando las condiciones de luz son más complicadas.

—Pues también tienes razón. Pero podría preguntarle al comisario Horlitz si en el juzgado necesitan algún dibujante. Te encantaría, Julius, reconócelo.

—Solo si fuera para un caso muy concreto.

Albrecht asintió.

—Me lo imaginaba. El juicio empieza en un par de días. Si Horlitz no se deja convencer, tengo otro as guardado en la manga. Uno de los alguaciles me debe un favor. No creo que sea difícil disponer que uno de los dibujantes enferme oficialmente de una terrible y súbita gripe estival y tú tengas que sustituirlo.

Bentheim miró fijamente a los ojos de su amigo.

—¿Un favor?

Krosick se llevó la mano al bolsillo de la camisa con gesto travieso y sacó unas cuantas fotografías. Las desplegó con marcada lentitud en un abanico que mantuvo oculto a los ojos de los demás clientes de la taberna.

—¡Ah, aquí está! —comentó embelesado, y dejó una foto boca abajo en la mesa.

Bentheim arrastró el papel por la mesa con curiosidad y le dio la vuelta.

—¡Albrecht, eres un puerco! —se le escapó—. ¿De dónde la has sacado?

—La pregunta no es de dónde la he sacado, sino quién es la mujer.

—¿Y quién es?

—Adivina.

Observó detenidamente la imagen y después la tapó con las manos. Lo que había visto lo desconcertaba sobremanera. Se trataba de una señorita pechugona en una especie de paisaje de fantasía que recordaba a la Antigua Grecia. La mujer se apoyaba, en pose erótica, en una columna que se alzaba en el borde izquierdo de la imagen. En la mano derecha sostenía un racimo de uvas y con la izquierda realizaba un movimiento lascivo llevándose una uva a los labios y tocándola con la lengua. La mujer desnuda llevaba en la cabeza una corona de laurel. La imagen estaba coloreada a mano, y el artista anónimo había dedicado una atención singular a los pezones, que lucían en un llamativo tono rojo. A Bentheim le llamó la atención que no se hubiera utilizado a la modelo para representar una perspectiva detallada, abstracta y ajena a la realidad, destinada a resaltar las formas y los contornos del cuerpo humano. No, la fotografía mostraba más bien un desnudo integral. Incluso se podía distinguir claramente la zona púbica.

—¿Es la novia del alguacil?

—Casi aciertas. Es su amantísima esposa —respondió Albrecht satisfecho.

—¿Sabes que esto es ilegal?

—¡Ay, Julius, no seas aguafiestas! Yo me considero un artista. Benvenuto Cellini y Leonardo da Vinci también se dedicaron al estudio del cuerpo humano y su anatomía. ¿Cómo se me va a prohibir a mí, un lego en la materia?

—En París, el fotógrafo Moulin fue condenado hace un par de años a un mes de cárcel por sus obras picantes.

—Sin embargo, la diferencia es que en su caso la policía pudo investigar sin que fuera necesario importunar a ningún miembro de la clase alta. Moulin escogió como modelos a prostitutas y a bailarinas de *cabaret*.

—¿Y tú?

—¿Yo? —se rio Albrecht—. Yo por ahora me doy por satisfecho con la alta burguesía y la baja nobleza. La esposa de un director, por ejemplo. O una baronesa regordeta. No te creerías lo rentable que puede llegar a ser un encargo de estos.

—¿Hay negocio en este campo? —preguntó asombrado Julius.

Albrecht Krosick bebió el último trago de cerveza y asintió divertido.

—Julius, amigo mío, haremos un trato. Yo utilizaré mi influencia para que te contraten como dibujante en el juzgado y a cambio me mantendrás al corriente de lo que suceda en el caso Goltz. Y quizá de vez en cuando pueda procurarte algún que otro encargo más lucrativo.

—¿Por qué te interesa tanto el profesor?

—Él no me interesa mucho en sí. Pero el caso como tal es de un interés extraordinario, ¿no crees? Este asesinato es tan poco sutil como el culo de un babuino. Como fotógrafo, solo se requerirán mis imágenes del lugar del crimen y del cadáver. Es poco probable que vuelvan a llamarme como testigo. Hace dos días me encontré con Gideon Horlitz. Ni te imaginas los hilos que se están moviendo en la sombra.

—¿Ha habido avances?

—Un momento, por favor. —Krosick hizo un gesto a la camarera y señaló su jarra vacía—. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, el querido profesor Goltz. Al parecer su abogado de oficio baila a su son como una marioneta. En la primera solicitud que presentaron ante el juez competente, Karl Otto von Leps, reclamaban un nuevo registro del lugar del crimen. También pedían que un despacho de abogados externo asumiera la responsabilidad del inventario. Por lo que me han dicho, tres personas dedicaron varias horas a vaciar el patio de luces de la casa. Este bufete también volvió a interrogar a la vecina a cuya puerta llamó Botho Goltz con respecto a los acontecimientos de aquella noche.

—Algo huele a chamusquina en todo esto.

—Eso supuso Horlitz ya en el Charité. Y bien, Julius, ¿he conseguido despertar tu interés?

—Ya estaba despierto antes.

—¿Así que aceptarás el empleo de verano como dibujante?

—Por supuesto.

La camarera los interrumpió al dejar en la mesa otra jarra de cerveza para el fotógrafo. Este le pagó generosamente con un par de monedas, le sobó el trasero con descaro, lo que le valió una bofetada, y después sorbió la espuma del borde de la jarra. Todo ello con la mayor naturalidad. Dirigiéndose a Julius, comentó casi en tono de reproche:

—Debes saber que abordarás el caso con cierto bagaje.

—¿A qué te refieres?

—Las primeras impresiones, que en el campo de la criminalística son determinantes, se obtienen única y exclusivamente del asesinato en sí mismo. Son hechos, no se basan en sensaciones. Es un hecho que Lene Kulm está muerta. Es un hecho que fue apuñalada. Es un hecho que el profesor Goltz fue hallado en el lugar del crimen con un cuchillo embadurnado de sangre. Nuestros sentimientos nos dicen que él tiene que ser el asesino. Pero ¿puede demostrarse? Es innegable que en la fiscalía están seguros de que se puede. Me preocupa esa convicción, esa convicción categórica.

—¿Crees que la solución es demasiado evidente?

—¡Exacto! La policía asume con demasiada frecuencia que aquello que salta a la vista es la verdad. No comprenden la necesidad de buscar una respuesta complicada teniendo delante de sus narices una explicación consistente. Sin embargo, yo, personalmente, preferiría una solución más rebuscada. Un giro inesperado es más satisfactorio que la simple labor rutinaria.

—Tendré en cuenta tu consejo, Albrecht. Te mantendré al corriente.

—Eso espero. De verdad.

CAPÍTULO OCHO

El 4 de agosto de 1865 se celebró la primera sesión del juicio del caso Kulm en el Palacio de Justicia Real, una espléndida construcción barroca diseñada más de ciento treinta años atrás por Philipp Gerlach, el famoso arquitecto de la iglesia de la Guarnición de Potsdam. El Tribunal Superior prusiano para la Marca Electoral de Brandeburgo ocupaba algunas de las salas del edificio. Julius Bentheim había hecho venir temprano un coche de punto, así que no eran todavía las siete cuando ya estaba en la puerta del complejo de dos plantas. Pagó al cochero y se dirigió al edificio principal. Sobre la entrada había un frontón triangular en el que aparecía el escudo del Estado, así como dos figuras alegóricas: la Justicia y la Sabiduría. El dibujante atravesó el portal, pidió indicaciones para llegar a donde se encontraba Gideon Horlitz y subió a la primera planta por una escalera de mármol.

No encontró al comisario, pero sí a un alguacil que ya iba acompañado por otros dos hombres equipados con lápices y cuadernos de dibujo. Se unió a ellos directamente. Los condujeron a una habitación que resultó ser una pieza contigua a la sala de vistas. El ujier abrió un armario repleto de material de dibujo y comunicó al recién llegado con sequedad:

—Sírvase.

Julius eligió un par de lápices afilados, un cuchillo y un bloc de papel con un grosor de su agrado. Después el alguacil les indicó a él y a los otros dos que se colocaran frente a él. Les pidió la documentación. La comprobó, realizó un par de anotaciones en un

cuaderno y se la devolvió. A continuación pronunció una breve fórmula de juramento e invitó a los hombres a que la repitieran.

Ellos levantaron la mano y juraron.

—Ahora que les he tomado juramento, los conduciré a sus puestos.

Entró en la sala de vistas, señaló un asiento en un hueco cerca del banco del jurado y se lo asignó al primer hombre. Al otro se le adjudicó una segunda silla desde la que principalmente se veía al público. A Bentheim lo sentaron cerca del lugar en el que un estenotipista documentaría lo que sucediera durante el juicio. Estaba contento con la elección, ya que desde allí tenía una buena vista de los bancos de la defensa y de la acusación, mientras que también abarcaba todo el estrado.

La sala, de forma alargada, tenía vigas en el techo y muros encalados. En la pared que quedaba detrás de Bentheim se abría media docena de ventanas que iluminaban la estancia. La imagen que se ofrecía al entrar desde el pasillo recordaba al interior de una iglesia. A derecha e izquierda había incontables hileras de bancos destinados al público. El tercio delantero de la sala estaba separado del resto por una barrera. Tras ella se encontraba la zona de los abogados, a la derecha la del jurado y a la izquierda la de los secretarios y otros funcionarios. En una disposición similar a la de la mesa de eucaristía y el altar principal, en la parte frontal, y elevados respecto al piso principal, se encontraban los atriles del juez principal y de sus dos asistentes, que se alzaban sobre un fondo con un escudo negro, blanco y rojo con un águila negra, la corona Hohenzollern y las espadas cruzadas.

La sala se fue llenando poco a poco. Mujeres chismosas con ropas baratas de trabajo entraban a empujones; unos cuantos jornaleros movidos por la curiosidad buscaban sitio para sentarse. Había pocos miembros de la alta burguesía. Bentheim contó solamente una docena de personas cuyo aspecto revelaba una situación acomodada. Para su asombro, en medio del público distinguió a un hombre al que no esperaba ver. Llevaba ropa de

diario, sin insignias de autoridad, de manera que pasaba inadvertido, pero Julius lo reconoció al instante. Era Moritz Bissing, el comisario que había llegado con su equipo al lugar del crimen en primer lugar; una figura delgada, pero no en un sentido enfermizo, sino más bien de aspecto atlético. Llevaba las patillas recortadas con una precisión escrupulosa y el pelo castaño, de un dedo de largo, recién cortado. Del bolsillo de su camisa asomaba una edición barata de *El barril de amontillado*, de Edgar Allan Poe, que seguramente se había traído para pasar el tiempo. Incluyó la cabeza de forma casi imperceptible hacia Bentheim, que respondió a su saludo con un gesto similar.

Pasó media hora más hasta que los abogados de ambas partes entraron en la sala en fila por una puerta lateral. Tras ellos, dos agentes trajeron al acusado, vestido con indumentaria elegante pero sencilla. Caminaba con la cabeza gacha, y en la mano llevaba un libro en cuya cubierta se veía claramente una gran cruz. Un murmullo recorrió la sala, pero el profesor no pareció advertirlo en absoluto. Absorto en sus pensamientos, se sentó al lado de su abogado en el banquillo de los acusados y juntó las manos en señal de oración. El semblante decidido que Julius había visto en él la noche del asesinato había desaparecido por completo. Cuando su abogado se dirigió brevemente a él, Goltz se estremeció asustado. La impresión que transmitía ahora era la de un hombre pequeño e insignificante de mirada huidiza. Le parecía una imagen ridícula, sobre todo por el hecho de que el profesor pelirrojo le recordaba a un cervatillo.

Uno de los alguaciles se hizo oír dando golpes en el suelo con un bastón de madera. El ruido disminuyó, y los asistentes enmudecieron. Una vez se recuperó la calma, el hombre anunció la entrada de los jueces y pidió al público que se pusiera en pie. Se abrió entonces otra puerta lateral y tres hombres con toga y peluca rizada entraron en la sala con paso digno. Se dirigieron al estrado, subieron los tres escalones, arrastraron las sillas y se las colocaron detrás. Se sentaron al mismo tiempo, como si hubieran ensayado

aquel movimiento sincronizado. El juez del centro se comportaba con gran solemnidad. Llevaba tres insignias en el pecho: la Orden del Águila Negra, la Cruz de Hierro y la Estrella de la Gran Cruz con Hojas de Roble y Espadas. Golpeó una base redonda con el mazo y pronunció la orden en un tono enérgico que difícilmente admitía réplica:

—¡Siéntense!

Todos obedecieron.

El ujier se acercó al lateral del estrado para leer un documento en voz alta:

—En el caso de «El Reino de Prusia contra el profesor Botho Goltz» el honorable juez Johann von Jänert presidirá el tribunal. Los asesores serán los honorables jueces Emil Polte y Ernst von Lipinsky. Como juez de instrucción ha actuado el señor Karl Otto von Leps. En este momento, se abre la sesión.

El juez Jänert tomó la palabra. Recibió una lista de uno de los asesores y leyó los nombres de los testigos. Bentheim no se llevó ninguna sorpresa al escuchar que se había citado a Gregor Haldern, el prometido de la víctima; a su vecina, la viuda Bettine Lützow; así como a los miembros de la policía y de la guardia urbana que habían llegado en primer lugar al escenario del crimen. El comisario Bissing y el juez de instrucción Leps habían declarado por escrito; el patólogo Virchow comparecería como testigo de la acusación. Una vez se constató la presencia de todas aquellas personas, el presidente del tribunal les hizo saber que estaban obligados a declarar y les tomó juramento. Después se les hizo salir de la sala de vistas y el juez pidió al acusado que se pusiera en pie.

Botho Goltz obedeció la orden con una diligencia casi servicial.

—El tribunal registrará sus datos, señor Goltz. Se le interrogará sobre su persona, y tendrá usted que dar cuenta de sus relaciones personales. También estará obligado a informarnos de su trayectoria. A continuación la fiscalía leerá los cargos de los que se le acusa. ¿Lo ha entendido?

El pelirrojo asintió.

—Me gustaría indicarle que tendrá que articular sus respuestas y formularlas de manera clara. Es difícil consignar en el acta los gestos y la mímica.

—Sí, señoría.

El juez le hizo un gesto con la mano para que se acercara y señaló el asiento de los declarantes, situado un poco por debajo del estrado.

—Señor presidente —exclamó el fiscal Görne, que se había levantado—. La respuesta del acusado no ha sido unívoca. ¿Se refería a la primera o a la segunda pregunta?

—Señor fiscal —gruñó Jänert—, guárdese las objeciones para cuestiones más importantes. Interrumpa el desarrollo de la vista cuando sea necesario, pero no para llamar la atención sobre tonterías. Los que me conocen saben que impongo sanciones económicas con mano dura. ¿Me ha entendido?

—Sí, señor.

—¡Sí, señor presidente! —le corrigió el juez con sorna.

—Sí, señor presidente —repitió el fiscal. Por fuera no se le notó, pero Julius supuso que por dentro hervía de ira. El público, que había seguido fascinado el primer intercambio de palabras, se estaba divirtiendo. En cambio Botho Goltz se había quedado entre el banco de la defensa y el estrado con gesto torpe. Daba la impresión de no saber muy bien adónde ir. Bentheim agarró un lápiz a la velocidad del rayo y esbozó a grandes rasgos esa expresión facial de Goltz, tan diferente a la que había mostrado la noche del crimen.

El jurado mostró un gran interés por la biografía del presunto asesino. Este se había sentado finalmente junto al estrado y sorteaba las preguntas del fiscal. Sus respuestas sonaban francas y naturales por un lado, pero, por otro, cuando se refería a sus sentimientos, resultaban extrañamente insensibles. El público supo que Botho Goltz había nacido en Potsdam, donde también había crecido y había ido al colegio. Había estudiado dos semestres de Administración Pública antes de cambiar a Filosofía e Historia Antigua. Desde hacía más de veinte años era profesor de Metafísica

y Ontología, y seguía un principio antropológico moderno influido por la teoría de Schopenhauer sobre la primacía de la voluntad humana. Había colaborado con Ludwig Feuerbach, y también se había relacionado con su adversario, Max Stirner, ya fallecido. En el ámbito privado, Goltz llevaba una vida modesta y no se permitía criados ni cocinera, a pesar de tener ingresos suficientes para ello. Nunca había estado prometido, y se acogió a su derecho de no declarar cuando Theodor Görne le pidió más información sobre sus amoríos o su historial con las mujeres.

Cuando terminaron las preguntas, el juez Jänert pidió al fiscal que leyera los cargos. Görne se acercó a su mesa y recibió de uno de sus ayudantes una carpeta con documentos. La sala se sumió en un tenso silencio. Solo se oía el rasgar de los lápices de los dibujantes sobre las hojas. El fiscal carraspeó y leyó con voz monótona lo que se conocía como encabezamiento, en el que se detallaban los datos individuales de los acusados y la hora y el lugar del crimen.

En ese momento, Görne paró un instante para que el juez pudiera ordenar a uno de los secretarios que dejara constancia en el acta de que la causa efectivamente se enmarcaba en la jurisdicción territorial del tribunal.

—Prosiga —pidió Johann von Jänert—. El tribunal tiene un gran interés por conocer la hipótesis en la que la fiscalía ha centrado su acusación.

Görne se inclinó levemente en dirección al juez.

—Ilustre tribunal —comenzó—, la fiscalía no considera que se cumpla ningún criterio para el asesinato. A nuestro parecer, también puede descartarse la condición atenuante de suicidio asistido. De ahí que se parta del supuesto de un homicidio en el contexto de un arrebató, por lo que acusamos al profesor Botho Goltz de homicidio no premeditado. En base a la extrema brutalidad con la que se produjo el *exitus* de la víctima, solicitamos la imposición de una condena privativa de libertad de cinco años.

La agitación se extendió entre el público. Los periódicos que habían informado del caso Kulm habían dado por hecho que al profesor, caracterizado como una bestia pelirroja, se le imputaría el delito de asesinato. Los asistentes empezaron a cuchichear y el juez Jänert se irritó.

—Señor fiscal, ¿lo he entendido bien? ¿Acusa al señor Goltz de homicidio? ¿No de asesinato?

Antes de que Theodor Görne pudiera responder, el abogado del profesor se levantó y exclamó por encima del incipiente alboroto:

—Ilustre tribunal, solicito un aplazamiento de la sesión. Además, mi cliente desea que lo procesen por asesinato. ¡Si no se accede a dicha solicitud, nos reservamos el derecho a citar a nuevos testigos!

El rostro del desconcertado juez se iluminó con un fugaz destello. Se inclinó primero hacia la derecha, después hacia la izquierda y deliberó en voz baja con sus asesores. Cuando se intentó hacer oír con el mazo, el ruido de la sala enmudeció poco a poco.

—Se acepta la petición. La próxima sesión se pospone al próximo lunes a mediodía. Y a ustedes, abogados, quiero verlos en mi despacho inmediatamente. ¡Alguacil! Desaloje la sala.

CAPÍTULO NUEVE

El hombre con el que Julius Bentheim se encontró más tarde en el pasillo del Palacio de Justicia era nada menos que el comisario Bissing. El pueblo llano aún deambulaba por el vestíbulo discutiendo agitadamente, y algunos ponían el grito en el cielo. El policía le estrechó la mano al estudiante y lo saludó con simpatía.

—Un inicio con golpe de efecto —comentó.

—Y que lo diga.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando como dibujante?

—¡No, Dios me libre! —respondió Julius—. Soy estudiante. El dibujo es una simple afición que me ayuda a cuadrar las cuentas en épocas de vacas flacas.

—Pero podría usted dedicarse a ello, señor Bentheim. He visto algunas de sus obras, si es que puede hablarse de «obras» en el sentido clásico de la palabra.

—En estos encargos el aspecto artístico queda relegado, naturalmente —confirmó—. Así que tiene usted bocetos de escenas del crimen dibujados por mí...

—Las circunstancias me obligaron a intercambiar casos con Horlitz. Ya habrá sido usted informado de que conozco personalmente al acusado y que por lo tanto se me considera parcial. Por eso me fue asignado el caso del suicidio. Ya sabe usted, el ahorcado del cobertizo...

—Sí, allí nos encontró el aspirante a policía al que habían enviado para pedirnos que nos acercáramos cuanto antes a la casa de vecindad. Por cierto, ¿se sabe por qué se suicidó aquel hombre?

¿Dejó alguna carta de despedida? Nosotros no encontramos ninguna.

—Oh, sí, la había enviado por correo pocas horas antes de morir, dirigida a los gendarmes de Molkenmarkt. Las clásicas últimas palabras de un criminal. Estaba fichado por la policía. Viktor Hackeborn. Un presunto violador que fue juzgado por coacción sexual por última vez hace tan solo tres meses y tuvo que ser puesto en libertad por falta de pruebas. Confesó antes de colgarse. Pero volviendo a sus dibujos...

—¿Sí?

—Al señor Krosick también le ha llamado la atención la sensibilidad con la que destaca ciertas secciones, cómo matiza los detalles en este punto y sus pinceladas son más fuertes en aquel otro. También elogia su discreción.

Habían empezado a caminar, dejando atrás a la mayor parte de la multitud. Julius ya intuía adónde conducía aquella conversación. Se debatía entre la tentación del dinero que podría ganar y el pudor que se le había inculcado. También sentía la atracción por lo prohibido, a la que siempre le había resultado muy difícil resistirse. Filine nunca sabría nada de aquel encargo. Hizo de tripas corazón y respondió:

—La discreción es una virtud.

—Así que puedo suponer que no tendría usted inconveniente en realizar para mí un par de retratos de carácter particular...

—¿Particular? —Se inclinó y susurró—: ¿O más bien indecente?

Bissing comentó con magnanimidad:

—Lo que para un pastor puede resultar indecente, para el ciudadano medio no ha de ir necesariamente más allá de la particularidad o la impulsividad.

—Está bien. Decida usted lugar y hora, señor comisario, y allí estaré.

—Domingo a las diez de la noche. Lo recogerán en su casa.

Albrecht Krosick sonreía con ironía. Sonreía, y no dejó de hacerlo hasta que Bentheim le dio un buen empujón. Esa noche bebían cerveza sentados en un banco de los jardines de la Real Escuela de Veterinaria. La placita que habían escogido era sombría pero también acogedora. Sesenta y dos años atrás, el aeronauta André-Jacques Garnerin había despegado desde ese mismo lugar con su esposa y una persona más en un globo aerostático. Incluso el rey había sido invitado a presenciar cómo la aeronave ascendía hacia los cielos y se alejaba flotando suavemente en el aire.

—Así que a partir de ahora serás el pornógrafo personal de Bissing. ¡Tienes todos mis respetos!

—¡Maldita sea, Albrecht! Baja la voz, por favor. Alguien podría oírnos.

—¿Eso significa que al comisario le han gustado tus dibujos?

—Eso parece.

—Supongo que no le importará mucho la precisión de la perspectiva. Yo también he visto tus esbozos del ahorcado. Metiste la pata de forma garrafal en los puntos de fuga.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—La imagen me resultó de lo más extraña, aunque no tengo ni idea de por qué. Mi experiencia como fotógrafo me dice que las proporciones no encajan.

—Los datos me los dieron los gendarmes. Todo medido y registrado por escrito.

—Y lo mismo tendrás que hacer mañana por la noche.

—¿Qué?

—¡Medir a las mujeres y registrarlo todo por escrito para Bissing!

—Krosick volvió a sonreír burlón y dio un buen trago de la botella. Ya era la tercera en una hora, y Bentheim seguía sus progresos con una mezcla de asombro y preocupación.

—¿No crees que ya has bebido suficiente? Si sigues así, no llegarás a los cuarenta. La cirrosis acabará con tu hígado mucho antes.

—Has dicho hígado.

—Sí, ¿y qué?

—Hígado, Julius. ¡Hí-ga-do!

Bentheim suspiró. El vicio de recitar rimas hepáticas en todos los lugares, apropiados o inapropiados, era una tradición prusiana que a estas alturas ya no le hacía ninguna gracia.

—El hígado es de lucio y no de lenguado. Las abejas no me gustan, me han picado —improvisó.

—¡Bravo! Tres hurras por nuestro poeta. Pero volviendo a esa otra palabra que empieza por «p»...

—Vale, vale. ¿Qué quieres saber?

—¿Dónde habéis quedado?

—Delante de nuestra casa.

—Entonces tendré que distraer a nuestra querida viuda Losch. No querrás que la buena de Amalia se entere de tus actividades nocturnas, ¿verdad?

—¡No, por Dios! Te estaré eternamente agradecido.

—Puedes agradecermelo contándome de una vez algo del juicio. ¿Han acusado a Goltz de homicidio?

—¿Cómo sabías...?

—Lo he adivinado, Julius. Pero era de esperar. La fiscalía no tiene pruebas suficientes para demostrar un asesinato a sangre fría. ¿Qué podrían aportar? No tienen móvil ni testigos oculares. Y, sin móvil, no será fácil sacarse de la manga un asesinato con premeditación. Después están las personas involucradas en el crimen: el acusado, muy bien relacionado, elegante, versado en retórica e inteligente; y la víctima, una prostituta ocasional inquilina de una casa de vecindad que se junta con sujetos de clase baja y dudosa reputación. ¿Quién crees que parece más digno de confianza de los dos?

Bentheim se encogió de hombros.

—Será difícil interrogar a Kulm. Pero ya entiendo adonde quieres ir a parar. Aunque sí que hay pruebas: el arma homicida, la presencia del profesor en el lugar del crimen, su ropa embadurnada de sangre y, por último, su confesión.

—¿A eso lo llamas pruebas? Yo los considero más bien indicios. Si Görne renuncia a la acusación por asesinato y alega homicidio, es porque quiere ir sobre seguro. —Levantó la botella y dio un último trago. La sostuvo boca abajo con gesto afligido para aprovechar las últimas gotas y después la dejó a un lado—. En fin, es una lástima.

—¿El caso? —preguntó Bentheim.

—No, que se haya acabado la cerveza.

Las sombras se habían alargado desde que el sol casi había desaparecido detrás de una de las altas fachadas neoclásicas. Los dos se quedaron allí, pensativos, hasta que Krosick propuso que se marcharan. Al levantarse se tambaleó ligeramente, de manera que Julius tuvo que sujetarlo.

—Gracias, mi benévolo compinche —murmuró el fotógrafo mientras avanzaban a trompicones hacia casa.

CAPÍTULO DIEZ

Julius Bentheim había preparado su material de dibujo, y escapó de las garras de la casera en un momento de distracción gracias a que Krosick se ofreció a jugar una partida de ajedrez con la señora. Cuando estuvo delante de la casa, en su mente apareció una imagen que había vislumbrado en incontables novelas de quiosco: un héroe solitario espera a que un coche surja entre la niebla. Sin embargo, el día había sido extremadamente sofocante, así que la noche seguramente sería templada. No había ni rastro de bruma ni de asesinos a sueldo que acecharan a sus víctimas ocultos tras un saledizo.

Bentheim miró el reloj. El coche se retrasaba.

Caminó arriba y abajo, presa de la excitación. Se había planteado en serio vestirse de negro, pero al final se había decidido por su ropa de diario. Al fin y al cabo, no dependía de él que su trabajo se mantuviera en secreto. Para sus clientes la discreción era importante, así que ellos mismos se ocuparían de que nadie supiera del encargo.

Se dio la vuelta al oír cascos de caballos. Una calesa se acercó a gran velocidad desde el final de la calle y frenó en seco delante de él. Era un coche granate de cuatro ruedas, con tiro de dos caballos. El chófer de semblante hosco que estaba sentado en el pescante ni siquiera hizo el esfuerzo de bajarse y abrir la portezuela.

—Entre —murmuró señalándola.

—Un placer conocerlo a usted también —respondió enfadado Julius subiéndose al vehículo.

En el interior había dos bancos que ofrecían asiento para cuatro personas como máximo. Las paredes estaban tapizadas con tela. El farol instalado en el techo llevaba tiempo apagado, o quizá nunca se hubiera encendido, pero a Bentheim aquello le daba igual. En la oscuridad se sentía protegido de miradas indeseadas, y al mismo tiempo podía admirar el paisaje.

La calesa se puso en marcha.

Miró por la ventana. Todo lo que veía eran fachadas, jardines, fuentes públicas y plazas que se deslizaban a gran velocidad. Poco después apareció ante sus ojos el monumental edificio del Arsenal, y luego giraron hacia la majestuosa avenida Unter den Linden. La que durante mucho tiempo había sido la mayor armería de Prusia, albergaba más de setecientas piezas de artillería y miles de armas, desde dagas y mosquetes hasta pistolas de avancarga y fusiles modernos. Para asombro de Bentheim, el vehículo se detuvo a la derecha de la avenida. La portezuela se abrió y un hombre vestido de color oscuro, envuelto en una capa, subió al coche.

—Buenas noches —saludó—. ¿Me permite? —Abrió el bolsillo de su capa y sacó una venda.

Bentheim lo entendió. Se inclinó y dejó que el desconocido le tapara los ojos con la venda y se la atara detrás de la cabeza. Después se recostó y se sumió en sus pensamientos. La calesa volvió a ponerse en marcha. Ahora el joven dibujante solo podía intuir hacia dónde se dirigían. En un primer momento no giraron, así que estaba seguro de que continuaban recorriendo la avenida. De pronto, el vehículo trazó una curva. Bentheim supuso que debían de haber llegado a uno de los antiguos muros que rodeaban la ciudad. Hacia el oeste se llegaba a Lützenburg, donde se alzaba el Palacio de Charlottenburg, la antigua residencia de verano de la princesa Sofía Carlota de Hannover. Durante largo rato tuvo la sensación de que podía seguir mentalmente el recorrido, pero llegado a un punto tuvo que admitir que se había desorientado sin remedio.

Los ruidos de la ciudad disminuyeron hasta que solo se oyó el sonido de la naturaleza. Las ruedas ya no traqueteaban por

adoquines, sino que rodaron durante un buen trecho sobre tierra apisonada y luego crujieron sobre guijarros hasta detenerse. Debían de encontrarse en la entrada de una casa de campo. Cuando Julius se bajó del coche y se desentumeció las piernas, la venda que le cubría los ojos no le dejó distinguir nada más que un par de puntos luminosos difuminados. Las luces se movieron y el volumen de las voces subió.

Bentheim intuyó que estaba ante unos criados que portaban unos faroles. «Están aquí para llevarme a la casa».

—Acompáñenos, caballero —le dijo una voz. Era su compañero de viaje, que se dirigió a él y le tocó suavemente el brazo para indicarle el camino—. Debe usted escoger un seudónimo. Los criados prepararán de inmediato una docena de tarjetas de visita y se las entregarán en cuanto se haya vestido con el dominó y la máscara.

—¿Debo disfrazarme?

—La reunión es, ejem, digamos, de naturaleza un tanto escabrosa, pero en cualquier caso de un gusto extremadamente exquisito. Y para no caer en lo profano, lo exquisito debe desarrollarse en un marco ficticio. Además, se sobreentiende que los participantes no quieren encontrarse más adelante en la vergonzosa situación de reconocerse unos a otros por casualidad tomando el té. Se presupone una discreción máxima.

—Yo solo he venido para dibujar. Sea cual sea...

—De todos modos, a usted se le exige la misma cautela que a ellos. Cuidado, caballero, ahora vienen tres escalones.

Lo condujeron por una pequeña escalinata. Oyó cómo se abrían los dos batientes de una pesada puerta y cómo se cerraban tras él. Otra persona se encargaba ahora de guiarlo, y lo condujo varios pasos más allá hasta otro cuarto.

—Ya puede quitarse la venda, caballero —dijo alguien al que Bentheim poco después reconoció como un ayudante de cámara de cierta edad, ataviado con chaleco negro y guantes de cabritilla. La habitación tenía una ventana, pero se habían echado unas cortinas

negras que lo oscurecían todo. Conociendo las precauciones que habían tomado los señores de la casa, lo más seguro era que las contraventanas también estuvieran cerradas. En un rincón había una cómoda de roble; contra una pared, un escritorio con un cajón abierto; en la pared de enfrente, un *bonheur-du-jour* francés, un delicado escritorio femenino con una pieza posterior elevada. Los muebles eran de una refinada belleza y se habían escogido con gusto. Varias lámparas iluminaban la habitación.

Un criado con librea entró en el cuarto llevando un dominó. Julius se lo puso; le llegaba hasta las pantorrillas. Era completamente negro, disponía de capelina y capucha, y tenía un aire a las vestimentas que usan los monjes.

—¿Su nombre, caballero? —preguntó el ayudante de cámara.

—Conde de Saint-Germain.

—Muy ocurrente —respondió el hombre en tono seco, y Julius no supo si el comentario era irónico. De todos modos, hizo un gesto con la cabeza a un segundo criado, que salió del cuarto y volvió poco después seguido de una doncella que esbozaba una sonrisa bobalicona. Esta se sentó en silencio delante del *bonheur-du-jour*, abrió un cajón y sacó un fajo de tarjetas de visita vacías que comenzó a rotular una tras otra. A Bentheim no se le había escapado que por lo demás el escritorio estaba vacío. Ni rastro de efectos personales. Nada que dejara entrever la identidad de su dueño. Supuso que el lugar para la reunión secreta habría sido escogido con sumo cuidado.

Dos minutos después la doncella había terminado de preparar las tarjetas. Esparció arena sobre la tinta una vez más y después la dejó caer en una cajita de estaño con decoración perlada.

—¿Existe algún código? —preguntó Julius al recibir las tarjetas.

La doncella rio con inquietud.

—Sí, un doblez significa actividad, y dos dobleces, pasividad.

—No acabo de entenderlo.

El ayudante de cámara, abochornado, carraspeó y se dirigió a la muchacha:

—Está bien, señorita Pauline, ya puede marcharse. —Una vez ella estuvo fuera, el hombre se lo explicó con más detalle—: Doblará la tarjeta una vez si sale de caza y quiere encañonar su arma. Está permitido, o incluso se recomienda, disparar tantos cartuchos como quiera. Si prefiere usted el rol pasivo y quiere sucumbir como una cierva, doblará su tarjeta dos veces.

—¿Como una cierva?

—Discúlpeme. No domino el vocabulario de la caza. Únicamente quería evocar una imagen apropiada.

—Está bien, no pasa nada. Solo estoy aquí en calidad de dibujante. No necesito ni uno ni dos dobleces.

El criado observó al joven del dominó sumido en un silencio solemne. Su rostro se estremeció de forma casi imperceptible cuando dijo por fin:

—Bien. Los tiempos cambian, joven. Aunque no siempre a mejor. Ciertamente, no siempre a mejor... Tenga, la máscara. Y, ahora, venga conmigo. Lo llevaré arriba.

Salieron al pasillo. Julius Bentheim miró a su alrededor. Se moría de curiosidad por averiguar qué lugar sería aquel, quién viviría allí, así que se dispuso a atesorar todos los detalles que pudo de la casa. La puerta por la que había entrado permanecía cerrada, y pasó junto a varias ventanas cuidadosamente tapadas con cartón. Los suelos estaban cubiertos con mullidas alfombras; debía de haber varias de ellas superpuestas. Subieron por una escalera suavemente arqueada y llegaron a la planta superior. Allí pasaron junto a algunas habitaciones cuyas puertas estaban apenas entornadas, y en varios casos incluso completamente abiertas, de manera que permitían ver las escenas más impúdicas que uno se pudiera imaginar.

Un gordinflón con la cabeza cubierta con una máscara de la que salían mechones largos e hirsutos, que representaba al legendario Alberich, el rey de los enanos, estaba sentado en una poltrona. La piel del hombre brillaba por el sudor y su color rosado recordaba al de un cochinillo. Mientras gemía a pleno pulmón, miraba a una

pareja que se divertía en un sofá rococó de color verde. Las demás habitaciones también ofrecían todo un gabinete de prácticas que la opinión pública seguramente habría considerado repugnantes. Hay que decir que Bentheim no era en absoluto un santurrón. Sabía que la naturaleza del ser humano podía empujarlo tanto a las actividades más encomiables como a las más licenciosas. En la sociedad prusiana, tan mojigata como la victoriana, era prácticamente imposible que el inconsciente se saciara de sexualidad. En consecuencia, las personas buscaban sus propios divertimentos y los encontraban en toda clase de preferencias eróticas, como el deseo hacia objetos inanimados, hacia fetiches o disfraces, y toda clase de juegos de rol. Por ejemplo, Albrecht, el amigo de Bentheim, consideraba poco reprochable pagar de vez en cuando a mujeres por sus servicios. Cuando las visitaba, aquellas muchachas a menudo le hablaban de las prácticas desviadas que les pedían sus clientes, y Albrecht siempre escuchaba sus historias con una mezcla de fascinación y repugnancia. Por supuesto, era inevitable que difundiera dichas historias a la primera ocasión que se le presentara. Así fue cómo el dibujante conoció las variedades sexuales de la emetofilia, la dacrifilia o la flatofilia.

Bentheim tuvo que admitir que el ambiente del lugar empezaba a surtir su efecto en él. Observaba los cuerpos desnudos con creciente interés. Apartaba la mirada de los hombres con indiferencia, pero la abundancia de las formas femeninas más diversas lo fascinaba. Entraron en un cuarto más espacioso distribuido como un atrio. La cúpula de cristal que lo cubría permitía contemplar el cielo despejado iluminado por la luna. Allí había varias personas tendidas en divanes o sentadas en sofás charlando con copas de cristal en la mano.

—El conde de Saint-Germain —anunció el ayudante de cámara. Señaló la bandeja de plata llena de tarjetas de visita que había sobre un mueble.

Bentheim negó con la cabeza. En lugar de ir hacia la bandeja, levantó la carpeta de dibujo para que todos la vieran y esperó a que

alguien se moviera. Un hombre vestido con una capa oscura se separó de un grupo y se acercó a él.

—Interesante seudónimo —le dijo una voz que Julius reconoció fácilmente como la del comisario Moritz Bissing—. Un aventurero y ocultista del que el mismísimo Casanova sentía celos. No me sorprendería que el viejo conde hubiera participado de vez en cuando en fiestas como esta.

—Puede que incluso esté hoy aquí —respondió Julius—. Como quizá ya sepa, se decía que el conde tenía el don de la vida eterna.

—Todo es posible —comentó Bissing con una sonrisa—. Pero centrémonos en el motivo real de su presencia hoy aquí. Como veo, ya ha recibido una pluma y una cantidad más que suficiente de papel.

Bentheim dio unos golpecitos a la carpeta en señal afirmativa.

—Bien, sígame. Los honorarios se le abonarán de forma anónima, y será en tres pagos. Un mensajero le llevará los sobres, y solo se los entregará a usted en persona.

—¿Y qué tengo que hacer?

Bissing había llegado a una puerta y la abrió. A pesar de que la habitación no tenía ninguna ventana, el ambiente no era en absoluto sofocante. Un ingenioso sistema de ventilación facilitaba la circulación del aire. Un candelabro de tres velas arrojaba una luz crepuscular pero cálida sobre una butaca, una cómoda y una estantería. Sobre un lecho que recordaba a los de los cuentos de *Las mil y una noches* estaba recostada una hermosa joven con gesto aburrido. Hojeaba un libro, y cuando los dos invitados entraron, levantó la mirada de la lectura sin disimular su escaso interés.

—Esta es su modelo, señor conde. La elección de la pose la dejo a su gusto artístico. No espero, sin embargo, un estilo impresionista, que tan de moda está ahora entre los franceses. Y si bien el cuerpo femenino es tan hermoso como un paisaje que invita a su exploración, puede olvidarse tranquilamente de las ideas de la

escuela de Barbizon. Lo que quiero son detalles. Detalles precisos y exactos. ¿Lo entiende?

—Mi única duda es si la modelo accederá a ello.

Bissing lanzó una mirada de desprecio a la mujer.

—¿Que si accederá? Ja, esa es buena. —Le dio una palmadita en el hombro a Bentheim al salir de la habitación. Julius se dio entonces la vuelta y cerró el pestillo.

CAPÍTULO ONCE

La joven se llamaba Adele. El largo cabello castaño le caía lacio sobre los hombros. Se colocó desnuda delante de él sin sentir el menor atisbo de vergüenza o inhibición. Él dirigió sus movimientos, le explicó qué postura debía adoptar, y ella dejó a un lado el libro —*Der Kriminalrichter*, de Balzac, como observó Julius sorprendido— y obedeció sin rechistar.

—¿Llevas mucho tiempo dedicándote a esto? —le preguntó ella.

—Es mi primera vez. Creo que estoy más nervioso que usted.

—Se nota. Si ni siquiera te atreves a tutearme...

Con algo más que simple interés profesional, Julius contempló sus pechos, que tenían un tamaño similar a los de Filine pero sin embargo eran muy distintos. Se sentó en una silla de mimbre con el papel y, a falta de un caballete, lo apoyó sobre su cartera, que colocó encima de los muslos. Dibujó la silueta en pocos trazos. En cuanto la terminó, pasó a pintar pequeños recuadros alrededor de algunas secciones destacadas. Para ello eligió los pechos, el izquierdo y el derecho, y después el vientre y el pubis. Quería retratar estas partes por separado y, más tarde, tranquilamente, unir los dibujos individuales en una única imagen. Adele se había colocado un cojín bajo la nuca y seguía con interés los movimientos de la mano del artista.

—No lo haces solo por dinero, ¿verdad?

Julius se inclinó sobre ella para esbozar el contorno de sus pezones, aspirando y espirando el aire de forma regular.

—Quien calla otorga —comentó Adele mordaz, jugando con las puntas de su largo cabello.

—Por favor, señorita, estoy intentando concentrarme.

—Por eso resoplas con tanta fuerza, claro —replicó con una sonrisa.

—Es una técnica de respiración. Las inhalaciones profundas y tranquilas calman los nervios y aumentan la concentración. Las prostitutas deberíais saberlo.

La mujer se enfureció.

—¡Prostituta! Vaya un necio arrogante. ¿Pero quién te has creído?

Julius se quedó perplejo. El expresivo rostro de la joven, perfecto para emprender una carrera en el teatro, se mostraba ahora colérico. Lo miraba fijamente sin inmutarse, como si esperara una disculpa, o al menos una reacción de cualquier tipo. El dibujante se sentía incómodo. Agachó la cabeza y fingió estudiar su boceto, pero la modelo volvió a dirigirse a él:

—Estoy aquí por voluntad propia. Yo decido si alguien me toca. Sí, claro que necesito el dinero. Pero solo dejo que la gente me mire. Eso y nada más. Alguno se ha llevado su merecido. En general aquí no hay ramera, solo damas que se tienen en la más alta estima. Las tarjetas de visita tienen una finalidad, por si aún no lo has entendido.

Julius levantó la mirada.

—¿Cuántos dobles tiene tu tarjeta? —le preguntó, ahora sí tuteándola también.

—Ninguno —respondió—. ¿Y la tuya?

Sacó el fajo de tarjetas del bolsillo del chaleco en silencio y le tendió una.

—¿El conde de Saint-Germain? —leyó ella en voz alta y, desconcertada, se echó a reír—. Vaya, el conde, el viejo galán. Y ningún doblez en la tarjeta. ¿Habrás visto? —Le tendió la mano. Su semblante se había suavizado considerablemente—. Encantada, señor conde. Me llaman Adele.

Bentheim se acercó los delicados dedos a la boca para besarlos.

—Julius —murmuró ensimismado.

—Ah, Julius. Ha revelado su identidad.

Se estremeció involuntariamente al sentirse cazado. Intentó ocultar su miedo, pero por dentro maldecía la decisión de haber aceptado la oferta de Albrecht. ¿Qué se le había perdido allí? Se había rebajado a la labor del pornógrafo, del dibujante por encargo que se regodea en las fantasías más sucias de sus clientes.

Adele coqueteaba con él. A pesar de que él no quería, ella comenzó a hacerle preguntas. Julius respondía a regañadientes. Gracias a la naturalidad de la joven, poco a poco fue perdiendo la vergüenza. Relajada sobre los cojines, parloteaba sin parar sobre su infancia en Stralsund. Había crecido cerca del bastión naval de la ciudad, y día tras día se dedicaba a contemplar los barcos que surcaban el mar Báltico. Su padre había sido marinero, y cuando un día el mar tempestuoso se lo tragó, su madre se mudó con ella a Berlín, donde encontraron trabajo como embaladoras en una fábrica.

—No era lo mío —contó—. Uñas rotas, callos en las manos y roces en los brazos. Un día tras otro.

—¿Y por qué posas para que te dibujen?

—A veces solo tengo que tumbarme desnuda sobre una mesa. Me decoran de arriba abajo con nata y frutas y hago las veces de bufet.

Julius rio entre dientes. De manera que Bissing y sus amigos no eran unos completos perversos, de cuando en cuando incluso hacían gala de cierto estilo. Dejó el bloc de dibujo a un lado para quitarse el chaleco. Pensándolo bien, debía reconocer que la situación le resultaba más agradable que tan solo unos minutos antes. Adele era simpática, de eso no cabía duda.

Con un gesto de la mano que abarcaba toda la sala, le preguntó:

—¿Y todo esto no te importa?

—En el paraíso también estaban todos desnudos.

—En el paraíso *no sabían* que estaban desnudos.

Se encogió de hombros resignada.

Bentheim se inclinó hacia delante para observar con más detalle su sexo a la luz titilante de las velas, y de pronto fue plenamente consciente de lo que estaba experimentando en aquel momento. Era la primera vez que tenía la oportunidad de explorar a una mujer tan de cerca, y no tuvo por menos que reconocer que le habría resultado impensable hacer lo mismo con Filine.

* * *

Al día siguiente, Julius Bentheim volvió a casa del pastor Gottfried Sternberg. Eligió la tarde para presentarse en la Matthäikirchstraße, ya que por la mañana se celebraba la misa, y por una vez quería visitar a Filine sabiendo que su padre estaba en casa. De vez en cuando, convenía dejarse ver cuando su amada estuviera bajo vigilancia.

Hedwig Lembke lo condujo al comedor, donde padre e hija lo esperaban ya con el café y los dulces sobre la mesa.

—Hemos recibido su mensaje, señor Bentheim —lo saludó el pastor con gesto impasible—. Siéntese, por favor. Me he permitido servir un pequeño manjar para celebrar la ocasión.

Como si los domingos no hubiera siempre tarta, pensó Julius, divertido. Incluso los clérigos podían ser unos hipócritas.

Aceptó la oferta dando las gracias sin revelar sus heréticos pensamientos y se sentó junto a Filine. Mientras la señora Lembke servía azúcar, el pastor llevó la conversación hacia el sermón que había recitado aquel mismo día. Charlaron sobre varios asuntos triviales hasta que Bentheim tuvo la impresión de haber cumplido con lo que el decoro exigía.

Dos horas después, se despidió del pastor Sternberg y Filine lo acompañó a la puerta.

—¿Nos veremos la próxima semana? —le preguntó ella.

—Mañana se retoma el juicio. No podré decirte nada hasta la noche. Pero el domingo a más tardar tendré tiempo para ti.

—Envíame un mensaje.

—Lo haré.

Y, con una sonrisa apocada, cerró la puerta tras él.

Julius emprendió el camino a casa sumido en sus pensamientos. La experiencia que había vivido apenas unas horas antes se deslizaba una y otra vez en sus pensamientos y amenazaba con desbancar el recuerdo de la visita a Filine.

CAPÍTULO DOCE

El lunes por la mañana Julius Bentheim hizo una excursión a Molkenmarkt. Tras entrar en el vestíbulo de la jefatura de policía, se dirigió al mostrador de la entrada y se presentó ante un gendarme como el dibujante designado para el caso Hackeborn.

—¿El ahorcado? —preguntó el hombre.

—Sí, Viktor Hackeborn. Suicidio.

El dibujante sentía que el sudor le rezumaba por todos los poros, aunque supuso que el otro siempre podía achacarlo al calor del verano.

—He olvidado el barniz de acabado —mintió, y levantó una lata pequeña de resina damar que había llevado expresamente consigo—. Tengo que aplicarlo para que el carboncillo y el grafito se conserven. Si no, habré dibujado en balde.

—De acuerdo, de acuerdo. —El gendarme se inclinó sobre un tubo acústico metálico que se elevaba por encima de la mesa y desaparecía en el suelo, y habló a través de él—. ¡Eh, Alexander, te mando un dibujante! Hazme el favor de preparar los archivos del suicidio Hackeborn.

La respuesta resonó amortiguada a través del tubo y el hombre del mostrador le hizo una señal de conformidad a Bentheim:

—Pregunte por el señor Dresky.

Julius se despidió con un gesto amable de la cabeza y se puso en camino hacia el depósito de pruebas, situado en la planta inferior del edificio. Aquellas salas sombrías y poco acogedoras estaban atestadas de archivadores alineados uno tras otro, en

compartimentos separados por rejas como si fueran celdas. Detrás de una sucia mesa de oficina había un policía gordo, con un periódico abierto delante y un bocadillo de atún en la mano.

Entre los ruidos que el hombre hacía al masticar, Bentheim adivinó que le pedía que anotara su nombre en el libro que había sobre la mesa.

Cogió pluma y tinta y firmó.

—Bueno, muchacho, ven conmigo —dijo el gordo levantándose con esfuerzo y limpiándose las manos grasientas en el pantalón.

Entraron en una pequeña sala contigua y el hombre le dijo a Bentheim que esperara. Poco después regresó resoplando y dejó encima de la mesa una caja con el precinto suelto. El policía se retiró, y el dibujante levantó la tapa y repasó los archivos. Ni siquiera se molestó en preparar el pincel y la espátula o en abrir la lata de resina.

Julius hojeó rápidamente las páginas. Al parecer solo se había registrado lo esencial. Todo estaba aprobado por el juez de instrucción y se había tramitado en un juicio rápido. El sello oficial llevaba fecha del 17 de julio. Sus propios dibujos formaban el grueso del expediente, mientras que el informe policial únicamente constaba de un par de anotaciones. También se había adjuntado la carta de despedida del suicida. Bentheim no se entretuvo leyéndola. En lugar de eso, repasó las mediciones en las que había basado sus esbozos y las comparó con su obra. La escala encajaba. Sin excepciones.

Y, sin embargo, también le pareció que, de algún modo, la perspectiva estaba trastocada, o que como mínimo no la había elegido bien. La idea que afloró en su cabeza al contemplar las imágenes le resultaba inconcebible. Una idea que le revoloteaba por la mente como una mariposa, aunque el batir de sus alas provocó unas vibraciones demasiado débiles para que alcanzara a comprenderlas en ese mismo momento. Levantó la vista y se aseguró de que el archivero no pudiera verle. Entonces se guardó

una de las hojas. Después copió las mediciones en un cuaderno, lo guardó todo de nuevo en la caja y la tapó.

Cuando ya se había despedido y había salido de la sala, se dio cuenta de la suerte que había tenido de que nadie hubiera hecho un inventario de las pruebas del caso Hackeborn. Sacudió la cabeza, atónito. Y que el gendarme de la recepción no tuviera ni idea de que los dibujos a grafito no necesitaban barniz también contribuyó a subirle el ánimo. Salió del Palacio Grumbkow silbando alegremente y dirigió sus pasos al Palacio de Justicia Real.

El juez Jänert dio comienzo a la segunda sesión del juicio por el caso Kulm del modo acostumbrado. Entró en la sala flanqueado por los asesores Polte y Lipinsky y utilizó profusamente el mazo del estrado para pedir silencio. Desde su asiento, a Julius le recordó a un director que balanceaba su batuta para marcar la entrada de la orquesta. Jänert irradiaba majestuosidad y una calma venerable; una imagen que Bentheim se propuso inmortalizar con unos pocos trazos de carboncillo.

—Caballeros —comenzó a decir Johann von Jänert—, el tribunal accedió en la sesión anterior a la petición de la defensa para citar nuevos testigos. Posteriormente, el tribunal recibió una lista de dichos testigos y se reserva el derecho a tomarles juramento en caso de que sean llamados a declarar. Supongo que el representante de la acusación también ha recibido la mencionada lista.

Theodor Görne se puso en pie.

—Así es, señor presidente.

—Excelente. Entonces le cedo la palabra directamente al señor fiscal. —Bajó la voz y comentó en tono sarcástico—: ¿La fiscalía no se ha dejado persuadir para darle al acusado la satisfacción de verse imputado por asesinato?

Görne, malhumorado, negó con la cabeza. Cogió un fajo de papeles, repitió las últimas frases del acta de acusación, que ya

había leído en voz alta el viernes, y terminó con la observación de que insistía en la acusación por homicidio. Durante todo ese tiempo los ojos del público no se apartaron del profesor. Este permanecía sentado con la espalda encorvada en el banquillo de los acusados, y escuchaba con atención la declaración del fiscal con el rostro desencajado por la tensión. De vez en cuando se llevaba una mano a la boca y besaba un rosario cuyas cuentas deslizaba entre los dedos sin cesar.

Un formidable efecto teatral, pensó Bentheim. Teatral pero eficaz como estrategia.

Cuando el juez manifestó que el acusado tendría ahora la oportunidad de pronunciarse con respecto a los cargos que se le imputaban, Botho Goltz hizo una señal a su abogado, un hombre llamado Fabian Heseler.

—Señoría —intervino este—, en esta fase del proceso, mi cliente preferiría acogerse a su derecho a no declarar.

Le sorprendiera aquello o no, Johann von Jänert no dejó que se le notara. Sin inmutarse, se dirigió al jurado y explicó que de aquello no podía resultar perjuicio alguno para el acusado; que la presunción de inocencia seguía vigente, y que el profesor Goltz únicamente sería condenado en el caso, y solo en el caso, de que su culpa se demostrara de forma inequívoca. Dirigiéndose de nuevo al profesor, añadió:

—Botho Goltz, se le acusa a usted de matar a la señorita Magdalene Kulm la noche del 12 al 13 de julio del presente año. Diga, Botho Goltz, ¿se declara usted culpable o inocente de este homicidio?

—¡Inocente! —respondió el profesor con voz firme.

—Bien, pasemos a las pruebas. Señor Görne, proceda.

—Gracias, señor presidente.

Theodor Görne, el enjuto y calvo fiscal, se adelantó y se colocó cerca del jurado. Hablaba alto para que todos pudieran entenderlo, pero en tono mesurado. A veces se pasaba la mano por la cabeza

para alisarse el pelo que aún le quedaba a ambos lados de la coronilla.

—Presentaremos como prueba ante este tribunal varias declaraciones testimoniales por escrito, varias declaraciones testimoniales orales que se tomarán a lo largo del proceso, varios informes periciales, el acta oficial del registro del lugar del crimen por parte del juez de instrucción Karl Otto von Leps y los resultados de la investigación de la policía judicial de Prusia bajo el mando del comisario Gideon Horlitz, así como varias pruebas incautadas en el lugar de los hechos.

A continuación se elaboró una lista detallada de los testimonios escritos y se leyó su contenido íntegro. Si alguien esperaba alguna objeción por parte de la defensa, se llevó una decepción. Botho Goltz se obligó a adoptar una pose victimista, mientras que su abogado se limitó a tomar alguna que otra nota, aunque en general escuchaba a la acusación más bien aburrido.

Así transcurrió el día, y cuando ya habían dado las siete de la tarde, el juez Jänert dio por cerrada la sesión.

CAPÍTULO TRECE

A ojos de la opinión pública, el siguiente día del juicio se vivió otro punto culminante de un proceso que hasta entonces ya se había salido de lo habitual. Para asombro de todos los presentes, el acusado se había teñido el cabello rojo chillón con nitrato de plata, de manera que ahora relucía en un discreto negro mate. También se había afeitado la barba por completo. Pero el profesor no era el único que había recibido la visita del barbero, ya que su abogado se había presentado luciendo unos rizos intensamente rojos cuyo esplendor indomable recordaba a la venerable cabellera de Friedrich Schiller. Además, cuando entraron en la sala y tomaron asiento uno junto al otro, se pudo comprobar que la indumentaria de ambos era del mismo tono oscuro.

Julius miró perplejo hacia la mesa que ambos compartían. A primera vista los había confundido, y ahora que era consciente de su error, se preguntó cuál sería el objetivo de aquella extraña jugada. Porque se trataba con toda seguridad de algún tipo de jugada, de eso no cabía duda.

El propio Johann von Jänert, que era zorro viejo, recorrió asombrado la sala con la mirada desde su atalaya. Bentheim casi podía ver cómo se agolpaban los pensamientos en la cabeza del juez. Pero ¿qué posible objeción podía presentar el presidente del tribunal a aquello? No había ninguna norma que prohibiera cortarse el pelo, e incluso teñírselo. ¿Y no haría el ridículo el juez si imponía una multa a alguien por una estética caprichosa?

Jänert abrió la tercera sesión sin preámbulos. Sin embargo, antes de que pudiera ceder la palabra a Görne, el abogado de la

defensa Fabian Heseler ya se había puesto en pie.

—Señoría —dijo—, mi cliente me ha solicitado que comunique al tribunal que le gustaría ejercer su derecho a defenderse a sí mismo durante un extenso período de tiempo. Y yo acepto su deseo humildemente.

—Si esto no entra en conflicto con su honor profesional, no hay objeción por mi parte —rezongó Jänert, y cedió la palabra a la acusación. El fiscal llamó entonces a la siguiente testigo, la viuda Bettine Lützow, a lo que el juez indicó a un alguacil que la condujera a la sala desde una habitación contigua. La anciana siguió al ujier con paso digno y tomó asiento en la silla que le asignaron. Sobre la parte superior de la nariz se le formaron dos surcos cuando entrecerró los ojos para intentar ver mejor. Bentheim se dio cuenta al retratarla. Seguramente el hecho de que no llevara puestas las gafas podía achacarse a la vanidad femenina.

Dado que Bettine Lützow ya había prestado juramento junto con los demás testigos, Görne inició el interrogatorio sin rodeos. Era evidente que la mujer disfrutaba siendo el centro de atención. Su postura era delicada y rígida. Ni siquiera tocaba el respaldo. Respondió a las preguntas del fiscal de forma minuciosa. Explicó el tipo de persona que había sido Lene Kulm, joven y alegre, con toda la vida por delante. Incluso se sorbió la nariz al relatar lo mucho que la había entristecido la muerte de la joven. El fiscal no la frenó ni siquiera cuando comenzó a reproducir los chismes y las habladurías que circulaban por la casa de vecindad acerca del monstruo de Goltz.

Bentheim esperaba una protesta del profesor en cualquier momento. Pero o bien este no sabía que la información que provenía de terceros podía eliminarse del acta, o bien había decidido seguir una estrategia completamente absurda.

Görne se mostró compasivo con la viuda. Le cedió el estrado a la anciana, que llevaba toda la vida deseándolo, y le dedicó una atención que seguramente nunca antes había recibido. Ella siguió parloteando animadamente y, finalmente, describió con todo lujo de

detalles la escena en la que «aquel monstruo embadurnado de sangre», como denominó a Goltz sin vacilar, había llamado a su puerta. Cuando se volvió en dirección a la defensa, Theodor Görne se estaba frotando las manos con satisfacción y dijo en un tono que rezumaba sarcasmo:

—Su testigo, querido colega.

El profesor no reaccionó al comentario.

Se puso en pie con indiferencia y se acercó al banquillo de los testigos.

—Estimada señora Lützow —se dirigió a ella con exagerada amabilidad—, ¿podría usted decirle algo al jurado sobre la infame relación que existía entre sus vecinos Gregor Haldern y Magdalene Kulm?

—Protesto. Pregunta insidiosa.

—Se admite.

—La reformularé, señoría.

—Se lo ruego.

Goltz sonrió con amabilidad mientras se pasaba las manos por las mejillas recién afeitadas.

—Sin duda es usted una mujer piadosa, Bettine. A primera vista resulta evidente que conoce usted las Sagradas Escrituras.

La dama, halagada, sonrió, mientras que Görne volvió a intervenir:

—Protesto. Pura especulación.

—Tiene toda la razón, colega —dijo Goltz, pero prosiguió sin vacilar—: Jezabel, la esposa del rey Acab, fue la primera mujer de la Biblia que hizo uso del maquillaje para aumentar su atractivo —explicó el profesor—. ¿Qué opina usted, Bettine? ¿Podría considerarse a Magdalene Kulm una segunda Jezabel?

—¡Protesto! —exclamó Görne.

—Retiro la pregunta. Señora Lützow, hablemos sobre sus vecinos. ¿Cómo era la relación entre Gregor Haldern y Jezabel...? ¡Oh, disculpe mi desliz! Me refería, naturalmente, a la señora Kulm.

Görne, furioso, se puso en pie.

—¿Sí, señor fiscal? —preguntó Jänert.

Görne buscó la formulación adecuada, y como no la encontró, volvió a sentarse en silencio.

La viuda, cada vez más confusa por los altercados entre las partes, volvió la mirada hacia su interlocutor en busca de ayuda. Julius Bentheim seguía la disputa con la máxima concentración. Resultaba evidente que la mujer no tenía la menor idea de a quién tenía delante en realidad. No podía evitar sentir respeto por la sangre fría de la que estaba haciendo gala el profesor.

Botho Goltz insistió:

—Adelante, señora Lützow, cuéntenos.

—Sí, sí, verdaderamente podía considerársela una Jezabel. A veces resultaba insoportable. Pero eso ya lo saben ustedes. Todos esos gritos incesantes, el ruido y los golpes...

—¿Los golpes?

—En ocasiones él le pegaba unas palizas brutales. Nunca en la cara. El señorito era demasiado listo para eso. Pero yo no nací ayer. Al fin y al cabo, nuestros dormitorios quedaban pared con pared, y así se enteraba una de muchas cosas que en realidad desearía no haber oído. Una vez, después de que Lene volviera a pasarse la noche entera llorando, la invité a una taza de té. Y entonces me lo contó todo, la pobre criatura.

—¿Qué le contó, Bettine?

—Pues que le tenía miedo.

—¿Al profesor? —preguntó Goltz con suficiencia.

—No, no, a ese no le había visto apenas. A su novio, por supuesto.

—¿Con su novio se refiere usted al señor Haldern?

—Sí.

—No tengo más preguntas, señorita.

Para sorpresa de todos los presentes, el rollizo Goltz se dio la vuelta y se dirigió hacia el banco donde se encontraba su abogado. Entonces se detuvo bruscamente, se acercó de nuevo a la señora Lützow, y comentó en susurros:

—¡Oh, casi me olvido! Aún queda una pregunta sin responder, señora Bettine. ¿Sería usted tan amable de señalar para el público al asesino, al monstruo de pelo rojo embadurnado de sangre, al profesor Goltz?

La anciana entrecerró los ojos, levantó el dedo en dirección al abogado defensor, y dijo:

—¡Ahí está sentado ese canalla! —Prácticamente, escupió las palabras.

Una sonrisa diabólica se deslizó por el rostro del profesor.

—Quiero que conste en acta que la testigo de la acusación no ha sido capaz de identificar al supuesto homicida.

—¡Me quito el sombrero! Ese tal Goltz es un demonio —exclamó Albrecht Krosick mientras cenaban con su casera. El fotógrafo inspeccionó la oferta del carrito del té y se decidió por la papilla de arroz.

—Sí, el asunto promete ser interesante.

—Están ustedes elevando a ese asesino a la categoría de héroe. Una actitud de muy mal gusto, en mi opinión.

—Presunto homicida, señora Losch. No asesino.

—Lo mismo da, jovencito. Tengo la impresión de que incluso admiran ustedes al criminal.

—No al criminal —replicó Albrecht—, pero sí que admiramos su inteligencia en la ejecución.

—La verdad es que resulta fascinante cómo ha descartado sin más ni más a la única testigo presencial. Ahora la fiscalía no puede aportar más que indicios —comentó Julius, que estaba bastante de acuerdo con su compañero.

—¿Y qué pasa con el hombre?

—¿Qué hombre?

—Cuál va a ser, el novio de la víctima. ¿Cómo se llamaba?

—Gregor Haldern.

—Eso es. ¿Y él?

Ambos miraron a Julius con interés.

—Görne aún no lo ha llamado al estrado. Pero según las actas de los primeros interrogatorios, en el momento en que se cometió el delito estaba profundamente dormido. Cuando llegué a la escena del crimen, el tipo estaba hecho un ovillo en el suelo y murmuraba sin cesar el nombre de Lene. Sin embargo, al parecer antes había resultado casi imposible despertarlo. Medio cuerpo de policía de Berlín trasteando en su pasillo y él ni se inmutó. No solo parecía trastornado; también como obnubilado. Los gendarmes lo llevaron enseguida al médico.

—Interesante.

Amalia Losch se miró las manos, arrugadas y manchadas por la edad, y finalmente dijo:

—Siento lástima por la pobre criatura. Una muerte tan temprana.

—Sí, la verdad es que al menos tendríamos que haber llevado un ramo de rosas rojas al entierro.

La anciana dirigió una mirada de enfado a Krosick.

—Es usted un cínico y un granuja, Albrecht. Sé lo que quiere insinuar con su metáfora floral. Conozco perfectamente el simbolismo. Sin embargo, las mujeres caídas en desgracia acostumbran a ser víctimas.

El fotógrafo, impasible, se llevó una cucharada de papilla a los labios y después dijo con la boca llena:

—Cambiando de tema, mi querido amigo Julius: ¿has terminado los paisajes que te pidió Bissing?

—¿Es que ahora pinta paisajes? —le preguntó Amalia a Bentheim.

—Sí. Altas montañas y profundos valles —respondió Krosick en su lugar.

Julius se atragantó con el bocadillo de jamón ahumado y tosió con fuerza.

CAPÍTULO CATORCE

Julius dedicó buena parte de la noche a darle el toque final a los dibujos. Tras levantarse de la mesa y subir a su cuarto, se aseguró de que cerraba la puerta con llave. Nadie debía entrar en la habitación por descuido mientras él juntaba los esbozos de su modelo desnuda en un único dibujo.

Extendió su trabajo en el suelo, eligió los retratos que mostraban la figura de Adele al completo como imagen de fondo para colocar encima el resto de los esbozos. Habría cuatro dibujos: Adele tumbada de espaldas con las piernas abiertas, Adele en la silla de mimbre, Adele apoyada en la pared y Adele desde atrás, con las nalgas mirando hacia el espectador. A Julius ya solo le quedaba completar las zonas sombreadas a vuelapluma.

Ordenó las imágenes, de precisión naturalista, las asignó al retrato al que correspondían y se dispuso a copiarlas cuidadosamente. Los espacios en blanco fueron rellenándose poco a poco y se fundieron en un cuerpo femenino de firmeza impecable. Una vez completada su obra, una excitación desconocida se apoderó del dibujante. Se levantó y dio dos pasos hacia atrás para contemplar a la cuádruple Adele que se mostraba ante sus ojos.

Abrió apresuradamente un cajón de su escritorio y rebuscó un dibujo a grafito de Filine que había hecho un par de meses atrás. Sobre el papel, su amiga tenía la misma expresión facial que Adele. En un arrebató desenfrenado copió los dibujos que había hecho para Bissing y solo cuando una torre cercana dio las cuatro de la mañana, soltó por fin el lápiz. Si bien la reproducción resultante no era más que una quimera, el simple reflejo de un deseo, estaba

dotada de tanta plasticidad y realismo que habría podido decirse que Filine en persona había posado para él. Había representado un híbrido entre la cabeza de su amada y el cuerpo de la impúdica mujerzuela.

Bentheim miró alternativamente a Adele y a Filine. Se llevó la mano a la entrepierna con deseo impetuoso y la empezó a deslizar arriba y abajo.

Julius durmió hasta última hora de la mañana. Como aquel día no había sesión del juicio, se había propuesto volver a llevar de paseo a Filine. La carta de Fanny Lewald que le entregaron durante la comida fue de lo más oportuna.

«Sería un placer —decía la misiva— recibirlos de nuevo a usted, señor Bentheim, y a su querida amiga esta tarde. Nuestro apreciado amigo Theodor planea emprender a final de mes un prolongado viaje familiar al Rin y a Suiza. Adolf y yo aprovecharemos la ocasión para ofrecer una cena en honor de nuestro admirado escritor. ¿Nos honrará con su presencia esta tarde a las siete?».

El jovencito que había entregado la carta esperó a que Julius redactara una respuesta, así como un breve mensaje a Filine.

—Eres del barrio del Consejo, ¿verdad?

El chiquillo asintió.

—Entonces seguro que conoces al pastor Sternberg. Toma, entrégale esta carta a su hija. Y esta es para la señora Stahr-Lewald. Aquí tienes una pequeña propina. Y, ahora, largo de aquí.

Amalia, que lo había presenciado todo, lanzó una sonrisa furtiva a Krosick. La casera se despidió de los dos amigos avisando de que iba a echarse una siestecita.

—Por cierto, antes de que me olvide, Albrecht —dijo Julius apartando el plato para hacer sitio, y dejando su carpeta sobre la mesa—. He traído el dibujo del lugar del crimen en el que según tu criterio artístico metí la pata hasta el fondo. ¿Podrías explicarme cuál es el fallo?

Le pasó la hoja al fotógrafo por encima de la mesa.

Krosick le echó un vistazo y comentó:

—La silla. Las proporciones no encajan.

—¿Por qué? ¿Qué les pasa?

—O bien es demasiado grande, o la colocaste demasiado atrás en el patrón de coordenadas.

—No es así. Conoces la exactitud con la que trabajo. Y las medidas son correctas. Comprobé los datos.

—¿Los tienes aquí?

—Sí, los copié.

—Déjame verlos.

Bentheim se sacó el bloc de notas del bolsillo de la pechera y se lo entregó a su amigo. Este leyó en voz baja:

—Altura interior del cobertizo: tres metros. Posición de la víctima, Viktor Hackeborn: cuarenta y cinco centímetros sobre el nivel del suelo. ¿El muerto era alto?

—Lo normal.

—Bien, supongamos que medía un metro setenta. Como pintor que eres, conoces la regla básica de que la altura de una persona es igual a siete veces la altura de su cabeza. Por lo tanto, su cabeza medía aproximadamente veinticinco centímetros. De manera que el lazo que le rodeaba el cuello colgaba a una altura de un metro noventa, medido desde el suelo, claro. Eso significa que la cuerda, desde el techo hasta el cuello, se extendía un metro y diez centímetros. ¿Voy bien?

Julius asintió.

—Y así lo apunté. Además, la parte del asiento de la silla que tiró de una patada está a cuarenta y cinco centímetros de altura del suelo. Encaja perfectamente.

Krosick frunció el ceño.

—¿Alguna vez has presenciado un estrangulamiento, Julius? De niño vi cómo ejecutaban a un asesino condenado a la pena de muerte. Pusieron al tipo sobre un carro de caballos situado debajo de la horca. Cuando el carro se puso en marcha, la soga se fue

estirando muy despacio. El condenado se ahogó con una lentitud angustiosa. Su rostro adquirió un tono azulado y los globos oculares se le salieron de las órbitas. Tardó casi media hora en morir. Una tortura espantosa.

—La mayoría de las muertes son espantosas.

—Puede que tengas razón. Pero el ahorcamiento se produce porque el suicida se deja caer. ¿Entiendes, Julius? Tiene que caer. Cuanto mayor es la caída, con más fuerza se estrecha el lazo. Lo que se busca es desnucarse. De modo rápido e indoloro.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes. Ese tal Hackeborn se colocó a una altura de cuarenta y cinco centímetros sobre una silla tratando de poner fin a su vida y, después de darle una patada, el suicida seguía colgando a la misma altura de cuarenta y cinco centímetros. ¿Por qué la soga no se estiró?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Julius—. Alguien debió de colgarlo allí después de muerto.

El fotógrafo se recostó y asintió ensimismado.

—Tenemos que informar al comisario Horlitz —dijo finalmente.

—No, el caso lo lleva Moritz Bissing.

—¿Tienes tiempo?

—Un par de horas.

Los dos amigos estaban de suerte. Se encontraron con Bissing justo cuando este se marchaba del Palacio Grumbkow. Llevaba la carpeta de un expediente bajo el brazo, así como varios volúmenes que Julius reconoció enseguida, gracias al lomo, como *Los miserables*, de Victor Hugo. Le resumieron sus suposiciones de forma concisa y le pidieron ayuda.

—Bien. Investigaré el asunto —prometió Bissing sin mucho entusiasmo—. Ahora tengo prisa. Les mantendré informados, caballeros.

Abrió la puerta, salió a la calle e hizo señas a un coche de punto.

Krosick y Bentheim se quedaron perplejos.

—¿Una cerveza? —propuso finalmente el fotógrafo.

—No es mala idea.

—¿No es eso lo que dice la sabiduría popular? Para perder el tiempo no existe nada tan placentero como el zumo de cebada y las bellas mujeres.

También llamaron a un coche y, tras consultarlo brevemente, dieron las señas de Gendarmenmarkt. Era día de mercado, y pasearon entre el gentío hasta encontrar un puesto donde sirvieran cerveza. Se sentaron junto al suntuoso edificio en cuya ventana rinconera había situado E. T. A. Hoffmann la morada de uno de sus personajes y brindaron. No regresaron de su excursión hasta la tarde. El pequeño mensajero al que Julius tan generosamente había remunerado los esperaba de nuevo delante de la casa de la viuda Losch.

—Mira a ese renacuajo —comentó Albrecht—. Te apuesto lo que quieras a que le ha sacado a tu querida Filine una propina aún mayor que la que tú le has dado.

—No acepto la apuesta. La ganarías sobradamente.

Se echaron a reír, pero, cuanto más cerca estaban, más evidente era la agitación en el rostro del muchacho.

—Y bien, pequeño, ¿qué es lo que te angustia? —le preguntó el fotógrafo.

El mozo tironeó del brazo de Julius con un gesto casi desesperado.

—Lo siento, señor —dijo con voz entrecortada—. No estaba aquí y no he podido decírselo.

—¿Qué sucede? ¿La señorita Sternberg no podrá venir esta tarde?

—Creo que tampoco podrá venir más adelante —sollozó.

Bentheim y Krosick intercambiaron una mirada.

—Rápido, dinos, ¿qué ha ocurrido?

—El pastor se ha negado a dejarme entrar. Así que he paseado arriba y abajo delante de la casa esperando el momento oportuno.

De pronto, se ha abierto la puerta de la casa y el pastor ha salido a la calle. Parecía que lo estuvieran persiguiendo todos los demonios. Se lo aseguro, señor. Tenía la cabeza roja como un cangrejo, y la ira de Dios le latía en las sienes. Me ha empujado a un lado, ha lanzado una maldición muy poco cristiana y se ha marchado a toda prisa.

—¿Y qué ha sucedido entonces? —preguntó Albrecht con el alma en vilo.

—La señorita Sternberg ha salido apresuradamente de la casa seguida por una dama de mayor edad. Han sido muy amables conmigo a pesar de estar muy alteradas. La señorita me ha prometido cien *groschen* de plata si seguía al pastor, lo adelantaba y lo avisaba a usted, señor. Cien *groschen* de plata... ¡Imagínese, más de tres táleros!

—Por el amor de Dios, ¡creo que ya sabemos cuánto son cien *groschen* de plata! —exclamó Krosick—. ¡Sigue! ¿Qué ha pasado entonces? ¿Por qué estaba tan nerviosa Filine?

—Por los libros —explicó el muchacho sorbiéndose la nariz—. Al parecer su padre ha descubierto ciertas novelas que ella no tendría que haber leído.

—¡Ah, bueno...! ¡Libros! Entonces no te preocupes, chico. —Bentheim se quitó un gran peso de encima. Si el pastor Sternberg, en su intransigencia clerical, había dado con aquellos relatos triviales, se limitaría a reprender a Filine y la castigaría un par de días sin salir. La situación se habrá calmado en dos semanas como máximo, pensó Julius. Lástima, eso sí, de la bonita velada en casa de los Lewald—. Albrecht, dale al chaval los cien *groschen* de plata. Definitivamente, se los ha ganado.

Las monedas tintinearón con fuerza al caer en la palma extendida del chico, que estaba radiante de felicidad. Dio las gracias con cortesía y se retiró. Krosick estaba a punto de girar la manilla cuando alguien lo hizo desde el otro lado. Amalia Losch se encontraba en el vestíbulo. Llevaba uno de sus sombreros de seda, pero esta vez su brillo colorido no disimulaba el tono blanco

porcelana de su rostro. La anciana miró consternada en dirección a un punto que quedaba muy por encima de Albrecht.

—Julius —balbuceó—, lo siento muchísimo. El pastor... Al principio quería esperarlo... Yo... Yo he... Lo he..., a su habitación, Julius. Ha estado en su habitación.

Sus palabras los dejaron estupefactos. Bentheim se mareó al pensar en los dibujos que seguían extendidos en el suelo. Sintió las náuseas que le subían del estómago, y la mirada se le nubló. Un dolor como no había sentido jamás se apoderó de él.

—¿Lo ha llevado usted a mi habitación? —repitió Julius con voz ronca.

Amalia asintió despacio, y Julius tuvo la impresión de que todo su mundo se derrumbaba en ese mismo instante.

CAPÍTULO QUINCE

El joven dibujante seguía indiferente la sesión, que se había reanudado. No había recibido ninguna noticia ni mensaje de Filine y tampoco tenía manera de ponerse en contacto con ella. Julius estaba agotado y tenía profundas ojeras. Bostezaba constantemente, circunstancia que le hizo merecedor de una mirada airada de uno de los jueces asesores. Se obligó a recomponerse de una vez por todas.

Botho Goltz, aún con el cabello teñido, estaba recostado en su asiento y soportaba con parsimonia las declaraciones de los miembros del cuerpo de policía y de la guardia urbana. Para asombro de los espectadores, a veces incluso asentía, como si quisiera mostrarse de acuerdo con ellos. Los hombres estaban describiendo el estado en el que habían encontrado el lugar del crimen, cómo lo habían precintado y cómo habían detenido al profesor.

—Tenía la ropa toda empapada de sangre —afirmó Ernst Detlof, uno de los policías.

—¿Intentaron reanimar a la víctima? —preguntó el fiscal Görne.

—No.

—¿Por qué?

—Le tomamos el pulso. Ya no tenía. Al principio no supe en qué lugar del cuello hacerlo. Lo tenía destrozado. Finalmente se lo tomé en el brazo derecho.

—¿Cómo se comportó el acusado?

—Estaba tranquilo, pero poco cooperativo.

—Explíquese.

—Cuando llegamos, estaba sentado en silencio en una silla de su cuarto. Fue imposible sacarle una sola palabra.

—¿Cómo se explica la sangre de la ropa que ha mencionado anteriormente?

—Toda la buhardilla estaba llena de sangre.

Theodor Görne miró sonriente hacia la mesa de la defensa.

—No tengo más preguntas. Todo suyo, abogado.

Cuando Fabian Heseler se disponía a levantarse, Botho Goltz lo sujetó con suavidad del brazo, así que el letrado se quedó donde estaba. Los espectadores más atentos, a quienes no se les había escapado aquel pequeño gesto, contuvieron el aliento. El profesor se puso en pie, irguió su figura desproporcionada haciendo crujir un par de vértebras y se acercó al estrado de los testigos.

—Mi querido amigo —se dirigió al gendarme—, en primer lugar quiero decir que, al igual que cualquier ciudadano decente, siento un gran aprecio por la labor de la policía. Sin embargo, en ocasiones puede suceder que, en el fragor de la batalla, se les escapen a ustedes algunos detalles.

El agente lo miró fijamente con antipatía indisimulada, pero no replicó.

—A este ilustre tribunal le corresponde averiguar la verdad, y yo también estoy más que dispuesto a colaborar, buen hombre. Dígame, cuando terminó su labor, ¿qué hizo con su uniforme?

—No entiendo.

—¿No entiende esta sencilla pregunta? Vamos a ver, señor guardia, ¿qué hizo usted con su ropa?

—La puse a remojo en el fregadero y a la mañana siguiente se la di a mi esposa para que la lavara.

—¿Por qué?

—Por la sangre, naturalmente.

—Así que su ropa tenía sangre. Interesante... Y, dígame, ¿por qué no lo detuvieron a usted?

La sala se llenó de risas y Bentheim despertó de su letargo. Por un momento olvidó sus preocupaciones y decidió centrarse en

seguir el desarrollo de los acontecimientos. El profesor se rascó las zonas rasuradas de sus mejillas, como ya había hecho en la anterior sesión, y añadió:

—¿Es posible que la indumentaria de una persona esté manchada de sangre sin que se cuestione su inocencia?

Esta vez, Detlof pareció titubear en su respuesta.

—Visto así, sí. Pero es que usted estaba...

—¡Es suficiente, silencio! —bramó Goltz. Aquel súbito arrebató fascinó al público.

—¡No permitiré que me dé órdenes! —exclamó el testigo, completamente rojo.

—¿Ah, no?

—¡Váyase al infierno, demonio!

—Responda únicamente con un sí o con un no.

El juez se vio obligado a poner fin al alboroto.

—Debo insistir en que mantenga la calma —reprendió Johann von Jänert al policía—. Haga lo que le pide el profesor Goltz en su función de abogado defensor.

Goltz se dirigió al trío de jueces con voz melosa y una actitud casi servil.

—Les estoy muy agradecido por su apoyo. Es una bendición saber que la justicia prusiana es ciega, pero no sorda.

El mazo de Jänert aporreó el estrado.

—Señor acusado, en vista de que no puede reprocharse nada a su enunciado, no le impondré ninguna multa. Pero se lo advierto, ¡no vaya demasiado lejos!

Sin responder al juez, Goltz se volvió hacia el policía y prosiguió impasible el interrogatorio.

—A las cuatro de la mañana en la buhardilla hay mucha corriente, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Tenía usted frío?

—Sí.

—¿A pesar de ser julio?

—Sí.

—Veo que obedece usted con visible placer mi indicación de responder únicamente sí o no.

—Sí.

—Muy bien, muy bien, pero ahora, buen hombre, cuénteme cómo hizo para protegerse del frío.

—Encendimos un fuego. Usted mismo nos lo aconsejó. Ya lo sabe.

—Yo sí, pero el jurado no. Puede explayarse en la respuesta más tranquilamente, siempre que no vuelva a caer en el insulto.

El policía respiró hondo, pero permaneció en silencio.

Tras el suplicio de una larga pausa, el juez Jänert se inclinó y dijo:

—Señor Detlof, nos debatimos aquí entre la culpa y la inocencia, y por lo tanto también entre la vida y la muerte. Teniendo esto en cuenta, me gustaría conceder a la defensa cierto margen de maniobra dentro de los límites de lo justificable. Responda por favor a las preguntas.

Los miembros del jurado, fascinados, se habían ido echando hacia delante.

—En el cuarto del profesor hay una estufa de hierro fundido —explicó el policía, dirigiéndose manifiestamente al público y evitando el contacto visual con Botho Goltz—. En el hogar había un poco de leña, así que la encendimos.

—Seguro que puso usted a buen recaudo mis documentos personales, como corresponde a un agente del orden tan profesional como usted, ¿verdad?

—¿Qué documentos?

—¡Protesto! —exclamó Görne.

—¿Por qué? —replicó el juez—. Me encantaría saber adónde conducen estas preguntas. Protesta denegada. Continúe, profesor.

El rostro de Goltz se contrajo en una sonrisa malvada.

—¿Ordenó el comisario Horlitz la elaboración de un inventario?

—¡Jesús, salta usted de un tema a otro!

—Repito: ¿ordenó el comisario Horlitz la elaboración de un inventario?

—Por supuesto. Como debe ser.

—¿Dicha orden se dio *antes* o *después* de que encendiera el fuego?

—Ni idea. ¡Ah, sí, después! Sí, creo que fue después.

—Señor Detlof, seré breve: los documentos de los que hablaba se encontraban en la pequeña cesta de la leña. ¿Con qué encendió el fuego?

—Con el papel, naturalmente. Por algo estaba allí preparado.

—¿Con qué papel?

—Con el papel de la cesta.

—Así que, si lo he entendido bien, ¿me está usted diciendo que quemaron mis documentos?

El caso amenazaba con escapársele de las manos a Görne, que se apresuró a salir en auxilio del hombre.

—¡Protesto! —exclamó nervioso.

—¡Protesta denegada! —replicó el juez, y se pasó nervioso la mano por la Gran Cruz que llevaba colgada en el pecho.

—¿Quemó usted mis documentos? —repitió Goltz enérgicamente—. ¿Sí o no?

El policía miró al fiscal sin saber qué hacer. El profesor movió los brazos con arrogancia.

—Señor presidente —dijo por fin—: en vista de que el comisario Horlitz y sus hombres contaminaron intencionadamente el escenario del crimen y por lo tanto impidieron la custodia de las evidencias físicas, solicito que las pruebas de la acusación se anulen.

Jänert se reclinó. Los ojos le brillaban con frialdad detrás de un rizo suelto de su peluca. Se masajeó las mejillas y, finalmente, dijo:

—El tribunal pospone la decisión sobre la solicitud hasta que el propio acusado Goltz comparezca en el estrado de los testigos y sea interrogado acerca de este asunto.

—El testigo puede retirarse, señoría.

Ernst Detlof se puso en pie, confuso y furioso a partes iguales, y cedió el asiento a Botho Goltz. Las cortas piernas apenas le llegaban al suelo. Jänert indicó con un asentimiento a su asesor Emil Polte que le confiaba el interrogatorio.

Polte se inclinó hacia delante como para dar más énfasis a su declaración.

—Acusado Goltz, asegura usted que guardaba efectos personales en la cesta de leña de su vivienda. ¿De qué tipo de efectos se trataba?

—Eran cartas de amor —respondió el profesor. Miró a su alrededor con gesto astuto mientras añadía—: Cartas de amor de la señorita Lene Kulm.

CAPÍTULO DIECISÉIS

El tipo es frío como el hielo —gruñó el comisario Horlitz durante el receso de mediodía—. Mentiras y más mentiras, y ni siquiera podemos demostrarlo. El proceso se ha basado en indicios desde el principio, pero ahora se está descontrolando.

—Lo bueno se hace esperar —comentó Bentheim sin mucho interés.

—¡Bah!, no me venga con refranes de tres al cuarto. Y, por cierto, ¿a usted qué le pasa, Julius? Lo he estado observando. No ha mostrado motivación alguna en toda la mañana.

—Nada importante.

—No me mienta, Bentheim. ¿Mujeres?

Julius asintió.

—Una en especial.

—Todo saldrá bien.

—Eso espero.

Gideon Horlitz metió la mano en el bolsillo y le tendió al dibujante una cajita alargada.

—Sullivan —declaró orgulloso—. ¡Magníficos! Una verdadera joya.

Bentheim aceptó el regalo sin mucho entusiasmo. Se encendieron los puros y les dieron varias caladas en silencio. El espeso humo le entró a Julius directamente por la nariz. Siguió sumido en sus pensamientos, chupando impasible el extremo de las hojas de tabaco enrolladas, mientras una llovizna de ceniza caía al suelo.

Salió a almorzar con el comisario. Por el camino se encontraron con Moritz Bissing, que se les unió. Entraron en un mesón cercano, famoso por sus opíparas comidas y donde solía reunirse el personal del juzgado. Durante el almuerzo debatieron sobre el desarrollo del juicio. Cuando ya no quedaba nada más que discutir, Julius cambió de tema:

—Por cierto, señor comisario, ¿investigó mis indicaciones sobre el caso Hackeborn?

Bissing miró perplejo al dibujante.

—Eso ya está solucionado —comentó de forma escueta.

—¿A qué se refiere?

—Resulta que los datos estaban incompletos —le informó el comisario con una mirada que no admitía réplica—. Encontramos un segundo expediente en el que se habían anotado las medidas correctas. Debió de cometer usted un error, Julius; pero eso le pasa a cualquier principiante alguna que otra vez.

—¿Un error?

—Sí, un error —confirmó Bissing con énfasis—. Por cierto, a no mucho tardar le enviaré a un mensajero para recoger mis dibujos. Gideon, ¿sabía que el señor Bentheim no solo dibuja cadáveres? Sus retratos de motivos vivos no son nada desdeñables. Quién sabe, quizá se los muestre algún día si tengo la oportunidad.

Bentheim se sintió muy incómodo. Se dio un par de golpecitos en las sienes con las puntas de los dedos y reflexionó sobre las palabras de Bissing. Intuyó que equivalían a una amenaza.

Una hora más tarde, los tres regresaron al Palacio de Justicia. Bentheim volvía a ser él mismo gracias a la energía que le habían insuflado el caldo de carne y el plato de salchichas. Se convenció de que todo saldría bien, de que Bissing solamente estaba bromeando y de que Filine encontraría la manera de ponerse en contacto con él. De ese modo, consiguió hacer a un lado sus temores. Una vez en la sala de vistas, se dedicó a observar a Botho Goltz. Cogió el lápiz con indiferencia y mató el tiempo realizando un boceto de él hasta

que Johann von Jänert reabrió la sesión y Emil Polte pudo proseguir con el interrogatorio.

—Díganos, profesor, ¿qué relación tenía con la señorita Kulm?

—Nos amábamos de todo corazón.

—¡Eso es mentira! —Esta vez no había sido Görne el que se había levantado de un salto, sino Gregor Haldern. Hasta entonces había seguido la vista con visible indiferencia.

Polte continuó imperturbable:

—¿Afirma, pues, que tenía en su poder cartas de amor de la víctima?

—Es correcto.

—¿Cuántas eran?

—No llevo la cuenta de esas cosas, pero bien podían ser dos docenas.

—También afirma haberlas depositado en una cesta de leña. ¿No está usted de acuerdo en que se trata de un lugar relativamente poco habitual para guardar correspondencia?

Botho Goltz se abochornó, o al menos eso quiso que pareciera. Bentheim sabía que en realidad lo que todos estaban presenciando no era más que un desconcertante sainete. Entonces el profesor dijo con afectación:

—No escogí ese lugar para guardar las cartas, sino para esconderlas, señoría.

—¿De qué?

—La pregunta debería ser: ¿de quién? Es fácil adivinar la respuesta. ¡Del señor Haldern! Ya había entrado en mi cuarto en una ocasión y me había amenazado. Es un hombre colérico, violento. Incluso su vecina puede atestiguarlo. Para ser exactos, ya lo hizo una vez. La semana pasada. ¡En esta misma sala, bajo juramento!

Polte se movía de un lado a otro en su silla. El presidente del tribunal dirigió una mirada a sus colegas para asegurarse de que contaba con su aprobación.

—Al tribunal le resulta difícil dar crédito a sus afirmaciones. Al mismo tiempo consideramos demostrado que la justicia prusiana cometería un gran error si aceptara como pruebas las evidencias recogidas en la casa de vecindad. De las declaraciones de los testigos se desprende sin lugar a dudas que el lugar del crimen se contaminó. Se acepta parcialmente la solicitud: las pistas recogidas en el pasillo y en la vivienda del señor Haldern se aceptan. Las reunidas en la vivienda del señor Goltz se eliminan del listado de pruebas. Se cierra la sesión.

—Doy las gracias al tribunal —dijo Goltz con arrogancia.

* * *

Cuando Bentheim entró en su casa lo hizo absorto en sus pensamientos. Atravesó el vestíbulo, subió la escalera y se encerró en su cuarto. Un sol intenso entraba por la ventana. El polvo que se había acumulado en varias zonas de la habitación, iluminado ahora por la luz del día, lo conminó a ponerse manos a la obra con un trapo. Los dibujos de Filine habían desaparecido, así como uno de los cuatro que había realizado para Bissing.

Julius maldijo al comisario, renegó de Albrecht por haberle conseguido el encargo, y por último se tachó a sí mismo de idiota por haber aceptado tan funesta oferta. En su escritorio se apilaban las novelas que había decidido prestarle a Filine, y que le habían sido devueltas: *El monje*, de Matthew G. Lewis, *El buque fantasma*, del capitán Frederick Marryat, e incluso *Petermännchen*, de Christian Heinrich Spieß. Este último volumen habría enfurecido especialmente al pastor Sternberg, ya que narraba la historia del noble caballero Rudolf, al que un espíritu satánico induce a cometer incesto con su propia hija, a violar a seis vírgenes y a asesinar a setenta personas. Julius tiró los libros de la mesa de un manotazo. ¿Qué importaban aquellas obras en comparación con los bocetos pornográficos que había descubierto el pastor?

El dibujante, afligido, acercó la silla a la ventana y bajó la mirada hacia la calle. Los vehículos traqueteaban por el adoquinado y

algunos viandantes pasaban caminando por delante de la casa. Llevaría ya unas dos horas sentado allí cuando una mujer le llamó especialmente la atención entre el ajetreo de la tarde. Se paró delante de la casa de Amalia Losch y a Julius no le costó reconocer en ella a la carabina del hogar de los Sternberg. A pesar de llevar una cofia que apenas dejaba ver más que la nariz, los ojos y parte de las mejillas, no pudo evitar reparar en que la agitación de su rostro era evidente. Julius se levantó de un salto. Podía llegar a la puerta y llamar al timbre en cualquier momento. ¡Efectivamente! Ya la oía.

¿Qué debía hacer? ¿Recibirla? Podía fingir que no estaba, pero se dio cuenta de que sería un acto imprudente. La situación no podía empeorar y, ¿quién sabe?, quizá Lembke fuera portadora de buenas noticias.

Amalia Losch ya había hecho pasar a Hedwig Lembke. Julius se encontraba en el tramo más alto de la escalera y pudo escuchar a la viuda preguntándole a la visita qué deseaba.

—Quiero ver a Julius Bentheim —dijo la mujer sin aliento—. Vive aquí, ¿verdad?

—¿Le importaría esperar en la cocina? Le avisaré de que ha venido.

—Ya estoy aquí, señora Losch. —Julius bajó las escaleras y le estrechó la mano a la señora Lembke. Los remordimientos lo torturaban. Filine y él se habían burlado de la carabina y le habían tomado el pelo con demasiada frecuencia. Sin embargo, el semblante de la mujer no mostraba malicia de ningún tipo, ni en realidad parecía alegrarse del mal ajeno; más bien tenía todo el aspecto de estar muerta de miedo, con los ojos muy abiertos y las mejillas coloradas.

—Debe usted ayudarnos, señor Bentheim. No sé a quién más recurrir. ¡Ay, es horrible! Si esto saliera a la luz... Estaríamos perdidos.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Bentheim nervioso.

—El pastor... ¡se ha vuelto loco! Solo un demente sería capaz de hacer lo que ha hecho.

Amalia Losch agarró a la dama por los brazos con decisión.

—Venga, buena mujer, pase a la cocina. Siéntese, relájese. Y empiece por el principio.

La viuda condujo a la señora Lembke a la habitación contigua, donde siempre preparaba el desayuno para sus inquilinos, y le acercó una silla. La mujer se quitó la cofia. Su nariz pálida y puntiaguda sobresalía como un pepinillo de un bote de conserva.

Comenzó a hablar con una mirada de reojo que acusaba a Julius:

—El pastor llegó ayer a casa completamente trastornado. Clamaba al cielo, señor Bentheim, y gritaba una y otra vez su nombre, al que añadía los epítetos más ofensivos que le he escuchado jamás. Cuando traté de calmarlo, también me empezó a insultar a mí. Siguió así hasta bien entrada la noche. Luego se encerró en su sala de rezos, y se pasó un buen rato vociferando y dialogando consigo mismo o con el Señor, no sabría decirlo. Cuando yo ya albergaba la esperanza de que hubiera pasado lo peor, salió de la habitación como un demonio. Aún no me había acostado porque la perturbación de mi señor me intranquilizaba. Así que lo vi salir al pasillo, con los ojos fuera de sus órbitas y el cabello desgreñado de pura ira. «¡Fuera de mi camino, miserable!», me increpó. «Señor pastor, tranquilícese, o despertará a la niña». Pero mis palabras no contenían el bálsamo que su alma necesitaba. Empezó a vagar por la casa sin descanso, escaleras arriba y abajo, y finalmente entró en su despacho y cerró la puerta con pestillo. No es propio de mí inmiscuirme en asuntos privados, pero excepcionalmente me arrodillé para observarlo a través del agujero de la cerradura: apuñalaba con un abrecartas un papel o una especie de lienzo, no pude distinguirlo desde donde me encontraba. El pastor estaba furioso. Cogió unas tijeras y cortó en pedacitos el retrato; efectivamente era un retrato, para entonces ya había reconocido la silueta de una mujer. Antes de que me diera cuenta

abrió de golpe la puerta y casi se tropezó conmigo. Entre tanto nos acercábamos ya a las tres de la mañana. Estaba fuera de sí. «Se lo ruego, pastor», le supliqué. «¡Fuera de aquí, vil mujerzuela!», bufó él. Parecía un demonio que ansiara venganza, ávido de sangre humana y salido directamente del Antiguo Testamento. Se dirigió al cuarto de Filine y, antes de que pudiera yo impedirle entrar, ya había cruzado el umbral. ¡Qué susto debió de llevarse la pobre al ver a contraluz, recortada en el marco de la puerta, la silueta de tal espíritu vengador empuñando unas tijeras!

—¡Virgen santísima! —exclamó Amalia Losch.

—Fue horrible —prosiguió la señora Lembke—. ¡Qué impotencia, saber que no podía interponerme...! Al fin y al cabo es nuestro sino, como mujeres, formar parte del sexo débil. Mi pequeña Filine aún estaba atemorizada por los acontecimientos de la tarde. Ya sabe usted: el pastor había descubierto los libros prohibidos que guardaba en la habitación. Tenía los ojos enrojecidos y creo que todavía no había conseguido conciliar el sueño. «Padre, ¿qué quiere?», exclamó ella aterrada. «¡Enseñarte las consecuencias de atentar contra los preceptos del Señor, víbora impúdica!». Se acercó a su cama con paso rápido. Alargó bruscamente la delgada mano para agarrarla del pelo. Ella gritó de dolor mientras él la sacaba a rastras de la alcoba. ¡Mi pobre y maltrecha Lore Lay! Los mechones rubios le caían a suelo, ¡y él le dio una paliza, a su propia hija! ¡Sangre de su sangre!

—¡Por todos los demonios! —A sus espaldas se escuchó la voz de Albrecht Krosick. El fotógrafo había entrado en la cocina sin que nadie se diera cuenta y había seguido la conversación. Apoyó la mano en el hombro de Bentheim a modo tranquilizador y dijo—: Le daremos una lección a ese tunante. No se irá de rositas.

—¿Qué pasó después? Cuéntenos —dijo Julius impetuosamente. Ya no podía contener su nerviosismo.

—Él la abofeteó, ¡ay Dios mío!, no quiero ni pensar en ello. Le pegó una y otra vez hasta que la muchacha sangraba por los oídos. Quise intervenir, pero el pastor me tiró al suelo. ¡Dios mío, nunca

antes había visto semejante arretrato de violencia! Mi palomita gimoteaba y sollozaba tirada sobre la alfombra, encogida. Yo ya no soy una chiquilla, y el corazón me latía a toda velocidad. Y entonces... No, no puedo decirlo.

—¡Siga!

La mujer tragó saliva y se secó el sudor de la frente con un pañuelito de seda.

—Su hermoso cabello —murmuró.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Albrecht.

—Ha desaparecido, se lo ha cortado todo... Es horrible.

CAPÍTULO DIECISIETE

Después de que se aseguraran de que la integridad física de Filine ya no corría ningún peligro grave, Krosick acompañó a la puerta a la carabina, deshecha en lágrimas. La tranquilidad con la que lo hizo pareció consolar y aliviar en gran medida el alma atormentada de la mujer.

—Vaya, señora Lembke, e intente mediar entre ambos. Padre e hija no pueden seguir en pie de guerra para siempre. —Él sí. El pastor podría. La ha encerrado bajo llave.

—¿También cuando celebra misa?

—Esta mañana ha hecho venir a un beato de su parroquia que no ha perdido de vista a la pecadora mientras el pastor oficiaba el servicio.

El fotógrafo le estrechó la mano. Fue tan cálido y amable el apretón de manos que ella se marchó de allí con la sensación de no haber hecho la visita en vano.

—Insisto, señora Lembke: cuide de Filine. La necesita a su lado. Todo se solucionará.

La mujer se despidió agradecida, y cuando la puerta se cerró, Krosick emitió un suspiro. Hay mucho que hacer, pensó. Bentheim seguía en la cocina. Confuso e irritado, se había enzarzado en una discusión con la viuda Losch. Estaba pálido y temblaba. Un observador imparcial se habría dado cuenta enseguida de que, dejando a un lado su agudeza intelectual, no se trataba más que de un mozalbete. Era evidente que intentaba mostrarse resuelto y decidido, se veía incluso en el modo en que trataba a su casera.

Pero no aguantó. El estudiante se desplomó sobre una silla y dejó caer la cabeza.

—No te preocupes, Julius. Todo acabará bien.

—¿Cuándo él la mate?

Krosick se quedó en silencio. Se frotó la barbilla y clavó la mirada vacía e inexpresiva en los estantes de la cocina, en los que se apilaban las cazuelas y las tazas. Un rato después, dijo con firmeza:

—Tenemos que mantener la cabeza fría. Mañana vete al juzgado, distráete. Ya se me ocurrirá algo.

Todo hacía suponer que los interrogatorios del caso Goltz se pondrían cada vez más interesantes. Uno de los últimos testigos a los que llamó la acusación fue el patólogo Virchow. Este disertó largo y tendido sobre los resultados del examen anatómico, explicó en qué consistían el ángulo de penetración y el canal de la herida, y describió de qué había muerto exactamente Lene Kulm.

La fotografía que había tomado Albrecht Krosick del vientre abierto de Lene Kulm causó sensación. Un murmullo recorrió la multitud cuando Theodor Görne colgó la imagen ampliada con imanes en una pizarra móvil como las que había en las aulas de los colegios y universidades. Fue un gesto pretencioso que provocó las protestas del abogado de Goltz.

—Esto es de muy mal gusto —afirmó—. Una farsa de lo más vulgar. Para causar un efecto barato se ha recurrido a perturbar la paz sagrada de los muertos y a profanar el cuerpo de la pobre fallecida.

Rudolf Virchow se mesó la barba tranquilamente, ya que el juez decidió en favor de la acusación, y siguió respondiendo a las preguntas de forma neutral y con precisión objetiva.

Tras el receso de mediodía, Fabian Heseler se hizo cargo del interrogatorio. Su melena seguía teñida de rojo, pero la intensidad del color había disminuido.

—Háblenos de las conclusiones médicas —le pidió el abogado del profesor—. ¿La víctima había mantenido relaciones sexuales poco antes de ser asesinada?

—Efectivamente, la víctima mantuvo relaciones sexuales.

—¿Fueron consentidas?

—Sí.

Bentheim miró a los miembros del jurado. Constató con fastidio que habían cambiado de postura. Hasta entonces la mayoría se apoyaba cómodamente en los respaldos acolchados de sus sillas, pero ahora casi todos estaban inclinados hacia delante, con los brazos en la barandilla o la cabeza apoyada sobre las manos.

—¿Cómo se determina eso?

—Hasta el momento no se han realizado muchos estudios al respecto. Pero una dilatada experiencia con víctimas de violación, ya sea con mujeres vivas o muertas, permite a un médico o a un patólogo responder a esta cuestión con certeza. En el caso de una violación, el cuerpo presenta excoriaciones, hematomas, arañazos. En la cara interna de los muslos, que se separan con violencia, a menudo se encuentran indicios del acto. También pueden observarse pequeños desgarros en la pared de la vagina. Y, por supuesto, queda espermatozoides seco pegado al vello púbico. Si la víctima se defiende, esto puede tener como consecuencia asimismo la rotura de las uñas.

—¿Y la señorita Kulm no presentaba ninguno de estos indicios?

—No.

—¿Se observaban otras peculiaridades en el cadáver?

Virchow tardó un rato en contestar. Entonces dijo:

—La víctima presentaba hematomas.

—¿Consecuencia del acto sexual?

—No, de golpes.

—¿Así que el profesor Goltz golpeó a la señorita Kulm?

Rudolf Virchow negó con la cabeza.

—Los hematomas pertenecen a lesiones anteriores.

—¿Lesiones anteriores? —repitió Heseler. Y añadió, más para sí mismo que para el jurado—: Es ya el segundo testimonio que exculpa al señor Goltz en este aspecto...

En lugar de insistir en esa idea, presentó una carpeta de documentos y dijo:

—El informe de la fiscalía dice que la víctima estaba menstruando. ¿Es correcto?

Virchow asintió.

—Debe usted responder de viva voz, doctor. Para que conste en acta.

—Sí, es correcto.

—También dice aquí que no se mantuvieron relaciones sexuales normales.

—También es correcto.

—¿Así que se produjo lo que se conoce como un acto sodomita?

—Considero poco afortunado dicho término, ya que resulta ambiguo. Pero sí, mantuvieron relaciones sexuales anales.

—¿No requiere ese tipo de cópula cierto grado de confianza?

—Yo diría más bien cierto grado de *remuneración* —replicó Virchow enojado.

—Señoría, solicito que dicha declaración se borre del acta.

—Se acepta —decidió el juez Jänert.

Botho Goltz, en su asiento, sonreía y tomaba notas. Estaba de un humor excelente. Julius lo observó sin disimulo. Su comportamiento le resultaba extraño: en unas ocasiones se mostraba alegre; en otras, triste. Unas veces, malicioso y cínico; otras, manso y piadoso. El dibujante consideró la posibilidad de que el objetivo de los constantes cambios de ánimo fuera confundir al jurado.

—Analicemos otro aspecto —propuso el abogado—. Esta fotografía de la pared abdominal de Lene Kulm presenta varias puñaladas. ¿Midió usted las heridas?

—Por supuesto.

—¿Cuáles fueron sus conclusiones al respecto?

—Como puede usted leer en el informe patológico, el arma homicida fue un cuchillo muy afilado con cuchilla delgada de longitud media y filo dentado.

—¿A qué se refiere usted con longitud media? ¿Podría expresarlo en centímetros?

Virchow hojeó sus documentos hasta encontrar lo que buscaba.

—A juzgar por las lesiones de los órganos internos, puede suponerse que la cuchilla del arma homicida debía de medir entre un mínimo de diez centímetros y un máximo de quince.

—¿Quince centímetros? Y díganos, doctor, ¿cómo explica usted los cuatro centímetros de diferencia con el arma hallada en casa del acusado, cuya cuchilla mide diecinueve centímetros de longitud?

—Me temo que no me he expresado con claridad, abogado. Las lesiones causadas a la víctima tenían entre diez y quince centímetros de profundidad. Esto excluye por lo tanto todo tipo de cuchillos, armas punzantes y cuchillas de longitud inferior a los diez centímetros. En cambio, es perfectamente posible que solo tres cuartas partes de un cuchillo de, por poner un ejemplo, veinte centímetros penetren en la víctima.

—¿De manera que el acusado no habría apuñalado a la víctima con todas sus fuerzas?

Virchow lanzó una mirada de reojo en dirección al fiscal y respondió:

—Cabe esa posibilidad.

—¿Así que lo considera posible? ¿También considera posible que mi cliente diga la verdad al afirmar que la noche de autos cocinó carne y que el cuchillo se había manchado de sangre al cortar los filetes? En el cuarto del profesor, junto a la estufa, había además una palangana llena de un líquido rojizo. Quizá fue allí donde los cortó.

—Se trata de meras suposiciones que prefiero no comentar.

—Está bien, doctor. Pero quedémonos en el plano científico. ¿Permiten los avances actuales en investigación distinguir la sangre humana de la animal?

—La ciencia está en pañales en este sentido. No existen más que unos pocos estudios bioquímicos, electrofisiológicos y farmacológicos sobre ese tema.

—No ha respondido a mi pregunta.

—No, no permiten distinguirla.

—¿Existe alguna diferencia entre la sangre humana y la animal?

—Si lo supiéramos, podríamos distinguirlas —gruñó Virchow—. Es un círculo vicioso.

—Por supuesto. —El abogado se pasó la mano por el pelo, se apartó para hojear sus documentos con marcada indiferencia, y después dijo—: ¡Ah, aquí está!, el inventario que encargó el comisario Horlitz. En el zaguán de Gregor Haldern, mejor dicho, en el pequeño vestidor que precede a su vivienda, se hallaron, entre otras, las pruebas de la 37a hasta la 37j, y las pruebas 38a y 38b. En otras palabras: un fajo de diez billetes y un número atrasado del *Allgemeine Zeitung*, así como un cuchillo con el filo ensangrentado. ¿Examinó al menos esta arma también?

El médico, desconcertado, recorrió la sala con la mirada. Theodor Görne contempló a Botho Goltz con el rostro ceniciento.

—Nunca se me presentó un segundo cuchillo. De hecho, no se me presentó ningún cuchillo.

—Si le diera a elegir entre dos cuchillos, de los cuales uno tuviera una hoja de quince centímetros de largo y tres de ancho mientras que el otro tuviera diecinueve centímetros de largo y dos y medio de ancho, ¿cuál cree usted que sería el arma homicida, profesor?

—El segundo.

—¿El cuchillo más largo y sin embargo más estrecho?

—Sí.

—¿Ha tomado en consideración la policía que dicho cuchillo, el cuchillo embadurnado de sangre, más largo y más estrecho, el que habría tenido que buscarse en realidad, se encontraba quizá en el vestíbulo de la vivienda de Gregor Haldern?

—¡Protesto! —resonó una voz vehemente.

El abogado defensor, de teñidos cabellos, que con tanto desdén trataba al ilustre profesor Virchow se detuvo. Lanzó una mirada viva a la mesa del fiscal y esperó la argumentación. El juez se dirigió a Theodor Görne en tono sosegado:

—¿Nos permitiría usted asomarnos a las profundidades de sus reflexiones, señor fiscal?

Görne, abochornado, carraspeó suavemente. Su mesa estaba cubierta por una impresionante colección de manuales y carpetas de expedientes, escritos, legajos y papeles de todo tipo. Pidió un momento de paciencia y rebuscó entre los documentos hasta sostener en las manos un fajo de folios. Bentheim reconoció fácilmente la portada y los sellos de un informe policial.

—Me gustaría indicar que dicho cuchillo, al contrario que el que se halló en la vivienda del acusado, no se encontraba en el lugar del crimen.

—Bueno —dijo Heseler con desprecio—, si con el lugar del crimen se refiere al pasillo entre ambas buhardillas, entonces ambos cuchillos se encontraban a la misma distancia del mismo. De hecho, el cuchillo de mi cliente ni siquiera existe, ya que se halló en su vivienda, y por lo tanto aparece en la lista de los objetos no válidos como pruebas. Es sorprendente que el prometido de la víctima la golpeará y la maltratará en vida, y que además la única arma que se tiene en consideración se hallara en su vivienda.

—¡Protesto!

—Denegada. Prosiga, abogado.

—Aún tengo un puñado de preguntas para el patólogo: señor Virchow, practicó usted la autopsia de un cadáver femenino el 14 de julio, ¿es correcto?

—Sí, ese día llevé a cabo la autopsia de la señorita Kulm.

Heseler sonrió con desfachatez y continuó:

—¿Por orden de quién practicó la autopsia de un cuerpo femenino?

—Por orden del comisario Horlitz.

—¿Quién la presenció?

—Gideon Horlitz, mi ayudante, un fotógrafo así como un dibujante, ambos de la policía, y naturalmente la señorita Kulm —añadió autoritario. Para entonces, todos los presentes tenían claro que el famoso médico y el abogado del profesor no saldrían de allí como amigos.

—Así que la señorita Kulm estaba presente. Muy interesante. ¿Quién identificó el cadáver?

—Eso no lo sé.

Fabian Heseler dijo entonces con mirada sombría:

—No tengo más preguntas para el testigo, puede retirarse. Sin embargo, considero que nos encontramos en un momento apropiado del proceso para leer aquí una declaración de mi cliente.

Johann von Jänert y sus asesores juntaron las cabezas y conversaron en susurros. A continuación, el juez declaró:

—Proceda, abogado.

El profesor le entregó un sobre sellado al señor Heseler con semblante grave. Este rompió el sello, sacó un folio de papel de tina y leyó en voz alta:

—Cito: «Yo, el profesor Botho Goltz, hago constar en acta que no conozco el cadáver femenino hallado el 12 de julio en el pasillo desde el que se accede a mi vivienda. No fui capaz de identificar a la fallecida de manera inequívoca como la señorita Magdalene Kulm, por lo que es de suponer que la señorita Kulm podría seguir viva». Fin de la cita. Pues bien, señorías, tras una prolongada y meticulosa revisión de las actas, he llegado a la conclusión de que la acusación no identificó el cadáver de forma oficial. Es por eso que mi cliente presentará en los próximos días una denuncia por desaparición en la comisaría local.

—¡Protesto! Sí hubo una identificación por parte del señor Haldern.

Bentheim se inclinó hacia delante. Hacía rato que había dejado a un lado su bloc de dibujo y que se limitaba a seguir el espectáculo que se les ofrecía.

—¿Por parte de un hombre que, según el acta, «parecía trastornado y soñoliento»?

—Estaba trastornado precisamente por haberla reconocido.

—Debo protestar a eso, fiscal. Es pura especulación.

Görne hizo un gesto de rechazo con la mano y replicó:

—También está la declaración de la vecina.

—Ah, ¿se refiere a la querida anciana Lützow, que no ve a dos palmos de distancia?

—¡Esto no son más que argucias sofistas!

—De ningún modo, colega —le espetó Fabian Heseler a modo de réplica—, se trata de fundamentos puramente jurídicos. Debería haber hecho sus deberes. No tiene cadáver, tampoco arma homicida, y mucho menos un móvil.

El volumen de la voz del juez aumentó de forma casi imperceptible mientras reprendía a los dos gallos de pelea:

—Se acabaron las escaramuzas, señores. Las protestas, ya ni siquiera sé cuántas eran, quedan desestimadas en su totalidad. Dado que el testigo se ha retirado, y el caso parece tomar un rumbo completamente diferente del que cabía esperar, pido a la defensa que mañana por la mañana presente las solicitudes y las declaraciones de los testigos que ha aportado *a posteriori*. Se cierra la sesión.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Poco después, cuando ya había encarpetado sus documentos y se los había entregado al alguacil para que los guardaran, Bentheim se encontró con Gideon Horlitz en el nicho de un ventanal, acompañado del comisario Bissing. Estaba despotricando contra el abogado defensor, y la cara le ardía de rabia.

—¡Un maldito tunante retorcido!

—Se crece hasta límites insospechados porque Goltz le está escribiendo el libreto de esta ópera. Heseler actúa como un mero cómplice. Es el profesor quien mueve los hilos —especuló Bissing.

—¿Está seguro de eso?

—Nos conocemos de la Sociedad Antropológica Renan y Feuerbach. Y en lo que respecta al pensamiento lógico, Goltz es un genio. No tiene rival.

—¿Qué tipo de asociación es esa? —intervino Julius Bentheim.

—Una asamblea que existe desde principios de enero del año pasado. Sus miembros nos adscribimos al ideal del ser humano ilustrado y nos mostramos críticos con la religión. La publicación de la obra de Ernest Renan, *Vida de Jesús*, nos ha guiado desde nuestros inicios: la figura del Redentor cristiano debería desprenderse de las circunstancias antiguas de su época, y explicarse y presentarse como persona.

—¿Y Ludwig Feuerbach?

Bissing sonrió:

—Es el segundo pilar de nuestra fe. Pretendemos comprender la religión y sus excesos desde una perspectiva antropológica.

—¿Y Botho Goltz también es miembro de esa sociedad? —preguntó Horlitz exaltado—. Por el amor de Dios, ¿acaso aceptan a cualquiera? ¿Incluso a delincuentes sexuales y psicópatas? No me extrañaría que el ladrón asesino Masch y la envenenadora Ursinus^[3] también fueran miembros de honor.

—Por favor, señores —les pidió Bentheim—, atribuirse uno a otro la culpa de lo que ha hecho o ha dejado de hacer una tercera persona no nos conducirá a ninguna parte. Mi temor es otro: que el profesor al final se libre de la sogá.

Bissing y Horlitz intercambiaron una mirada que a Julius le hizo pensar que existía entre ellos algún tipo de confabulación. El primero frunció el ceño, hizo un gesto de desprecio y comentó con desdén:

—Puede que sea declarado inocente, pero tengan por seguro que no se librará de la sogá.

—¿Cómo debo interpretar eso?

—Oh, Moritz no dice más que tonterías —respondió el comisario Horlitz—. Lo que seguramente desea es expresar su opinión sobre que al final todos los criminales acaban recibiendo su justo castigo. Aunque sea en la otra vida.

—Así es —confirmó Bissing—. Sin embargo, en ocasiones son los remordimientos los que acaban con uno, como nos demuestra el ejemplo de Hackeborn.

Julius se estremeció sin saber muy bien por qué. Pero ignoró el comentario y dijo:

—En estos momentos es un tema completamente diferente el que me preocupa: la cuestión del arma homicida.

—¿Por qué? ¿Qué sucede con ella?

—Ha desaparecido —afirmó el dibujante—. El cuchillo de Botho Goltz ha quedado descartado, porque no presenta las medidas adecuadas. En cambio, el cuchillo de Gregor Haldern tiene la longitud y la anchura correctas y además estaba bañado en sangre, pero es imposible que el profesor pudiera haberlo pasado por

debajo de la puerta. Cuando la policía llegó al lugar del crimen, la puerta de la vivienda de Haldern estaba cerrada a cal y canto.

—De manera que tiene que haber un tercer cuchillo... —dedujo Horlitz.

Julius Bentheim pasó las siguientes horas en compañía de sus más íntimos amigos, la viuda Losch y Albrecht Krosick. Sentados a la estrecha mesa de la cocina, cenaron y debatieron qué hacer con respecto a Filine Sternberg.

—Después de una educación basada en la lectura de novelas sensacionalistas, querido Julius, seguramente sabrás cuál es el mejor método para llegar hasta tu amada: tienes que secuestrarla.

—Será una broma.

La viuda removió su té para mezclarlo con el azúcar y dijo:

—Mi querido joven, ¡escuche bien! El señor Krosick tiene razón. No puede celebrarse un matrimonio por las razones que ya sabemos. Sin embargo, nos hemos propuesto firmemente conseguir que se case usted con la mujer que ama. La falta de valor por su parte constituiría en este caso una excusa lamentable. Así que guarde silencio.

Bentheim, pensativo, sacudió la cabeza.

—Tendríamos que responder ante un tribunal. El pastor Sternberg jamás permitiría que me casara con ella.

Pero la viuda prosiguió con decisión:

—Jamás se atrevería a impedirlo. Si se hiciera público que su inmaculada hija ha huido del hogar y vive con un hombre con el que es posible que incluso haya fornicado, sería su fin. Estos sacerdotes tan mojigatos y tan falsos son todos iguales.

—¿Y si, contra todo pronóstico, el pastor no reacciona como está previsto? Filine sufriría la deshonra toda su vida, aunque no pasara nada entre nosotros. Para ella supondría una muerte social en toda regla.

Krosick se apresuró a apoyar a la viuda.

—Tendrá que daros su bendición; así lo dice la ley del secuestro.

—¡Bah! La ley del secuestro. Deberías oírte hablar, Albrecht. La novela por entregas más barata del mercado palidece a tu lado. El pastor aparecería sin más y se llevaría a su hija consigo.

—De esta casa sí —dijo el fotógrafo con una sonrisa burlona—, pero ¿y si no estuviera aquí? Conozco una preciosa buhardilla que en estos momentos está vacía.

—No estarás pensando en...

—Oh, sí... Todo lo que necesitamos para un secuestro son dos coches, una escalera de mano y una tarjeta de visita, y que al menos uno de los dos chóferes sea discreto y de confianza.

—¿Una tarjeta de visita?

—Sí, siempre que me invitan a casas de la alta sociedad hago una excursión a la sala, donde me lleno los bolsillos de tarjetas de visita de la bandeja. Son una ayuda inestimable cuando uno pretende ser quien no es. Podríamos escoger, por ejemplo, entre un miembro del Consejo o un barón. —Miró a Amalia Losch con malicia y añadió—: Quizá también podríamos elegir a una antigua dama cortesana, ¿quién sabe?

La viuda puso los ojos en blanco.

—¿Qué te propones? —preguntó Julius.

Krosick sonrió.

—Cuando llegue el momento, lo sabrás.

El joven dibujante tuvo que prometerle carta blanca a su amigo. Se tumbó en la cama nervioso, dio vueltas de un lado a otro del colchón y no logró conciliar el sueño reparador hasta muy tarde. A la mañana siguiente estaba descansado. Contra todo pronóstico, se sentía despejado y lleno de energía. Lamentaba la suerte de Filine, pero la perspectiva de la intervención de Krosick calmaba su espíritu estremecido.

Una vez en el Palacio de Justicia, Bentheim tomó asiento en el lugar que le habían asignado y afiló sus lápices. La sala se fue

llenando poco a poco. Cuando el tribunal estuvo al completo, la sesión se abrió en un ambiente neutro y tranquilo. El abogado Heseler explicó los motivos del segundo registro del lugar del crimen, que había solicitado al inicio del juicio, y leyó en voz alta los nombres de varios peritos que habían examinado con él la casa de vecindad acompañados por la policía. Entregó al juez Jänert una carpeta de un volumen considerable, a lo que el juez respondió pidiéndole a él y al fiscal que lo acompañaran, junto con los asesores, a la sala de negociaciones.

Transcurrió una hora completa hasta que el trío de jueces y los dos juristas regresaron a la sala de vistas. Se oyó un murmullo entre el público. La mayoría se aburrían. Algunos conversaban o jugaban a las cartas. Cuando la sesión se reanudó, Heseler anunció:

—La defensa llama como testigo al doctor en Derecho Joachim Krohn.

Un hombre enjuto con bigote salió al estrado. Caminaba con un bastón, por lo que le supuso un esfuerzo considerable subir hasta el asiento de los testigos, que estaba algo elevado.

—El doctor Krohn —comenzó Heseler por fin— es socio del bufete de abogados al que he encargado el segundo registro del lugar del crimen. A la defensa le pareció apropiado solicitar una segunda opinión, máxime cuando los resultados del primer registro no acabaron de resultarle satisfactorios a mi cliente.

Johann von Jänert lo interrumpió con brusquedad:

—¡Tomen juramento al caballero!

Heseler se apartó y dejó sitio al ujier. Krohn, que ya conocía el procedimiento, levantó la mano derecha y dijo, sin esperar a que le leyeran la fórmula:

—Consciente de mi responsabilidad, ratifico ante este tribunal que diré la verdad, en la medida en que me sea conocida, y que no ocultaré ningún dato.

Heseler recuperó el mando:

—¿Desde cuándo ejerce como abogado, señor Krohn?

—¡Vaya! —Krohn parpadeó como asombrado por la velocidad a la que había pasado el tiempo—. Desde hace cuarenta y dos años exactamente.

—Así que es usted un viejo zorro del oficio, por utilizar una expresión coloquial.

—Podría decirse que sí.

—¿Ha sido usted condenado por algún delito?

—No.

—¿Ni por desacato? ¿Ni por haberse embriagado en público?

—¡Qué se ha pensado usted!

—Así que está usted en posesión de lo que se conoce como una reputación intachable —concluyó Heseler—. Su palabra tiene peso, su palabra es veraz, señor Krohn. Y ahora infórmenos sobre el registro que hizo del lugar del crimen.

Krohn era un hombre de pocas palabras. Describió de forma breve y concisa cómo Fabian Heseler le había encargado examinar la buhardilla de la casa de vecindad, catalogar todo lo que hallara, y certificarlo ante notario.

—Inspeccionamos el lugar junto con dos empleados y algunos miembros de la comisaría.

—¿Encontraron algo que contradijera el inventario oficial de la policía o que ni siquiera apareciera en él?

—Sí.

—Enumere los hallazgos.

—En el patio de luces encontramos...

—¡Protesto!

—¡Denegada!

Görne miró perplejo al juez.

—¡Pero si ni siquiera ha escuchado mis argumentos!

—No ponga a prueba mi paciencia, señor fiscal. No se me ocurre nada que justifique no examinar un patio de luces. Si lo que quiere es aducir que numerosas partes disponen de acceso al patio, lo mismo se aplica a ventanas y puertas. No puede descartarse que las pruebas de posible importancia para el desarrollo del juicio se

hicieran desaparecer por ventanas, puertas o incluso patios de luces. ¿Acaso se le ocurre a usted algún otro argumento?

—No, señor presidente —respondió el fiscal con la boca pequeña.

Heseler no pudo contener una sonrisa burlona.

—Solicito identificar el inventario original, legalizado por el notario, del bufete Krohn y Asociados como prueba número uno de la defensa. —Entregó una copia al oficial de la sala. Este miró el reloj y anotó en su informe el número indicado y la hora.

Fabian Heseler retomó el hilo de su discurso:

—Y bien, abogado, ¿qué hallaron, pues, en el patio de luces?

—Principalmente encontramos basura, residuos que los vecinos de los diferentes pisos habían lanzado por el hueco.

—Es decir, nada fuera de lo común.

—No —confirmó el doctor Krohn—. A excepción de tres cosas: una vieja prenda de ropa, concretamente una chaqueta con las mangas anudadas, así como un pedazo de tela encerada y una compresa como las que utilizan las mujeres durante la menstruación.

—Los dos primeros objetos que ha mencionado ¿presentaban alguna característica extraña?

—Ambas estaban manchadas de sangre.

—¿Sangre humana?

—¡Protesto! —Theodor Görne se había puesto en pie—. El abogado de la defensa ya ha fundamentado detalladamente que no es posible distinguir la sangre humana de la animal. Donde dijo digo no puede decir ahora diego. Quiero que conste en acta que la sangre de dicha chaqueta (si es que realmente es sangre) podría ser de origen animal.

—Se admite —refunfuñó Jänert, y ordenó al oficial que lo consignara. Entonces se dirigió al testigo—: Doctor Krohn, le prohíbo responder a esa pregunta. Abogado, prosiga.

Fabian Heseler se acercó a su mesa y Botho Goltz le entregó una caja encordelada con un precinto de plomo.

—La defensa presenta al tribunal el contenido de este paquete sellado como pruebas 2 y 3.

Uno de los asesores comprobó el precinto de plomo y asintió. Heseler abrió el cordel y el precinto, quitó la tapa y expuso al público una chaqueta marrón oscura de manga larga. Julius miró fascinado hacia la mesa de la acusación. Gregor Haldern, el prometido de la víctima, pareció querer ponerse en pie, pero Görne se lo impidió. Palideció, y las comisuras de los labios le empezaron a temblar.

—Señor testigo, ¿presentaba esta chaqueta manchada de sangre alguna otra peculiaridad? —preguntó el abogado de la defensa.

—En uno de los bolsillos encontramos el resguardo de una lavandería, expedido a nombre de Gregor Haldern.

—¡Protesto! No existe ninguna prueba de que se trate del mismo señor Haldern que tengo aquí a mi lado. Tampoco hay pruebas de que el comprobante se expidiera para esta chaqueta en concreto. Y el señor Haldern niega firmemente haber llevado ninguna de sus chaquetas a una lavandería.

Heseler dijo con sorna:

—Retiro todo lo que pueda inducir a pensar en ese sentido. Mejor dicho, me gustaría complacer a mi estimado colega consignando en acta que... Un momento, señores, veamos, ¿cómo podríamos formularlo? En primer lugar, sin duda puede atribuirse a la casualidad que en el patio de luces del lugar del crimen se hallara una chaqueta manchada de sangre. En segundo lugar, sin duda puede atribuirse a la casualidad también que una factura de lavandería impute la propiedad de dicha chaqueta a un tal señor Haldern. En tercer lugar, sin duda puede atribuirse a la casualidad que un tal señor Haldern sea inquilino de una buhardilla cuyo pasillo esté iluminado por dicho patio. En cuarto lugar, sin duda puede atribuirse de nuevo a la casualidad que la víctima recibiera en vida a menudo un trato vejatorio por parte de un tal señor Haldern. En quinto lugar, sin duda puede atribuirse una vez más a la casualidad que el prometido de la víctima asesinada ostente el nombre de

Gregor Haldern. ¿Me permite hacerle así un favor al señor Haldern, señor Görne? Sería francamente lamentable que la investigación se centrara de pronto en él, una persona tan evidentemente incapaz de romper un plato. Espero que esté satisfecho —dijo con arrogancia—. Lo cierto es que tantas casualidades son un verdadero fastidio.

El público rio entre dientes.

Sin preocuparse más de Görne, Heseler volvió a dirigirse al testigo:

—Doctor Krohn, la fiscalía ha formulado la conjetura de que la prueba que nos ocupa, la chaqueta, en teoría podría haberse lanzado desde cualquier vivienda con salida al patio. ¿Existe algún indicio que permita concluir que la chaqueta se arrojó desde el último piso?

—Se hallaron restos de sangre en la repisa de la ventana.

—¡Protesto! Los restos provenían de la víctima. Había salpicaduras por todo el pasillo.

Fabian Heseler hizo una mueca.

—¡Repugnante! De manera que todo el pasillo se había visto afectado, o *salpicado*, por citar las palabras de mi colega. ¿Es posible refutar la teoría de que la sangre procedía únicamente de la escena del crimen?

—En la cara interna del marco de la ventana había una serie de huellas dactilares. Estas solo pueden explicarse por el hecho de que alguien abriera la ventana con la mano ensangrentada. Creo que cualquier criminólogo podría confirmar que el patrón de proyección de sangre se despliega de tal modo que un objeto solamente queda salpicado por el lado que se muestra hacia la herida.

—¡Protesto! Según la declaración del profesor Virchow, la señorita Lene Kulm estaba menstruando el día de su muerte. De ahí el rastro de sangre. Sobre todo porque en el cuerpo de la señorita Kulm se encontró un cinturón menstrual, pero no había compresa alguna.

—Demasiada sangre para una simple menstruación, me parece a mí... —murmuró Krohn—. En lugar de un período mensual,

estaríamos hablando más bien de un período *trimestral*.

Un silencio cohibido se apoderó momentáneamente de la sala. Solo un obrero simplón que se había colado entre el público soltó una risita ahogada.

—Ahora quiero abordar otro tema, doctor Krohn —retomó la palabra Heseler—. ¿Había algún objeto de valor en la vivienda del acusado, el profesor Botho Goltz?

—La vivienda del profesor Goltz ya había sido registrada por los hombres de la comisaría de Berlín. De acuerdo con su informe, no se encontró nada relevante. Apenas un par de billetes.

—¿Registraron los gendarmes la vivienda del señor Haldern también?

—No.

—¿A qué se debe que recibiera usted el encargo de registrar la vivienda del señor Haldern?

—El comisario Gideon Horlitz me recomendó. Cuando usted, señor Heseler, solicitó por deseo de su cliente que se llevara a cabo una segunda inspección del lugar del crimen, la fiscalía y la defensa contrataron para ello una empresa externa. Al parecer nuestro despacho goza de una muy buena reputación, de manera que aceptamos el encargo.

—¿Hallaron ustedes algún objeto de valor?

—Nada de importancia. Es evidente que el señor Haldern vive con una mano delante y otra detrás. Sin embargo, nos llamó la atención un fajo de billetes que había sobre la cómoda.

—¿Se tomó usted la molestia de anotar el número de serie de los billetes?

—Naturalmente.

—Muy bien. La policía también hizo lo propio con los billetes que se encontraron en la vivienda del señor Goltz. Sería interesante averiguar si de ello puede sacarse alguna conclusión. Por ahora, no hay más preguntas, señoría.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Había llegado la noche y, con ella, la hora de la revolución. Albrecht Krosick y Amalia Losch actuaban como si hubieran nacido para conspirar. La viuda estaba radiante. Cada vez que intercambiaba un par de palabras con el fotógrafo, se tapaba la boca con la mano y miraba a su alrededor con más frecuencia de la acostumbrada. Agradables escalofríos le recorrían la espalda siempre que una inesperada corriente de aire la sorprendía.

—Prepárese, joven Bentheim —le advirtió a Julius cuando volvió a casa del juzgado—. Ha llegado el día.

—¿Ya?

—Cuanto antes, mejor.

—Pensaba que lo de ayer no era más que palabrería.

Ella le puso la mano en el brazo en un gesto maternal que lo conmovió hasta casi hacerlo llorar.

—El pastor celebra una misa de vigilia. Saldrá de casa hacia las nueve de la noche.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó nervioso.

—Esperar —le ordenó la anciana.

—Sí, eso es lo que tienes que hacer —dijo Albrecht—. Yo voy ahora a por los coches. Hasta luego.

Julius subió a su cuarto, preparó una bolsa con varias prendas de ropa y ordenó sus pertenencias. Si su plan tenía éxito, debería despedirse de su habitación durante una larga temporada. El trayecto al trabajo y, especialmente, la vuelta a casa se convertirían en una carrera de obstáculos en la que tendría que evitar a los esbirros y espías del pastor. Nadie podría saber dónde se alojaban.

Cogió también un par de libros, preparó su carpeta de dibujo y echó un vistazo a los lienzos enrollados de los desnudos que había dibujado para Bissing.

El mensajero aún no se ha presentado, pensó Julius con amargura. Decidido, dejó los dibujos del comisario delante de la habitación de Krosick. Bajó con el resto de objetos que tenían alguna importancia para él y los dejó en el vestíbulo. De la cocina le llegaban fragmentos de conversación, risas, gritos nerviosos. Entró en la habitación y vio a la viuda chillando como una colegiala. No había duda de que la tensión le había quitado varias décadas de encima. Para asombro de Bentheim, frente a Amalia Losch estaba sentada una hermosa joven. El pelo castaño le caía largo y liso sobre los hombros, y cuando esta volvió la cara hacia él, el dibujante se asustó.

—¡Adele!

—Buenas tardes, señor Bentheim. —Se levantó echándose el pelo hacia atrás con un movimiento elegante, y le tendió la mano—. Hacía meses que no nos veíamos.

—Sí, ha pasado mucho tiempo —mintió él, ya repuesto. Le seguiría el juego, no fuera a fracasar el plan por su culpa.

—¿Se conocen acaso?

La modelo y el dibujante miraron a la viuda.

—Fugazmente.

—La señorita Bredow me acaba de explicar cómo aparentar asombro con una mueca —siguió parlotando Amalia.

—Mira tú por dónde, la señorita Adele tiene apellido.

La modelo de desnudos bajó la mirada con cierto sentimiento de bochorno.

—Sí, naturalmente —dijo Amalia impasible—. La señorita Bredow me ha enseñado lo útiles que son las uvas rojas.

Levantó un racimo y explicó al detalle el plan que habían urdido Albrecht y ella para llevar a cabo el secuestro. Bentheim hizo preguntas, se aseguró de haberlo entendido todo y se enteró de que su amigo había incluido a Adele en la intriga como señuelo. Cuando

preguntó por él, le respondieron que el fotógrafo estaba ocupándose de los coches.

—¿Cómo lo harán?

—Fingiré un accidente —empezó a decir Amalia agitada—. Que me he mordido la lengua, o algo similar.

—De ahí las uvas —comentó el joven dibujante.

La viuda asintió encantada, lo que provocó en Bentheim una sonrisa triste. Sabía por Albrecht que muchas prostitutas se metían uvas rellenas de sangre de animales para simular ante sus clientes una y otra vez que su himen seguía intacto.

—A la señorita Bredow, que es un auténtico deleite para los ojos, le corresponderá sacar de la casa al vigilante de Filine. Se presentará como la baronesa Von Bernburg. El señor Krosick ya le ha conseguido la tarjeta de visita correspondiente.

—¿Y qué hay de mí?

Adele se inclinó hacia delante.

—Mientras tanto, usted y Albrecht se acercarán en coche por el otro lado de la casa. Para entonces yo ya habré avisado al ama de llaves de que aparecerán.

Julius asintió para mostrar que lo había entendido. El minuterero avanzaba inexorable.

Se estaba poniendo nervioso.

—Pronto darán las ocho menos cuarto.

Su mirada recaía una y otra vez sobre su Mercier.

Repasaron el plan hasta que oyeron ruido de cascos fuera. Julius se levantó de un salto tan rápido que volcó la silla. Adele lo agarró del brazo con compasión. El tacto de su mano le resultó agradable, y se imaginó que era Filine quien lo tocaba.

Los carruajes que había alquilado Albrecht Krosick eran dos landós idénticos, excepto en el color de la pintura. Uno era marrón claro, mientras que el otro, que llevaba sujeto al techo un listón cuadrado de madera de tres metros de largo con esquinas redondeadas, era completamente negro. Ambos tenían cuatro plazas, capota plegable, y de ambos tiraban dos caballos. El

fotógrafo se bajó con un elegante salto del pescante del vehículo delantero y aterrizó en la acera. Dio varias órdenes, le hizo una señal al chófer del lando trasero y se dirigió a la casa de la viuda.

—Ha llegado la hora —saludó jovialmente a sus amigos—. Imaginaos, en la empresa de alquiler de coches han instalado hace poco un refrigerador de absorción. ¡Cerveza fría en cualquier momento del día y de la noche! ¡El paraíso! Tomaré un trago rápido para levantar el ánimo y nos pondremos en marcha. ¡Julius, tus cosas! ¡Ponías en el coche de atrás! Irás en el landó negro.

Adele Bredow y Amalia Losch, que estaban apoyadas en el marco de la puerta, lo dejaron pasar. Krosick entró a toda prisa, a punto estuvo de tropezar con el equipaje de Bentheim y poco después salió de la cocina con dos jarras para servir cerveza de trigo berlinesa. Dirigiéndose a las mujeres, dijo:

—¿Tienen ya los accesorios? ¿Tarjeta de visita, uvas? Pues vamos.

Alcanzó a su amigo, que ya estaba metiendo la bolsa de ropa debajo del pescante, lo agarró del brazo y lo arrastró al interior del carruaje. Cerró apresuradamente la portezuela, abrió la ventanilla hacia el chófer y le indicó a voces que se pusiera en marcha. En el banco que tenían enfrente había varias botellas de cerveza con la etiqueta *Berlinisches Weizenbier*, la bebida preferida de cualquier prusiano que se preciase.

Albrecht le pasó a Julius una de las jarras. Pesaban casi kilo y medio cada una, y tenían capacidad para cerca de dos litros.

—Con esto se podría matar a alguien si uno se lo propusiera —comentó el joven dibujante. Cuando el coche se puso en marcha, la agitación se apoderó definitivamente de él. Dirigió todos sus esfuerzos y pensamientos hacia Filine. Krosick abrió las botellas de cerveza y las sirvió.

—Salud, Julius. ¡Por el éxito de nuestra empresa!

—¡Salud!

—¡Un brindis, Julius! Una buena cerveza, clara y fría, da coraje, fuerza y valentía. ¡Para dentro!

Chocaron las jarras y bebieron en silencio mientras el landó traqueteaba por las calles. Julius se limpió la espuma del labio, dejó la jarra y miró por la ventana. Recorrieron toda una milla prusiana en pocos minutos: iban tan rápido como el viento, ¡y completaron gran parte del trayecto al galope! Se balancearon a través de un puente sobre el Spree, y tan pronto oían las campanas de una iglesia como el ruido de los carruajes en los que los señores adinerados daban su paseo vespertino.

¡Qué suerte!, pensó Bentheim. ¡Estos caballos son únicos! ¡Y el chófer es todo un experto!

Poco después, el landó ralentizó la marcha. Entraron en la Matthäikirchstraße, pasaron por delante de la casa de los Lewald y dibujaron una curva alrededor de la última casa de la avenida para llegar a la calle paralela. Al girar, Krosick vio que el segundo landó se detenía cerca de la casa del pastor. Golpeó el techo del coche con el puño, a lo que el chófer redujo el ritmo.

—¿Es aquí, señores?

—En ese muro largo de ahí delante —le gritó Krosick—. Deténgase a la altura del tilo.

El coche frenó aún más hasta detenerse por completo. Aunque había algunas personas caminando por la calle, aquello no impidió que Krosick se bajara y apoyara el listón en el muro con toda tranquilidad. Los caballos relincharon y se les inflaron los ollares.

Al mirar con más atención, Bentheim se dio cuenta de que el tablón tenía una hendidura en el centro y de que varios cierres metálicos lo mantenían unido por los extremos.

—¡Una escalera plegable! —comentó con alegría.

El fotógrafo asintió mientras separaba los travesaños y encajaba los peldaños.

—Después de ti —dijo.

Bentheim ascendió los primeros escalones y comprobó su resistencia antes de seguir subiendo y llegar a ver por encima del muro del jardín. Distinguió el quiosco, pero las ramas del tilo, que estaba completamente florecido, bloqueaban buena parte de la

vista. En algún lugar, detrás de los arbustos y las plantas, relucientes manchitas de colores brillaban a través de las hojas. En la casa del pastor ya habían encendido la luz. El piso superior estaba sumido en una oscuridad completa, lo que indicaba que todos sus ocupantes se encontraban en la planta baja.

—¿Qué ves? —le gritó Albrecht desde abajo.

—¡Pst! Nada aún.

El fotógrafo caminaba arriba y abajo nervioso. El chófer contemplaba la calle sin mucho interés y de cuando en cuando se sonaba con un pañuelo sucio. Pasaron varios minutos hasta que el encendido y apagado repetido de las luces de las habitaciones superiores sugirió una animada actividad en el hogar del pastor.

Allá vamos, pensó Julius agitado; están buscando el botiquín. Se imaginó a Adele Bredow llamando a la puerta; y a continuación, cuando ya le hubieran abierto, sosteniendo en alto las manos impregnadas de zumo de uva roja y pidiendo ayuda. Es mi señora, habría dicho alterada, necesita socorro. ¡Venga, por favor, ayúdenos! Y Hedwig Lembke le habría pedido al vigilante que cuidara de la dama.

Los golpes de las puertas al cerrarse resonaron en el aire templado de la tarde. El traqueteo de las ruedas de los carruajes sobre los adoquines casi acallaba el ruido del ambiente, pero el dibujante, con gran esfuerzo, logró captar un par de retazos de la conversación. La voz de Filine, seguida de la de Lembke, y por último la voz de barítono de un hombre.

Enseguida se hizo el silencio en la casa. Bentheim bajó la mirada hacia Krosick y se encogió de hombros.

—¿Qué hago? —susurró.

—Espera —tranquilizó Albrecht a su amigo.

Al final de la calle aparecieron dos transeúntes. Se dirigían hacia el landó enfrascados en una animada conversación. Bentheim se dio la vuelta rápidamente para dejar el muro a su espalda y fijar la vista en el techo del coche, e improvisó:

—No, señor, no veo daño alguno en el techo.

—Mire con un poco más de atención —le siguió el juego Albrecht—. Estoy seguro de que el toldo tiene algún agujero. Hay muchísima corriente dentro. Buenas tardes, caballeros.

Los paseantes le devolvieron el saludo y pasaron de largo. Cuando desaparecieron en la entrada de una casa, Bentheim se volvió y oteó el jardín. Se estaba impacientando. Sudaba, consciente de lo ilícito de su comportamiento. Sin embargo, mantuvo la posición con los ojos entrecerrados y siguió acechando la finca. De pronto se oyó un suave silbido. Era la melodía aparentemente inocente de una canción popular, que se acercaba y sonaba cada vez más alto.

—¡Fili, aquí! —Julius olvidó entonces toda precaución. Pasó una pierna por encima del muro y quedó sentado a horcajadas sobre él. Equilibrando con tiento el peso de su cuerpo, estiró la mano derecha hacia la muchacha. Una figura se deslizó por el jardín sobre las losas de granito repartidas por el césped. Filine Sternberg cogió impulso y lanzó un mantel anudado por encima del muro.

—¡Cógeme de la mano!

Se agarró a las juntas de la pared de piedra y escaló hasta que Julius pudo alcanzarla y tirar de ella hacia arriba. La cara le brillaba por el esfuerzo, y un pañuelo atado a la cabeza escondía la pérdida de sus rizos dorados. Las sienes, ocultas bajo la tela, le latían con fuerza.

—Por la escalera, Filine, ¡rápido!

Pasó las piernas por encima del muro y buscó apoyo a tientas hasta que dio con el último peldaño. Krosick, que entre tanto había recogido el equipaje, la recibió abajo y le sujetó la portezuela. Julius la siguió, plegó la escalera y la ató al techo del lando.

—¡Arre! —gritó el chófer, y chasqueó la lengua.

Los caballos se pusieron en marcha mientras Bentheim y Krosick subían de un salto al interior del vehículo y se dejaban caer sobre sus asientos entre jadeos.

CAPÍTULO VEINTE

Pidieron al chófer que los llevara a la iglesia de Nazaret en el barrio de Wedding, donde se apearán. El hombre que iba sentado al pescante restalló el látigo, y el landó cogió velocidad. Krosick sacaba la cabeza por la ventana cada dos minutos para vigilar que no los seguía nadie. Pero no sucedió nada extraño. Al borde de la calzada se veía alguna que otra berlina, aquellos carruajes con suspensión que debían su nombre al aprecio del que habían gozado en la corte de Brandeburgo. El fotógrafo también reparó en los jóvenes caballeros que salían a pasear con sus faetones, así como en varios coches colectivos de caballos, techados pero abiertos a los lados, de la empresa de transportes Kremser.

Mientras tanto, los enamorados permanecían en silencio. Filine Sternberg arrugó la nariz, a lo que Julius recogió las dos jarras vacías y las lanzó por la ventana sin pensárselo dos veces.

La muchacha sonrió y Bentheim se sintió feliz. Como estaban sentados uno frente al otro, podían mirarse sin interrupción. El dibujante trató de interpretar el rostro de su amada, pero su semblante era insondable. El hecho de que hubiera huido ya le demostraba que no estaba dispuesta a seguir soportando durante más tiempo los abusos de su padre. Sin embargo, Julius no sabía si el pastor le había enseñado los desnudos. Si era así, Filine habría podido llegar a la conclusión de que su amado era inocente: ¿quién mejor que ella misma podía saber que nunca había posado para él?

Pero ¿y si realmente ha visto los dibujos?, se preguntó Julius. Madre mía, no es estúpida, sabrá que el cuerpo con el que la

imaginé pertenece a una modelo real...

El landó rodaba sobre los adoquines. A Bentheim le costaba respirar. Una exclamación de Krosick lo trajo a él y también a Filine de vuelta a la realidad:

—¡Leopoldplatz!

Los caballos tomaron aliento delante del edificio de ladrillo construido en el Rundbogenstil, tan característico del arquitecto Schinkel. Los tres amigos se bajaron del coche en silencio. Krosick pagó al chófer con tal generosidad que quedaron convencidos de que su discreción quedaría garantizada. Por precaución, esperaron a que el vehículo hubiera desaparecido y llamaron a un coche de punto.

—A Marienburger Straße —pidió Krosick al conductor cuando estuvieron sentados. Tras ellos, la fachada cúbica de la iglesia de Nazaret se hacía cada vez más pequeña, hasta que el coche giró por fin hacia una bocacalle y el templo desapareció definitivamente de la vista. El rodeo que habían dado les había llevado más de una hora, y cuando pararon delante de la casa de vecindad en la que Lene Kulm había exhalado su último aliento, la incipiente noche veraniega, que al principio aún era clara, ya estaba completamente envuelta en la oscuridad.

—Aquí tenéis, vuestras llaves —dijo Albrecht con dulzura—. Me ha costado un ojo de la cara sobornar al casero.

—¿No nos harán preguntas? —quiso asegurarse Julius.

El fotógrafo negó con la cabeza.

—¿Quién podría hacerlas? Goltz será condenado. Aunque se hicieran realidad los peores pronósticos y quedara libre, seguramente no tendrá ningún interés en volver aquí. El precinto policial se levantó hace tiempo, y el prometido de Kulm sigue en tratamiento médico. La fiscalía lo mimará hasta que ya no tenga sentido seguir haciéndolo. Además, no tenéis nada que temer de él.

Filine lo miró pensativa y a continuación lo abrazó. Después de separarse, se volvió a inclinar hacia delante, le dio un beso en la mejilla y susurró:

—Te estamos muy agradecidos, Albrecht. Gracias por todo.

El portal era oscuro y sofocante. Las lámparas de gas estropeadas no se habían reparado y las claraboyas seguían proporcionando una luz débil y escasa. Bentheim, que además de su bolsa se había echado al hombro el equipaje de Filine, tomó de la mano a su amada. Recorrió a tientas con la otra mano la pared del pasillo que conducía al vestíbulo y que una vez allí se bifurcaba hacia los laterales. Cuando salieron al patio, la hija del pastor se quedó asombrada: la casa de vecindad, adornada en su exterior con un elegante estucado, presentaba en el interior un aspecto ruinoso y descuidado. Había grietas en los muros, y el enlucido estaba desconchado.

—¿Aquí es donde viviremos?

—Solo es provisional —intentó animarla Bentheim. Pero su respuesta sonó tan lamentable como la pregunta.

Dejaron atrás el patio interior y la cochera, y llegaron a la parte trasera del edificio. Bentheim tenía la sensación de que el camino se alargaba hasta el infinito. Ascendían escalón a escalón y sin embargo la buhardilla parecía alejarse cada vez más de ellos. Cuando por fin abrieron la puerta de acceso a su piso y Filine se detuvo sobre el desgastado felpudo, vieron que el espacio alargado estaba iluminado indirectamente por la luna, cuyo brillo caía a través del patio de luces. Alguien había limpiado el suelo. Incluso se había deshecho de las bolsitas con hierbas secas que colgaban del techo. A Julius se le apareció una imagen en la mente. Charcos de sangre y salpicaduras esparcidas por el pasillo, y en medio de todo aquello un cuerpo femenino con la mirada congelada y la boca abierta. Solo un par de manchas oscuras que se habían resistido a la limpieza daban cuenta del brutal asesinato que allí se había cometido.

Filine se estremeció. Se quedó quieta sobre el felpudo y no cruzó el pasillo hasta que Julius no pudo abrir la vivienda de la izquierda y consiguió encender una vela. El cuarto de Goltz ofrecía un aspecto miserable. La joven se colocó cerca de la estufa y dejó vagar la mirada por encima del colchón gastado, de la silla, de las cortinas

raídas y los paneles de las paredes. Daba la impresión de que no se atrevía a tocar nada.

—Ven, Fili, siéntate —dijo preocupado el dibujante, y le acercó la silla.

Ella, con la mirada fija sobre el colchón, obedeció.

—¿Son todavía las que...?

Bentheim, que suponía cuáles eran sus temores, respondió rápidamente:

—No, no te preocupes, las sábanas están cambiadas. Aquellas se inventariaron y se adjuntaron a las pruebas. —Tuvo la astuta precaución de no comentar los detalles escabrosos de los fluidos corporales que se habían encontrado en ellas. Señaló la mesa de madera, sobre la que había una pila de sábanas y dos almohadas —. Esas están limpias, querida. Albrecht se ha ocupado de todo en las últimas horas.

—Nos ha sido de gran ayuda —constató ella, para después volver a caer en un largo silencio. Él empezó a hacer la cama. Se planteó encender un fuego, pero al contrario que durante la noche del crimen, en la que había refrescado bastante, la temperatura de la habitación esa noche seguía siendo bastante agradable.

—Julius, esa mujer... —comenzó a decir ella, pero se atascó enseguida.

Bentheim, que recordaba el dibujo que le había incautado el pastor, asintió.

—Sí, Filine, existe de verdad.

—¿Cómo llegaste a...? —Buscaba la palabra apropiada, y cuando la encontró, añadió—: ¿...a retratarla?

—Fue un encargo puntual —explicó en voz baja—. Creía que nunca te enterarías. Solo lo hice por dinero, Filine. Era dinero fácil y rápido.

—¿Te pagaron por esos garabatos?

—Por supuesto que lo hicieron. —Se sentó en el colchón sin entender nada, y miró a Filine hasta que al fin comprendió que ella debía haberse imaginado que lo había hecho gratis y presa de un

deseo voraz: que había dibujado a su amante. Una risa incontenible se abrió paso a través de su garganta; se rio de alegría y de alivio, se rio sin preocuparse por los vecinos de los pisos inferiores, que no debían enterarse de su presencia—. Era trabajo extra, Filine... Solo lo hice para ganar dinero. Por ti y por mí, querida. No significó nada.

Ella se llevó las manos al cuello y empezó a soltarse el nudo del pañuelo. Tiró de la tela lentamente hacia abajo y se descubrió la cabeza. Un par de mechones cortos le festoneaban el cuero cabelludo, que por lo demás estaba totalmente pelado. Pequeñas heridas de tijera daban cuenta de la brutalidad con la que Sternberg le había cortado el cabello a su hija. Filine se quitó el abrigo y dejó a la vista sus antebrazos, enseñando así sin querer los cardenales que le había causado su padre al agarrarle y retorcerle los brazos tras la espalda mientras la forzaba. Se levantó en silencio, se aflojó los nudos del corpiño y volvió a sentarse. A diferencia de la moda masculina, que a partir del año 1789, tan significativo para Francia, había vivido varias décadas de avances, incluso en Alemania, la moda femenina había reincidido en el historicismo. El hecho de que Filine no llevara corsé le demostró a Bentheim que el pastor se había propuesto vetarle a su hija todo contacto con el mundo exterior.

Julius se acercó a la silla, se arrodilló ante ella y escondió la cabeza en su regazo. La muchacha lo acarició mientras respiraba superficialmente, sin apenas hacer ruido. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas, y trataba de reprimir el dolor, pero con ello solo conseguía hacerlo más insoportable. Le mesaba el cabello con los dedos, percibía su cuero cabelludo con una intensidad desacostumbrada. Él levantó la cara para besarla en el vientre mientras sus manos se abrían paso entre la silla y su espalda. Tenía la piel áspera; eran las típicas manos de un dibujante que trabajaba a menudo con tiza. Acarició el cuerpo de la joven de forma casi suplicante.

No era el momento de hacerse la ingenua. Filine sentía que no tenía pasado ni futuro. La mano de Bentheim le resultaba ajena,

extraña. Quiso decir algo, hacer algún comentario, pero escogió las palabras con demasiada cautela y lentitud, de manera que al final no fue capaz de formular ninguna frase coherente. Una sensación cálida le inundó el pecho, y en ese preciso momento renunció a todo aquello que tuviera que ver con su reputación y su posición en el mundo.

Se deshizo del corpiño con elegancia felina.

Durante una fracción de segundo Bentheim recordó los senos ondulados de Adele mientras besaba los de Filine y recorría las areolas con la lengua para finalmente rodear los pezones con la boca y succionarlos como un bebé. A ella se le aceleró la respiración, y echó la cabeza hacia atrás. Cuando Julius quiso hundir las manos en su cabello rubio, agarró el vacío, y la piel rasurada le resultó rara al tacto. Se apartó de sus pechos, le besó la clavícula, el cuello, las mejillas, hasta llegar a la cabeza trasquilada y sentir las escaras de los cortes finos y alargados.

Ella le sujetó suavemente las mejillas y lo apartó. Le deslizó la lengua en la boca, jugó con la suya y le recorrió los dientes. Él se levantó para conducirla a la cama, donde le recostó la cabeza cuidadosamente sobre la almohada. La luz titilante de la vela era lo bastante intensa para conferir al rostro de Filine un aire insondable y rígido. El cuerpo le temblaba un poco, pero encontró consuelo en la carne desnuda del hombre, que se había desvestido y había dejado caer al suelo la camisa y el pantalón.

Ella, imperturbable, le susurró:

—Agárrame fuerte, Julius, muy fuerte.

Sus manos ásperas, junto con la imagen de su miembro erecto, se convirtieron para ella en un refugio seguro sin nombre, oculto en la bruma de los sentimientos que la rodeaban.

Más tarde, cuando todo pasó, el rostro de su padre se le apareció en sueños como una pesadilla y se despertó sollozando empapada en sudor. Bentheim la abrazó para consolarla. La apretó contra sí, le habló con voz apaciguadora y le acarició el suave vello

que tenía entre los muslos hasta que dejó de llorar y volvió a quedarse dormida.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Julius Bentheim se despidió de Filine Sternberg muy temprano. Las campanas de una torre cercana aún no habían dado las cinco cuando le dijo adiós y le insistió en que se quedara en el cuarto a toda costa y no le abriera la puerta a nadie.

—Un piso más abajo hay un baño comunitario —le explicó—. Pero tú utiliza solo el orinal, Fili. ¿Me has entendido?

Ella asintió.

—Volveré por la tarde. Tendremos que aguantar por lo menos una semana. Después ya no podrán impedir que nos casemos. El escándalo sería demasiado sonado.

—¿Y si me entra hambre?

—Albrecht se pasará por aquí hacia el mediodía. Como olvidé meter un par de libros para ti en la maleta, también te traerá algo de lectura.

—¿No puedes quedarte conmigo? —le suplicó.

Él se detuvo junto a la puerta, sujetando la carpeta con una mano y la manilla con la otra, y se inclinó hacia ella una vez más.

—Entiéndelo, todo tiene que seguir como siempre. No quiero levantar sospechas.

Ella asintió, y cuando se hubo marchado el joven, escuchó con atención los ruidos del pasillo. Después de que sus pasos se extinguieran por la escalera, abrió la ventana para dejar entrar la primera luz de la mañana, aún tenue, y se echó a llorar.

Era el último día de la diligencia de pruebas del caso Kulm, y Bentheim estaba muy tenso en su asiento. La acusación parecía haber gastado ya la mayor parte de sus cartuchos. Después de abrirse la sesión, Theodor Görne presentó un par de informes y solicitó volver a interrogar a algunos portavoces de la comisaría. Todo seguía su curso habitual y el abogado defensor Heseler, tranquilo y relajado en su asiento, no levantó la voz en ningún momento para protestar. Mientras tanto, Botho Goltz hojeaba con aburrimiento manifiesto varios libritos de poesía.

Cuando Görne terminó, el abogado defensor interrogó una vez más al policía Ernst Detlof. Quería que le hablara de los billetes requisados en la vivienda del profesor Goltz.

—Encontramos diez billetes y los inventariamos.

—Por favor, explique al jurado cómo se lleva a cabo dicho inventario.

Detlof carraspeó volviendo la cabeza hacia el banco del jurado.

—Consignamos en acta el lugar exacto del hallazgo, el número exacto de billetes, su valor, así como las peculiaridades que puedan presentar: billetes rasgados o llamativamente arrugados, pintados de forma anómala, con notas, etcétera.

—¿Apuntan también el número de serie?

—Por supuesto.

—Una pregunta, señor Detlof: supongamos que tuviera que proporcionar al público los números de serie de los billetes que se encontraban en posesión del profesor Goltz; ¿podría hacerlo?

—Naturalmente que podría —confirmó el policía.

—¿Y qué importancia tienen estos números de serie? Para empezar, ¿por qué existen?

—Las razones son históricas —explicó Detlof—. Seguramente ustedes mismos conocen las anécdotas que nuestros abuelos nos contaban de niños. Hace tan solo dos generaciones todo se pagaba con monedas. Las divisas, los recibos o los bonos públicos eran poco comunes. Al ir a comprar siempre había que llevar monedas.

Cuanto mayor era la compra, más pesaba el dinero que debía acarrear para pagar la cuenta.

Heseler rio entre dientes y Bentheim imaginó que estaría pensando en su propio abuelo quejándose de la espalda cuando él aún era un chaval.

—El papel moneda es un invento relativamente reciente —prosiguió el policía—. El principio en el que se basa es la confianza en que el pedazo de papel que se posee puede cambiarse en cualquier momento y cualquier lugar por el mismo valor en monedas. Antes, esa garantía aparecía incluso en los propios billetes. Escrita a mano con letra clara, fecha y firma. Con la creciente circulación del papel moneda, el sistema cambió. El Estado, que poseía el monopolio de las monedas, se hizo cargo también de este monopolio. Cada uno de los billetes expedidos por los bancos nacionales es un ejemplar único y, como tal, cuenta con su propio número. Si aparecen dos billetes con el mismo número, se podrá deducir que uno de ellos será una falsificación.

—¿Podríamos imaginar por ejemplo que el primer billete impreso de la historia recibió el número uno; el segundo, el número dos; el tercero, el tres; etcétera?

Ernst Detlof asintió.

—En principio, sí. Lo que sucede es que los números de serie se generan a partir de ciertas fórmulas matemáticas cuya regularidad el ciudadano de a pie no conoce. Así se pretende evitar que se fabrique dinero falso.

—Si acudo a una entidad bancada a cambiar dinero o a retirarlo de mi cuenta, ¿los billetes que recibiré tendrán una numeración consecutiva?

—No trabajo en un banco, abogado, pero creo que así debería ser, sí.

—Así es, señor Detlof, así es —comentó Fabian Heseler, y a continuación se dirigió al estrado—. Deseo entregar al tribunal una declaración jurada de mi cliente.

Johann von Jänert quiso saber de qué trataba el nuevo documento, y el abogado le entregó un papel sin pronunciar una sola palabra más. El juez lo estudió, levantó una ceja, respiró hondo y llamó a Görne. Le tendió la hoja y preguntó:

—¿Alguna objeción, señor fiscal?

El calvo enjuto respondió negativamente.

Julius Bentheim observó su semblante, que expresaba una mezcla de desconcierto y agotamiento. El joven dibujante plasmó en pocos trazos de lápiz el gesto del jurista, que, aún perplejo, regresó a su mesa.

—Se acepta como prueba de la defensa —declaró Jänert, y le pasó la hoja al secretario para que este anotara en su informe la hora de la entrega así como una breve descripción. Por indicación de Jänert, se devolvió el escrito al abogado defensor, y el juez le pidió a Heseler que informara a los presentes de su contenido.

—Cumpliré con gusto su petición, señoría. Estimado jurado, lo que acabo de presentar al tribunal es una declaración jurada del señor Goltz. Se trata, en concreto, de un acta redactada de memoria, fechada el día después del fallecimiento de la señorita Lene Kulm. Esto es importante en la medida en que mi cliente no pudo basar su testimonio en el listado del inventario de la policía. Repito: en el momento en que el profesor Botho Goltz prestó esta declaración, no tenía ningún conocimiento del contenido del inventario.

Jänert se impacientaba:

—Exponga lo que dice el documento. Para sus conclusiones, ya tendrá tiempo después.

—De acuerdo, señor presidente. —Heseler se inclinó en dirección al estrado, después se dirigió al banco del jurado y leyó en voz alta—: «Yo, el profesor Botho Goltz, hago constar en acta que hace pocos días me hicieron entrega de veinte billetes en una filial del Banque Nucingen. Por deseo expreso mío, se trataba de billetes nuevos recién impresos, con números de serie consecutivos, a partir de la cifra final 51 en sentido ascendente hasta la cifra final 71». —

Su tono había sido sereno e imparcial, y ahora observaba a los hombres y mujeres reunidos en la sala para juzgar a su cliente, y añadió—: También dice aquí lo siguiente: «Conservé todos los billetes con número de serie par a modo de reserva; los billetes con número de serie impar se los entregué a mi amante, la señorita Lene Kulm, precisamente el día de su asesinato a manos del señor Gregor Haldern».

—¡Protesto! —se oyó decir consternado a Görne—. Es su cliente quien se enfrenta aquí al tribunal, y no el señor Haldern, hacia quien deberíamos mostrar compasión, puesto que ha sido él quien ha sufrido la pérdida de su prometida.

—Denegada —gruñó Jänert—. Su colega está citando una prueba. Déjele hacer su trabajo. Además, antes ya ha tenido oportunidad de presentar objeciones.

—¡Mentiras, son todo mentiras! —exclamó entonces Haldern, interrumpiendo al juez. Görne había logrado retenerlo durante la inspección de la chaqueta, pero esta vez no pudo evitar que se levantara de un salto para dar rienda suelta a su despecho. Se tambaleó ligeramente, se apoyó en el borde de la mesa y desgranó una letanía de los más terribles juramentos en dirección al profesor.

—¡Señor Haldern, le ruego que se modere! —declaró Jänert mientras se enderezaba la peluca—. De lo contrario, tendré que expulsarlo de la sala.

Bentheim centró su mirada en la mesa de la acusación. Haldern había abandonado todo autocontrol. Su rostro, marcado por el alcohol, esbozó una mueca espantosa. Ruidosamente, reunió saliva en la boca y escupió en dirección a la defensa. Afortunadamente, falló el tiro.

—¡Ojalá os lleven todos los demonios! —Miró ferozmente a su alrededor y saltó de su sitio, pero un alguacil le cerró el paso.

—¡Señor Haldern! —exclamó Jänert, y golpeó la mesa con el mazo repetidas veces. Gesticuló con las manos y dos alguaciles más corrieron en auxilio del primero. Cuando el hombre se vio reducido en el suelo, soltó todo lo que llevaba en su interior: el dolor,

la presión, la tensión. Empezó a estremecerse presa de continuos calambres mientras se venía abajo entre lloriqueos. A Bentheim le pareció un espectáculo deplorable, pero nadie se dignó siquiera a intentar consolar al pobre desgraciado.

—¡Sacadlo de aquí! —ordenó el juez, y los tres hombres arrastraron su cuerpo inerte por el pasillo central ante un público estupefacto que presenciaba con fruición una escena más de aquel espectáculo.

Tras el receso de media hora que Jänert dispuso tras el incidente, el juicio siguió su curso. Görne retomó las primeras frases de la declaración jurada hasta llegar al punto en que lo habían interrumpido antes:

—«Conservé todos los billetes con número de serie par a modo de reserva; los billetes con número de serie impar se los entregué a mi amante, la señorita Lene Kulm, precisamente el día de su asesinato a manos del señor Gregor Haldern. Lo hice después de habernos amado apasionadamente, y con el único objetivo de ayudarla un poco con sus problemas económicos. Los diez billetes estaban envueltos en varias páginas del *Allgemeine Zeitung*, y la señorita Kulm se los guardó en el corpiño. Deduzco que la policía no encontró el dinero junto a su cuerpo porque el señor Haldern se lo habría llevado a su vivienda después de asesinar brutalmente a la señorita Kulm». Fin de la cita. A continuación se indican el lugar y la fecha de la declaración, así como la firma del profesor Goltz.

Ernst Detlof, el agente de policía, seguía sentado en el estrado de los testigos, ya que aún no le habían ordenado que se retirase, y el abogado defensor volvió a dirigirse a él:

—Señor Detlof, acaba de escuchar la descripción que hace el acusado de sus suposiciones. ¿Se encuentran estas en el ámbito de lo posible?

—No soy yo quien debe decidirlo, señor abogado.

Fabian Heseler sonrió con gesto seductor.

—Al César, lo que es del César. Pero me gustaría cambiar de tema radicalmente. Consulte usted su documentación y explique al jurado en qué consiste la prueba 38a.

—Son páginas del diario *Allgemeine Zeitung*.

—¿Presentan alguna peculiaridad?

—Están machadas de sangre.

—Bien. ¿Y en qué consisten las pruebas de la 37a hasta la j?

—Son billetes.

—¿Con número de serie par o impar?

Detlof echó un vistazo a sus documentos, pasó una página y dijo en voz baja:

—Impar.

—¡Más alto, señor Detlof! ¡No lo hemos oído bien!

—Son números de serie impares —repitió el policía visiblemente abatido.

En ese momento, Jänert interrumpió el interrogatorio para dirigirse a Görne en tono intimidante:

—Esto es poco convencional, señor abogado, pero quiero preguntarle si desea un interrogatorio cruzado. Yo renunciaría de modo excepcional a mi derecho de pregunta. Así, estarían ustedes dispensados de las intervenciones complementarias y podrían enfrentarse directamente.

Theodor Görne se puso en pie, asintió apocado y se acercó al estrado. Heseler le dio la bienvenida con un gesto galante y le hizo sitio con soberbia. Las risitas recorrieron los bancos del público. En cambio Julius Bentheim se estremeció. Recordó la escena de la noche del crimen, cuando visitó el lugar de los hechos acompañado de Gideon Horlitz. Karl Otto von Leps, el anciano juez de instrucción, se había dirigido al comisario en voz baja y le había aconsejado que echara una mano al fiscal Görne. «Todo el mundo sabe que es una vergüenza para el gremio», esas habían sido sus proféticas palabras.

El fiscal permanecía inmóvil delante del testigo. El sudor de la calva le brillaba a la clara luz del verano mientras se devanaba

febrilmente los sesos.

—¡Señor fiscal! —le exhortó el juez con aspereza—. Apure. No tenemos todo el tiempo del mundo.

Görne se recompuso. Después de carraspear con fuerza, preguntó:

—Señor Detlof, ¿había algún indicio de que el dinero hallado en la vivienda del señor Haldern perteneciera al presunto culpable?

—No.

—¿Podríamos atrevernos a afirmar que fue más bien el profesor Goltz quien robó a la víctima el dinero que se le confiscó a él?

—Entra dentro de lo posible —respondió el testigo.

—Se me ocurre una posibilidad más. ¿No podría ser también que ambos hombres, el profesor y el prometido de la señorita Kulm, hubieran retirado el dinero del banco cada uno por su cuenta?

—También es posible —dijo el policía, lo que provocó un murmullo entre los espectadores. Bentheim sacudió la cabeza de forma imperceptible. Bosquejó el semblante impenetrable del testigo, que se había visto arrastrado a la desafortunada situación de dar respuestas imbéciles a preguntas más imbéciles aún.

—El testigo es suyo, colega.

Fabian Heseler se apoyó indolente en el revestimiento de madera del estrado de los testigos y preguntó:

—Señor Detlof, ¿ha retirado alguna vez dinero en persona?

—Sí.

—¿Billetes nuevos?

—Seguro.

—¿En qué orden recibió los billetes?

—No sé si le entiendo... Simplemente me dieron los billetes. Después de contarlos ante mí.

—Me refiero a los números de serie, señor Detlof. ¿Eran consecutivos?

—¡Protesto! —exclamó Görne—. Dudo que el testigo recuerde los números de serie del dinero que saca del banco.

—Deje responder al testigo primero —le reprendió Jänert irritado.

—Y bien, señor Detlof —dijo el abogado con parsimonia—, ¿eran consecutivos los números o estaban desordenados?

—Creo que eran...

—¡Protesto!

—Se admite —refunfuñó el juez, y advirtió al testigo que no expresara suposiciones.

—Cuando se solicitan billetes nuevos, tal como asegura el profesor Goltz que hizo, ¿son billetes nuevos lo que se recibe?

El policía se encogió de hombros con desesperación.

—¿Cómo voy a saberlo? No soy banquero.

—Tiene usted razón. Pero ¿qué le dice el sentido común? ¿Cómo es posible que, de dos hombres que retiran cada uno diez billetes recién impresos, uno acabe con los números de serie pares mientras que el otro recibe los impares?

El policía se quedó callado largo rato, pero Heseler no apartó la mirada de él y añadió:

—Y entonces, señor Detlof, ¿cómo lo habrían logrado los dos caballeros?

—Tendrían que haber retirado los billetes uno a uno de forma alternativa.

El rostro del abogado defensor resplandecía.

—¡Felicidades, ha resuelto el misterio! Así debió de ser si decidimos seguir la argumentación de la acusación. —Se apartó del testigo y miró fijamente al jurado mientras continuaba hablando—: Señor Detlof, dígame si es posible que sucediera lo que voy a describir a continuación: el profesor Goltz entra en el banco Nucingen. Le hacen entrega de un billete con número de serie par. El señor Haldern también entra en el banco. El mismo banco, claro está. Se le hace entrega de un billete con número de serie impar. A continuación el profesor se da cuenta de que sigue llevando poco dinero consigo. Se acerca de nuevo a la ventanilla y se le hace entrega de un segundo billete con número de serie par. Después el señor Haldern piensa que tiene poco dinero. Él también pide un segundo billete. A continuación, el profesor de nuevo: el tercer

billete. Entonces Haldern: el tercer billete. El cuarto del profesor, el cuarto de Haldern. Profesor, Haldern, profesor, Haldern, y así sucesivamente. Número par, número impar. Par, impar, par, impar. ¡Cualquiera se marearía al verlo!

El abogado defensor se volvió de nuevo y miró cara a cara al policía. Con malicia, añadió:

—¿Fue así? ¿O no cree que estas serían quizá demasiadas casualidades? ¿No le parece algo abstrusa la argumentación de la acusación?

Heseler finalizó el interrogatorio, Theodor Görne hizo un gesto de desinterés. El juez hojeó un documento, levantó la cabeza y comentó en tono cínico:

—¿Alguna petición sorpresa más por parte de la defensa? ¿No? Bien, entonces con esto se cierra la diligencia de pruebas. Solicito a ambas partes que se preparen para sus conclusiones finales. La sesión vespertina se abrirá a las catorce horas.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Julius Bentheim pasó el descanso de mediodía en compañía de los comisarios Bissing y Horlitz, con los que se había encontrado en el pasillo. Entraron en una fonda —no la misma de la vez anterior, sino un pequeño cuchitril cercano al Palacio de Justicia— y pidieron cerveza y salchichas a una camarera regordeta.

—Una estrategia magnífica —declaró Horlitz con admiración—. Me habría gustado asistir a las clases de ese profesor. ¿Qué imparte? ¿Filosofía?

—Metafísica y Ontología.

—Ontología... ¿Qué era eso?

—Una disciplina centrada en las estructuras básicas de la realidad —intervino Julius.

—Mire usted por dónde, el señor Bentheim es un caballero culto —se burló Horlitz. Después añadió más serio—: No se puede negar que Goltz actúa siguiendo un patrón lógico.

—Ese hombre solo conoce la lógica y el ingenio —comentó Julius desanimado—. Si lo he entendido bien, la defensa ha logrado acabar con prácticamente todos los argumentos que la acusación debía aducir en contra de Goltz: ya no existen ni arma homicida ni móvil. Y tampoco testigos útiles.

—Ni cadáver debidamente identificado —añadió Horlitz.

—Correcto. ¿Ha interpuesto ya el profesor la denuncia por desaparición?

Bissing se rascó la patilla y asintió.

—Sí, Heseler la ha presentado en la comisaría en nombre del profesor.

—¿No se podría exhumar a Kulm?

—¿Para hacer qué?

—Para que Haldern la identificara. Y si ese borracho no es capaz, seguro que en el matadero encuentran a gente que trabajara con ella.

—Ese barco ya ha zarpado —dijo Horlitz, y se recostó para hacer sitio a las jarras de cerveza que traía la camarera—. En un juicio no puede presentarse todo *a posteriori*.

—¿Qué rumbo lleva este proceso realmente? —preguntó Bentheim preocupado.

—¿Qué opina usted como estudiante de Derecho? ¿Qué es lo que cree?

La llegada de la comida los interrumpió otra vez, y el dibujante se rascó la barbilla pensativo.

—Después de haberle endosado ya a Haldern un arma homicida, hoy han logrado incluso endilgarle un móvil —reflexionó en voz alta.

—Continúe.

—Hoy será un día negro para la justicia prusiana. La defensa se ha sacado de la manga un segundo sospechoso que resulta más creíble como asesino que el mismísimo profesor. Hasta el momento Goltz ha proyectado una imagen culta, inteligente y burguesa. El personaje de Haldern podría haber salido directamente de *Humillados y ofendidos*, de Dostoievski: un bebedor melancólico, violento, además de propenso a los arrebatos. ¿Por quién se decidirá el jurado? Seguramente es inútil preguntárnoslo.

—¿Qué sucederá con Haldern?

—Nada. Al fin y al cabo no está acusado.

Bissing negó enérgicamente con la cabeza.

—No se engañe, joven Bentheim. A la justicia no le gustan los casos de asesinato sin un culpable condenado, y la opinión pública pedirá sangre. No hay crimen sin castigo.

—Pero usted sabe tan bien como yo que Haldern es inocente.

—¿Lo sabemos? —preguntó Bissing con malicia.

—Se lo ruego.

—¿Y si se formula una querella?

—Entonces habrá juicio —contestó Julius—, y el resultado tendría un cariz nefasto para Haldern. El cuchillo que se encontró en su vivienda se consideraría el arma homicida; y el dinero manchado de sangre y los celos se aprovecharían como móvil. Todo eso, unido a su carácter colérico y a su mala reputación, daría lugar a una combinación mortal. Un crimen pasional. Así podrían explicarse también las numerosas cuchilladas. Además, su vivienda estaba cerrada. A él le encontraron una llave, pero a Lene Kulm no.

—Qué extraño, ¿no?

—Por lo general se tienen dos llaves, sí —afirmó Bentheim—. Pero la de Lene no apareció. No creo que la fiscalía permita que algo así se interponga en su argumentación.

—No pinta bien, no —comentó Gideon Horlitz.

—Eso depende. Al fin y al cabo es potestad del tribunal establecer la medida de la pena. Un juez que conozca los precedentes sin duda considerará que existen incontables circunstancias atenuantes para no excederse con el castigo.

—Dios le oiga, Julius —dijo el comisario Horlitz mientras se ponía en pie y se alisaba el chaleco—. Les ruego que me disculpen, debo satisfacer mis necesidades.

Cruzó la sala y se dirigió al dueño. Este señaló en una dirección concreta y el comisario desapareció. Bissing lo había seguido con la mirada. Bentheim tenía la sensación de que lo único que esperaba con impaciencia su interlocutor era la ocasión de estar a solas con él.

—Mi mensajero no dio ayer con usted —dijo sin rodeos el comisario—. Lo esperó desde las diez hasta medianoche. Sin éxito.

—Cierto. Salí con amigos y no llegué a casa hasta muy tarde —mintió el dibujante.

—¿Y los dibujos?

—Están listos para ser recogidos. Vuelva a enviar a su mensajero esta tarde. Si no estoy yo, deberá preguntar por Albrecht Krosick.

—Estos días está usted muy ocupado, conde de Saint-Germain.
—El comentario no era malicioso, pero Bentheim sintió un escalofrío por la espalda. No pudo evitar mirar a su alrededor: funcionarios y chicos de los recados que se comían sin ganas su sopa a cucharadas o se daban el capricho de un bocadillo de salchicha, y una camarera que atendía a los clientes con indiferencia.

—Tengo mucho que hacer —constató—. Los estudios, el juicio, los amigos...

El comisario le dirigió una mirada escrutadora. Finalmente le dio una tarjeta y le dijo:

—Tenga, mi dirección de Spandau, por si prefiriera entregar el paquete usted mismo. Con suma discreción, por supuesto. Mi mensajero me informó también de que había visto personajes sospechosos merodeando la casa de su arrendadora. Un tipo con fisonomía de matón y un hombre vestido con casulla de pastor que exigía a golpes que lo dejaran entrar. ¿Está usted metido en problemas, señor Bentheim? No me gustaría que nuestro acuerdo se viera marcado por el mal agüero.

Bentheim negó con la cabeza.

—Ningún problema, señor comisario. No se preocupe.

—Bien, porque veo que Gideon se acerca ya. Paguemos la cuenta, amigo mío. El juicio se reanudará enseguida.

Se cerró la diligencia de pruebas y el trío de jueces Jänert, Polte y Lipinsky invitó a los abogados a presentar sus conclusiones. El fiscal Görne se puso manos a la obra en un último turno y exigió con vehemencia que se condenara al profesor aludiendo una y otra vez en su discurso a supuestos indicios, por lo que Jänert le advirtió en repetidas ocasiones que no alegara pruebas inválidas. A Bentheim le pareció lamentable que Görne centrara su atención en la

confesión que el profesor supuestamente había hecho ante su vecina.

El profesor estaba sentado y relajado junto a su abogado en el banquillo del acusado y seguía el curso de los acontecimientos con gesto ausente. Su atuendo era impecable. Llevaba un chaleco blanco —que, en opinión de Julius, no podía haberse puesto por una simple casualidad—, un pantalón negro y zapatos con modernas hebillas: podía haber pasado por la viva imagen de la elegancia y la coquetería de no haber sido por la barba de aspecto descuidado que Goltz se había dejado crecer libremente los últimos días. El nitrato de plata del pelo se había desteñido hacía tiempo y había dado paso a su color original.

Para cuando el fiscal terminó su exposición habían pasado más de dos horas. Fabian Heseler se puso entonces en pie, ya que Jänert le había dado la palabra, y se dirigió al jurado. Punto por punto trató de refutar los elementos de la acusación. Como Bentheim había predicho, lo primero que hizo fue atacar la argumentación de la fiscalía señalando la ausencia de móvil.

—¿Por qué querría mi cliente apuñalar a alguien a quien poco antes le había entregado dinero voluntariamente? ¿Cuando acababa de tener relaciones sexuales con ella? ¿Cuando la amaba, la ayudaba y le escribía cartas de amor?

Permaneció en silencio un instante con un gesto teatral para que sus palabras causaran efecto, y después respondió él mismo a sus preguntas:

—El profesor Goltz le dio dinero a la señorita Kulm. Eso ha quedado demostrado. El profesor Goltz mantuvo relaciones sexuales con la señorita Kulm. Demostradas. Estas fueron consentidas. Lo ha confirmado el profesor Virchow, una eminencia en el campo de la patología. ¿Y por qué tendría que ser culpable mi cliente, si se ha demostrado además que el arma homicida se halló en la vivienda vecina? ¿No perdería los nervios alguien que ha matado pasionalmente a una mujer? En cambio, mi cliente, como corresponde a un ciudadano decente, llamó a la puerta de la vecina

para pedirle que avisara a los gendarmes porque se había cometido un crimen.

Varios de los presentes no pudieron evitar esbozar una sonrisa. No se les había escapado que el abogado defensor había manipulado algunos de los elementos. Todos seguían los movimientos de Heseler con una mezcla de rechazo y fascinación. El abogado de oficio, al que este juicio serviría sin duda de trampolín, disfrutaba visiblemente siendo el centro de atención. La estrategia, que solo había podido ser trazada por el profesor, parecía estar dando sus frutos.

Las manecillas del reloj avanzaban inexorables mientras Bentheim bosquejaba a Heseler. Dedicó mucho tiempo a reproducirlo con acierto. Esperó pacientemente una expresión facial que representara de forma adecuada el mundo interior del jurista. Después repasó con precisión los trazos que ya había esbozado. Se convertiría en un retrato casi fotográfico.

El defensor terminó su discurso pidiendo con fervor que no castigaran a un inocente.

—*In dubio pro reo* —cerró su exposición.

Johann von Jänert se hizo oír golpeando con el mazo y dijo:

—Tras haberse solicitado la condena y la absolución del acusado, este dispone ahora de la oportunidad de pronunciarse una última vez si así lo desea. Señor Goltz, ¿tiene algo que añadir?

El profesor se puso en pie y negó con la cabeza.

—Ya está todo dicho, señoría. Confío ciegamente en la sentencia de Dios y la justicia prusiana.

El resoplido desdeñoso del juez se oyó por toda la sala. Recuperó la compostura secándose la frente. En tono neutro, explicó al jurado que el Estado de Prusia les encomendaba la tarea de esclarecer la verdad. Les advirtió de los elementos en los que debían basar su sentencia, de qué indicios y pruebas debían considerar válidas y de cuáles no. Por último, les aclaró los principios legales de la duda razonable.

—Si al menos uno de ustedes alberga el más mínimo resquicio de duda sobre la culpabilidad del acusado —explicó con determinación—, estará obligado a abogar por su absolución, y perseguirá este objetivo hasta que o bien sus dudas se disipen, o bien los demás miembros del jurado cambien de opinión y se muestren de acuerdo con él. Asimismo quiero advertirles que esta no es una regla probatoria, sino una regla de decisión. Yo no puedo determinar la pertinencia de dichas dudas o el momento en que deben planteárselas; tendrán que decidirlo por ustedes mismos. Caballeros, el tribunal les da tiempo hasta mañana a las once. — Volvió a recorrer con la mirada a los doce hombres que debían decidir el destino del profesor y a continuación les pidió que se retiraran a deliberar.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Julius Bentheim se deslizó por una salida lateral del Palacio de Justicia y se adentró en una de las pequeñas bocacalles que rodeaban el edificio. Nadie lo siguió, así que se subió a un carruaje. Su joven cochero lo llevó hasta la puerta de Brandeburgo, donde se bajó y buscó con la mirada un segundo transporte.

Estaba perdiendo un tiempo valioso, un tiempo que quería pasar junto a Filine. Pensándolo bien, no sabía si el pastor sería capaz de poner a algún matón tras su pista. Pero la seguridad de Filine y la suya era lo primero. Julius caminó arriba y abajo hasta que el carruaje hubo desaparecido, compró una hogaza de pan integral en un puesto callejero y silbó para llamar a un coche de dos caballos. Le dio al chófer la dirección de la Marienburger Straße y, cuando se pusieron en marcha, el joven dibujante ya no tuvo ojos para la belleza que lo rodeaba. Los viandantes paseaban entre los arcos, disfrutaban de la agradable noche de verano, mientras una suave brisa murmuraba entre las copas de los tilos. Arriba, en la parte superior de la Puerta de Brandeburgo, se alzaba la cuadriga, que representaba el triunfo de la paz; el emplazamiento de aquella obra monumental era, «sin duda, el más hermoso del mundo entero», como había escrito en alguna ocasión su arquitecto, Carl Gotthard Langhans. Sin embargo, Julius, que quería asegurarse de que no lo seguían, se limitaba a lanzar miradas huidizas por las ventanillas.

Cuando entró en la casa de vecindad y cerró tras de sí la puerta de entrada, esperó cinco minutos en la oscuridad de la escalera para ver si entraba alguien. No sucedió nada. Aliviado, atravesó el vestíbulo y el patio interior. Poco después, una vez en la buhardilla

del edificio contiguo, se deslizó en el cuarto en el que estaba Filine y la estrechó entre sus brazos.

A la mañana siguiente, cuando se acercaban ya las ocho, se oyeron unos golpecitos en la puerta. Filine Sternberg y Julius Bentheim estaban sentados a la mesa delante de los cuscursos de pan del día anterior. El rostro de la hija del pastor esbozó un interrogante silencioso.

El dibujante le acarició la mano para tranquilizarla.

—No te preocupes. Será Albrecht.

Se levantó para dejarlo pasar, y Krosick sonrió con amabilidad al acercarse a Filine y darle un beso en la mejilla.

—¡Albrecht! ¡Qué sorpresa tan agradable! En realidad te esperábamos ayer. Pero con un poco de suerte habrás traído algo hoy.

—Por supuesto, Filine: ¡noticias para ti y cerveza para los señores!

Portaba una cesta con seis botellas de Pilsner Urquell; puso dos sobre la mesa y buscó con la mirada por si había algún vaso. Julius, que había percibido su apuro, cogió dos tazas de café. Krosick desenroscó los tapones de caucho de las botellas y las sirvió con tan poca habilidad que se derramó la espuma.

—Por desgracia no hay noticias del pastor. Excepto que ha despedido a Lembke.

—¿La ha puesto de patitas en la calle?

—La ha echado a patadas, sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Apareció en casa de Amalia con un aspecto lamentable. Por eso no pude venir ayer.

—Pobre señora Losch... —dijo Julius—. Se está llevando la peor parte. Y ahora encima tendrá que acoger a esa fiera.

Filine miró a los dos alternativamente: primero a su amado, después a Albrecht, y luego de nuevo Julius.

—¿Qué significará eso? —preguntó.

—Nada bueno, al menos para Lembke —respondió Krosick con malicia mientras daba un trago—. Seguramente tu padre quería impedir que mantuviera los ojos y los oídos bien abiertos. Pero nuestro plan sigue siendo el mismo. De hecho, pronto podría empezar a saberse que has desaparecido, Filine, y entonces tendrá que acceder a nuestras demandas. El despido de Lembke solo demuestra que quiere evitar todo posible escándalo. En cuanto estéis casados la volverá a contratar, de eso estoy convencido.

La joven contempló pensativa la pared desnuda. Un velo de seriedad le cubrió el rostro.

—Todo esto es tan solitario... —dijo por fin—. Todo es gris, todo está... tan muerto.

Julius la abrazó mientras Albrecht se acercaba a la ventana y observaba la repisa y el sólido clavo de hierro que alguien había incrustado en la parte exterior de la pared para colgar de él los alimentos en invierno y así mantenerlos fríos. La mayoría de las casas de vecindad disponía de aquellos clavos gruesos doblados en semicírculo o bien de cabillas náuticas con cordones atados. Aquel era un recurso de la gente de a pie para paliar la necesidad.

El fotógrafo lo señaló y comentó:

—¿Para qué lo necesitas en verano? Además, lo has clavado mal, Julius... Así el cordón se escurrirá.

—No es mío —contestó—. Deja las botellas en un rincón, ya te conseguiré un cubo con agua fría.

Krosick le hizo caso y dejó la cerveza en el suelo. Volvió a la ventana y, esta vez, pegó la frente al cristal.

—¿Por qué no está oxidado el clavo? —murmuró. Hablaba más bien para sí mismo, pero una agitación febril se apoderó de Julius. Soltó a Filine y se dirigió a donde estaba su amigo.

—Efectivamente. Está reluciente.

Ambos llegaron a sus propias conclusiones, pero fue Filine la que finalmente articuló la sospecha:

—Quizá fue el profesor quien puso el clavo.

Julius asintió. Las ideas le galopaban por la cabeza como una manada de caballos desbocados.

—El cordón no se escurriría si, en lugar de ir hacia abajo, fuera hacia arriba —dijo por fin.

—¡El cuchillo! —exclamó Krosick.

Bentheim abrió de golpe el ventanuco. Sacó la cabeza y miró hacia arriba. Las tejas no ofrecían apoyo ni la posibilidad de atar una cuerda. La salida de la estufa de hierro, que atravesaba el tejado, era un tubo metálico delgado que seguramente se habría doblado bajo el peso de una persona. Brillaba y centelleaba a la luz del sol.

—Desde aquí es imposible llegar al tejado —comentó Julius— y, sin embargo, tiene que haber sido así como hizo desaparecer el cuchillo. El tercer cuchillo, el arma homicida.

—¿Quieres decir que ató el cuchillo a un cordón, lo lanzó por encima del tejado y dejó que cayera a la calle arrastrado por su propio peso?

—No, en ese caso la policía lo habría encontrado. El cuchillo sigue ahí arriba... Concretamente, en el interior del patio de luces.

—Pues, claro, ahí debe de estar.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Filine hecha un manojo de nervios—. ¡Podemos probar la culpabilidad del profesor!

—¡Tenemos que darnos prisa! El veredicto se emitirá dentro de dos horas como mucho.

Salieron al pasillo, desde donde se podía examinar el patio. En el muro de ladrillo había algunos resaltes esquinados, y Krosick propuso colocar encima el tablero de la mesa para tener una superficie firme en la que apoyarse. Emplearon todas sus fuerzas en arrancarle las patas al tablero y lo colocaron sobre el pozo. Bentheim se colocó a cuatro patas sobre él y avanzó con cuidado centímetro a centímetro. A derecha e izquierda había varios pisos de caída, pero comprobó que arriba, donde un cristal sucio y empañado dejaba entrar la luz del día, el pasador que abría el tragaluz estaba al alcance de su mano.

—Está atascado —constató Julius.

Tuvo que apoyarse contra él con todo su peso para que la clavija oxidada cediera. La ventana no se dejó levantar más de un palmo, pero fue suficiente para permitirle meter la mano y tratar de buscar el objeto a tientas. El primer intento no tuvo éxito, pero, en el segundo, los dedos de Julius dieron con una cuerda seca. Esta se había endurecido al sol y había quedado enganchada a un tornillo saliente.

—¡La tengo! —gritó emocionado. Entonces tiró de ella. Sus dedos palparon el material, duro y tosco, y dedujo que se trataba de fibras de cáñamo. Calculó la dirección en la que se había desenrollado la cuerda y llegó a la conclusión de que Botho Goltz nunca quiso como escondite el patio de luces, sino que desde el principio había pretendido dejar caer el arma por encima del remate del tejado, dentro de alguna chimenea. Buscó apoyo con los dedos para levantarse y, efectivamente, descubrió una chimenea de ladrillo, a los pies de la cual había una piedra que a su vez se unía a la cuerda de cáñamo. Julius volvió a mirar hacia abajo: el cordón ya había caído por el patio de luces de forma que sus amigos pudieran alcanzarlo.

—¡Ten cuidado! —le pidió a Filine—. No sea que el cuchillo se suelte.

—Lo tendré.

Se oyó el ruido de un objeto metálico que rozaba las tejas, y en ese momento Julius se dio cuenta de algo: no solo estaba tirando del cuchillo, sino también de una llave. La llave de la casa de Lene Kulm. Y entonces, por fin, cuando tuvo el arma y la llave en las manos, pudo soltarlas de la cuerda.

Poco después estaban descendiendo a toda velocidad por la escalera en penumbra, abarcando varios peldaños con cada zancada, corriendo por el patio interior, donde la luz del día los deslumbró, y atravesando el vestíbulo hasta llegar a la Marienburger Straße. Entonces miraron a su alrededor, sin aliento: un empleado que repartía un par de barriles en un carro tirado por bueyes,

institutrices de avanzada edad, varios niños... Nadie que pudiera serles de utilidad.

Krosick señaló a un comerciante altanero que trotaba sobre los adoquines a lomos de un caballito guarnecido con una brida dorada y una silla resplandeciente.

—¡Allí!

Julius lo entendió.

—Muy señor mío —el fotógrafo se dirigió al hombre de aspecto emperifollado y afeminado—, precisamos ayuda con urgencia. ¿Tendría usted la bondad de bajarse y prestarnos su caballo?

—¿Cómo se atreve? Óigame, caradura, ¡de eso ni hablar!

Krosick suspiró. Agarró el arnés, blandió el cuchillo del profesor con gesto amenazador y dijo:

—Jinetes más altos han caído.

—¡Qué escándalo! —exclamó lastimero el hombre cuando los dos desconocidos le bajaron de la silla. Temblando de ira y con la cara roja, se quedó en la acera mientras Julius se subía a la montura, cogía las riendas y recibía el cuchillo de manos de Albrecht.

—Muy señor mío, parece que le hemos puesto del hígado —dijo el fotógrafo con una sonrisa burlona—. Me apiadaré de usted y lo invitaré a tomar algo.

El dibujante, que entre tanto se había sujetado el arma entre el cinturón y el pantalón, calmó al caballo acariciándolo desde las crines hasta la cruz y comentó:

—¡Has dicho hígado, Albrecht! —Y con esas palabras espoléó al caballo.

—Ya ve usted, nuestro amigo se marcha al galope y nosotros dos tendremos que inventarnos ahora una rima hepática.

—¿Rima hepática? —El hombre lo miró desconcertado—. ¿No tiene nada mejor que hacer que pasarse el día borracho, cabeza hueca?

—No, la verdad es que no —rio Albrecht enganchándose del brazo del desconocido, que no sabía muy bien qué estaba pasando

—. Venga, gordinflón, echémonos algo al gaznate. El hígado es de lucio y no de corneja, ¡es el momento perfecto para un desayuno con cerveza!

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Julius Bentheim azuzó al caballo por las calles de Berlín. No era un gran jinete, pero al menos tenía la habilidad suficiente para llegar al Palacio de Justicia en menos tiempo del que habría tardado en el carruaje colectivo. Una vez allí, le entregó apresuradamente el animal a un mozo de cuadra y rodeó el edificio a toda prisa hasta la entrada principal.

En el interior se arremolinaba un gran gentío. Todo el mundo estaba en pie para presenciar el desenlace del juicio. Los presentes discutían animadamente en grupos grandes y pequeños, los enviados especiales de los periódicos de mayor tirada de Berlín se abalanzaban como una jauría sobre cualquiera que en su opinión estuviera relacionado con el caso y los alguaciles se las veían y se las deseaban para imponer un poco de orden en semejante caos.

Bentheim se abrió paso a codazos entre la multitud. La carrera a caballo le había agotado y ahora, además, el sudor le manaba de todos y cada uno de los poros de su piel. El Palacio de Justicia se había convertido en una sauna. Por todas partes se veían camisas empapadas, ropa húmeda y adherida a los cuerpos. Paró a un alguacil con la mano; era el mismo que lo había recibido en calidad de dibujante el primer día del juicio.

—¡Lléveme con Johann von Jänert! Es urgente.

—Mira tú por dónde: el señor Bentheim. Si quiere hacerle un retrato al juez, ha elegido usted al hombre equivocado. Entre nosotros, le diré que es un cascarrabias.

Lo agarró con fuerza del hombro.

—¡No lo entiende! ¡Tengo que verlo! Ahora. —Se señaló la cintura del pantalón y se levantó un instante la camisa para que el guardia pudiera echar un vistazo al cuchillo—. El arma homicida —le susurró.

—¡Dios mío! ¿Lo dice en serio?

Bentheim asintió con gravedad.

Los movimientos del alguacil se volvieron enérgicos. Como si de un experto timonel en alta mar se tratara, se abrió paso entre las olas de espectadores sorteando hábilmente los escollos. Se detuvo delante de una sencilla puerta que conducía a una de las antesalas y la abrió.

—Sígame.

Bentheim entró y, una vez se cerró la puerta, cuya parte interior estaba acolchada, el ruido exterior solo les llegó sordo y amortiguado. El alguacil le pidió que esperara y desapareció por otra puerta. Pocos minutos después, regresó.

—Puede pasar.

Condujo al joven a través de una serie de tres pequeñas estancias que desembocaban en el despacho del juez. Jänert estaba sentado tras un escritorio abarrotado de papeles. Documentos y libros se apilaban unos junto a otros, desordenados y revueltos a más no poder. En un rincón había un busto del que colgaba su peluca, y a Julius le llamó la atención que, en contra de lo que había supuesto en un principio, el juez estuviera prácticamente calvo. En la pared contraria, un reloj de pie con un inmenso péndulo relucía sobre una cómoda.

—Siéntese, señor Bentheim.

Señaló una silla y Julius tomó asiento mientras el propio juez se apoyaba en el borde del escritorio. El alguacil se despidió con una reverencia y dejó a solas a los dos hombres. Un joven y un anciano.

—Parece que ha encontrado usted algo, ¿no es así?

—No solo lo parece, señoría.

Jänert carraspeó.

—Ha encontrado usted algo que, al parecer, está relacionado con el caso Goltz, ¿no es así?

—Como ya le he dicho, no solo lo parece, señor presidente. Es la llave de la casa de Kulm y el cuchillo con el que se cometió el crimen.

Jänert replicó con rabia:

—No me gusta repetirme, señor estudiante: ha encontrado usted algo que, al parecer, y digo *al parecer*, está relacionado con el caso Goltz, ¿me ha entendido? ¡Muéstremelo!

Las manos de Bentheim temblaban ligeramente cuando se soltó del pantalón el arma con el filo ensangrentado y la llave y se las entregó al juez. Jänert dejó ambos objetos detrás de sí con gesto indiferente y se volvió de nuevo hacia el dibujante.

—¿Qué pretende, Bentheim? Comparta conmigo sus razonamientos.

—Señor juez, no comprendo...

—¡Por el amor de Dios! —exclamó el anciano—. ¿Qué pensaba que sucedería? —Señaló el reloj—. *Tempus fugit*, Bentheim. El veredicto se pronunciará dentro de pocos minutos. Hace rato que el jurado ha tomado una decisión. ¿Quién se cree usted que es? ¿El vengador que aparece a última hora? ¿Un *deus ex machina*? Tachán... ¡Bentheim ha llegado con el arma homicida! Saltémonos la legislación vigente, invalidemos todo aquello que hace de Prusia un Estado de derecho para condenar a un culpable manifiesto...

—Señor juez, yo...

—¡No me venga con esas ahora! Las conclusiones se han expuesto, el jurado ha deliberado. Dejemos que la historia siga su curso.

—¿Y ya está? —se indignó Julius. Clavó las puntas de los dedos en el respaldo de la silla.

—Ha llegado a mis oídos que es usted un muchacho de gran talento —replicó Johann von Jänert—. Aprenda de esto, Bentheim. ¡Aprenda y no se le ocurra tomar ejemplo de ese maldito Theodor Görne! Si hubiera muchos más como él, ya podríamos irnos a casa.

Y, ahora, esperemos al menos que el rayo divino del conocimiento haya caído sobre el jurado.

Todos y cada uno de los asientos de la sala de vistas estaban ocupados. Daba la sensación de que en los bancos se apelotonaba el doble o el triple de curiosos de los que cabían en la estancia. Cuando el grupo de jueces entró en la sala, el público se puso en pie. Los señores Jänert, Polte y Lipinsky, que tomaron asiento delante del acusado con semblante sombrío, parecían los tres jueces del inframundo.

Johann von Jänert se pasó el dedo corazón por el cuello de la toga y se lo aflojó. Por un momento cruzó la mirada con Julius Bentheim, después miró la hora y llamó con la cabeza a uno de los alguaciles.

—Haga entrar al jurado —le ordenó.

En la estancia, a lo largo de todo el juicio, había reinado una tensión latente, tan sofocante como el bochorno veraniego. Pero la tensión se disipó en el mismo momento en que se abrió de golpe la puerta de la sala del jurado y el alguacil dio paso a los doce hombres que dictarían sentencia. Una vez que todos tomaron asiento, Jänert levantó la mano y advirtió:

—Ruego a los asistentes que no interrumpan el anuncio del veredicto. Tengan presente que si percibo la menor perturbación durante las diligencias, ordenaré despejar la sala. Prosiga, alguacil.

El hombre con el que había estado hablando Bentheim hacía más o menos una hora cumplió con estoicismo sus deberes. Para hacerse oír, golpeó el suelo con un bastón —un gesto tradicional completamente innecesario— y dijo:

—Miembros del jurado, ¿han alcanzado un veredicto? Y, si es así, ¿quién lo pronunciará en su nombre?

Un caballero corpulento con un cuello de toro empapado por el sudor, se puso en pie.

—Yo, señor. Yo soy el portavoz.

—¿Cuál es su veredicto?

El hombre se secó la frente con un pañuelo, miró a Botho Goltz, que le sonreía, y declaró con voz firme:

—Declaramos al acusado no culpable.

La sala quedó sumida en un estado de estupefacción y consternación. Jänert alzó la mano en señal de advertencia al oírse un breve suspiro contenido. El alguacil obedeció una señal de aprobación del juez y prosiguió rápidamente:

—Miembros del jurado, ¿confirman bajo juramento que declaran al acusado, el profesor Botho Goltz, no culpable de homicidio? ¿Lo confirman todos ustedes?

El jurado respondió con solemnidad:

—¡Sí!

La sala de vistas despertó súbitamente de su letargo. El barullo creció, un par de mujeres se echaron a llorar mientras varios hombres abucheaban amenazantes con los puños en alto. La mirada de Bentheim vagó por el caos hasta recaer sobre el profesor: un rostro enrojecido y seguro de su victoria que parecía burlarse de todo y de todos los que lo rodeaban.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Hasta bien entradas las primeras semanas de octubre de 1865, entre los ciudadanos del Berlín había existido cierta unanimidad con respecto a qué tema ofrecía una fuente inagotable de debates. Unos meses atrás, en las calles se hablaba aún de la Guerra de Secesión, del castigo al asesino de Lincoln y de los Estados Confederados de América, que no vivían precisamente sus mejores días. En resumen: la atención se centraba en asuntos de ultramar. Sin embargo, cuando allí dejaron de producirse acontecimientos interesantes, la conversación en los cálidos días de verano enseguida derivó hacia Bismarck y la cuestión de Schleswig. Y, ahora que el otoño había comenzado, se hablaba sobre todo del profesor Botho Goltz.

En los días posteriores a la emisión del veredicto, el profesor se dejó ver en contadas ocasiones. Las personas involucradas en el juicio se abstuvieron de hacer declaraciones públicas y nadie se vio movido a aclarar las dudas razonables que habían surgido entre los miembros del jurado. Pero la opinión pública no daba tregua y reclamaba la condena a un culpable. Los medios ardían en rumores y varios periódicos pedían enérgicamente la cabeza del novio de la pobre Lene Kulm, que tan trágica muerte había sufrido.

Más allá del circo mediático, el nuevo semestre había comenzado en la universidad, y Albrecht y Julius se dedicaban a sus estudios con esfuerzos renovados. Esto tuvo como resultado que las horas en común de las que disfrutaba el dibujante junto a su amada fueran más bien escasas, pero también más valiosas.

—Las cosas son como son —comentó apesadumbrada Filine Sternberg una noche al terminar de leer un artículo del *Spenersche Zeitung* en el que un joven y prometedor abogado anunciaba que pretendía llevar a juicio a Gregor Haldern. Como si no hubiera nada más importante en el mundo, la justicia no vacilaba en formular querellas, tomar juramento a miembros de tribunales populares e intentar arrastrar al prometido de Lene ante el juez. Naturalmente, resultaba imposible encontrar a un abogado dispuesto a trabajar *pro bono* para aquel pobre diablo. Haldern tenía todas las de perder.

Lo que siempre había desconcertado a Bentheim era el hecho de que Haldern se hubiera mostrado tan flemático la noche del crimen. ¿Estaría borracho y, por lo tanto, durmiendo la mona? ¿Le había paralizado el miedo? Sabía que si no se hallaba una respuesta aceptable a estas preguntas, sus perspectivas no serían nada halagüeñas, ya que el abogado de oficio que le habían asignado no tenía apenas experiencia: acababa de salir de la universidad y aquel era su primer caso. La sentencia se dictó el 11 de octubre: Gregor Haldern fue condenado a morir en la horca. La ejecución pública tendría lugar la tarde del sábado siguiente, tres días más tarde.

El miércoles en el que se conoció la noticia, Albrecht Krosick visitó a Filine y a Julius en la buhardilla después de las clases de la tarde. Traía consigo, para dárselas, dos gruesas novelas: *El tío Silas*, de Sheridan Le Fanu, y *La dama de blanco*, de Wilkie Collins, en traducción de Marie Scott. Aprovechó para hablarles de los últimos acontecimientos.

—Ya es oficial —declaró—. Lo colgarán el sábado.

—Pobre desgraciado.

Filine se volvió hacia el ventanuco y dejó vagar la mirada sobre los tejados de las casas de vecindad.

Krosick prosiguió:

—Pero eso no es todo, amigos míos. El profesor ha anunciado una ponencia semipública justo para el domingo a las tres de la tarde. Como representante de la Sociedad Antropológica Renan y Feuerbach, se ha permitido invitar a varios personajes ilustres. La

conferencia se celebrará en la Academia de las Artes. He tenido la suerte de conseguir dos entradas.

—¿Y sobre qué versará su ponencia? —preguntó Bentheim, que tenía un mal presentimiento. Sabía que la fecha no había sido elegida por casualidad.

—Se trata de una disertación con un título de lo más elocuente: «*Ars necandi*: sobre el arte de la muerte».

—Es decir, sobre el asesinato —dijo Filine mientras se apartaba de la ventana—. Es un tipo despreciable. Jamás en mi vida había visto en nadie tanto cinismo y tan poco aprecio por el ser humano. Casi da la sensación de que el homicidio no fuera para él más que un juego intelectual.

—Es probable que así sea —respondió Bentheim rodeándole la cintura con el brazo. A Filine le había vuelto a crecer el pelo, que ya le medía centímetro y medio. Aquello le hacía parecer un muchacho. Con el orgullo de una joven liberada de las cadenas de su padre, se había negado a llevar peluca. Todavía se escondían del asedio del pastor, aunque Bentheim se había permitido solicitarle por escrito una entrevista. Sin embargo, la carta, con la dirección de la viuda Losch como remitente, aún no había recibido respuesta.

—¿Me acompañarás, Julius?

—¿A la ponencia?

—A eso también —dijo el fotógrafo, guardándose muy bien de mencionar por su nombre la ejecución de Haldern.

El dibujante no se atrevió a mirar a Filine cuando aceptó la invitación de Krosick.

—Es un hombre malvado —susurró la hija del pastor—, un hombre profundamente malvado.

Permanecieron en silencio largo rato, hasta que Krosick se levantó y le estrechó la mano a Julius. Para relajar la tensión del ambiente, dijo como de pasada:

—Me temo que debo despedirme... Tengo una cita importante en la clínica de recuperación de madres.

Pero ni Julius, que sabía que era así cómo Albrecht se refería al burdel, ni Filine esbozaron sonrisa alguna.

El sábado por la mañana la gente acudió en masa a Molkenmarkt. Todo el mundo quería presenciar la ejecución del asesino declarado de Lene Kulm. Los vendedores llevaban bandejas colgadas del cuello llenas de pasteles; se ofrecían bebidas frescas y también había chucherías para los niños. Bentheim y Krosick se situaron un poco apartados a propósito, alejados del emplazamiento donde tendría lugar el ahorcamiento. Para ello cruzaron la Grunerstraße y, delante de la obra del nuevo ayuntamiento, se subieron a las cajas que contenían los ladrillos rojos para la fachada. Desde allí disponían de una buena perspectiva del patíbulo.

Detrás de ellos se alzaba una pared a medio terminar. La torre, diseñada por el arquitecto Friedrich Waesemann, ya había alcanzado una altura imponente y pronto superaría incluso la de la iglesia de San Nicolás. Los dos amigos se sentaron en el borde con las piernas colgando y miraron en dirección sur, donde la gente se movía de un lado para otro como las mareas entre los postes de un embarcadero. Se empujaban y se abrían paso entre el gentío, estirando el cuello para ver mejor. El edificio situado junto al palacio del mariscal de campo Von Grumbkow, que albergaba la jefatura de policía y el calabozo municipal, había sido durante años la sede de producción del monopolio estatal de tabaco. Varios hombres apostados junto a aquel edificio siguieron el ejemplo de los dos amigos y cruzaron también la Grunerstraße. Se apoyaron en la parte inferior de la pila de cajas sobre la que estaban sentados y se encendieron unos puros cuyo humo azulado ascendió hasta los dos estudiantes. Bentheim no pudo evitar pensar que antes toda aquella zona debía de oler así.

Un murmullo recorrió el público de la zona delantera y atrajo la atención de Julius y Albrecht. Desde la puerta del palacio se acercaba una procesión de dignatarios. A juzgar por sus togas,

entre ellos había dos o tres juristas, así como varios gendarmes. Les acompañaban dos músicos y un sacerdote. En medio de todos ellos, esposado con cadenas de hierro, se distinguía la desgraciada figura del reo. Halder tenía el rostro hundido y un aspecto desalentado, pero no hasta el punto de que pareciera haber asumido su destino. El público berlinés semejava una asamblea enajenada; las gentes se comportaban como buitres que hubieran avistado un cadáver en la lejanía y que hubieran acudido a toda prisa desde cada rincón de la ciudad a dar buena cuenta de él.

La comitiva se dirigía con paso solemne hacia el patíbulo, separado de la multitud por unas inmensas barreras de madera. La algarabía fue disminuyendo hasta que sobre la plaza cayó un silencio únicamente interrumpido por los gritos aislados de los vendedores que anunciaban su mercancía. Incluso los albañiles de la obra del ayuntamiento pararon de trabajar y se situaron en el balcón de la primera planta, que ya estaba terminado.

El patíbulo consistía en un entarimado apoyado sobre travesaños. A derecha e izquierda de la construcción, los carpinteros habían fijado dos gruesos postes cuadrados cuyos extremos superiores quedaban unidos por una sólida viga. Del centro colgaba una soga, y justo debajo había una trampilla. Dos verdugos, vestidos con calzas hasta la rodilla y capuchas negras que ocultaban sus rostros, comprobaban el mecanismo mortal con total parsimonia. La imagen evocaba un retablo medieval. Los dos amigos presenciaban el espectáculo con una mezcla de rechazo y fascinación.

—¡Eh, joven Bentheim, écheme una mano! —El dibujante oyó una voz familiar que lo sacó de sus macabras reflexiones. Bajó la mirada. Vio que un brazo se extendía hacia él y que el hombre de bigote al que pertenecía le guiñaba un ojo.

—¡Venga, ayude a subir a un viejo simpatizante de la revolución!

—Señor Fontane, ¡qué alegría verlo aquí!

—¡«Fontan»! Sin «e», simple y llanamente «Fontan». ¿Cuántas veces tendré que repetirlo?

Julius y Albrecht lo ayudaron a subir junto a ellos. El literato, de cuarenta y seis años, respiró profundamente al sentarse entre los dos amigos y dejó vagar una mirada triste sobre el gentío.

—Nuestro Señor no juega al trueque —comentó—. Esa pobre chica, Lene Kulm, no volverá a la vida porque se le rompa la nuca a ese hombre. Repugnante. Lo que se celebra aquí es sencillamente repugnante.

—Y, sin embargo, no ha querido usted perderselo.

—Sí, ha dado en el blanco —dijo pensativo—. Creo que fue Horacio quien atribuyó a la humanidad una curiosidad innata por la crueldad.

—Por cierto, lo hacía a usted en Suiza. —Julius buscó un punto de partida para la conversación.

—Efectivamente, allí he estado. Todo un mes, desde finales de agosto hasta finales de septiembre. Ha sido un viaje familiar: Emilie, los niños y yo. Hemos estado en el Rin y en Suiza. Y he vuelto a escribir.

—¿Baladas y canciones prusianas?

—Se equivoca, Bentheim; un diario de la guerra de Schleswig-Holstein.

—Duro de roer.

—¡Pero no tan burdo como el espectáculo de ahí delante!

Fontane señaló en dirección sur, donde las fachadas de varios pisos de los palacios de la nobleza dotaban de un aire espeluznante a la imagen del patíbulo. El condenado ascendió los escalones de la estructura y se colocó bajo la cuerda, que se balanceaba suavemente al viento. Uno de los verdugos le puso la soga al cuello a Haldern, apretó el nudo y le tapó la cabeza con una capucha negra. Después se la enrolló como un gorro para que los ojos quedaran al descubierto.

La mirada de Haldern vagaba con inquietud.

La persona que se acercó a él llevaba un libro en la mano derecha, lo que hizo suponer a Bentheim que se trataba del pastor. En efecto, el hombre alzó la voz para entonar una oración. Las

palabras, pronunciadas en un tono nasal y espantosamente infantil, habrían provocado una carcajada general de no ser por la angustiosa seriedad del momento.

—Padre nuestro —dijo el clérigo con énfasis, y el silencio cayó como una mortaja sobre los allí congregados—. Por todas las pobres almas del purgatorio te entrego en ofrenda el sufrimiento y las oraciones de penitencia de mi vida, así como todas las que se ofrezcan en mi nombre tras mi muerte. En comunión con Jesús, María y todos los santos, intercedo en favor del poder y la gloria de la fe celestial. Amén.

—¡Amén! —resonó en la plaza.

Aquella pequeña palabra se le escapó incluso al escritor sentado junto a Bentheim y Krosick, a pesar de que se preciaba de unas ideas tan realistas y pragmáticas.

Otro hombre, este vestido con toga, dio un paso adelante y se dirigió a Gregor Haldern, pero el patíbulo estaba demasiado lejos para oír la conversación en voz baja que se celebró entre ambos. El hombre insinuó un movimiento y los verdugos volvieron a cubrirle los ojos con la capucha al delincuente. Se elevó un redoble de tambores que dejó a los espectadores con el alma en vilo, y cuando los músicos callaron por fin, la trampilla del suelo se abrió...

CAPÍTULO VEINTISÉIS

En la madrugada del día siguiente una fuerte tormenta de otoño se desató sobre Berlín, como para limpiar la ciudad de toda su inmundicia. Al mediodía el agua aún goteaba de las ramas de los árboles. Las calles estaba cubiertas de hojas, las ramas arrancadas esperaban a ser recogidas para liberar la calzada a los coches y los carruajes tirados por caballos. Julius Bentheim, que se lamentaba por la suerte de su novia, no dejó pasar la oportunidad de aprovechar el mal tiempo para hacer algo bueno.

—No hay ni un alma por la calle, Fili —dijo confiado—. Salgamos a comer como es debido.

Por una vez ella también dejó a un lado la precaución y aceptó la propuesta. Se puso la cofia que hacía juego con su único abrigo y se cogió del brazo de su novio. Había estado encerrada mucho tiempo, como un pájaro enjaulado, y tenía ganas de disfrutar del aire fresco que inundaba el barrio. Los enamorados vivían con el temor constante a que los descubrieran, ya fuera el padre de Filine o el funcionario en comisión de servicio que pronto aparecería para inventariar las pertenencias del ajusticiado y habilitar la vivienda para que volviera a alquilarse.

Dirigieron sus pasos a una fonda cercana. Era demasiado tarde para desayunar y demasiado temprano para comer, así que por el momento se contentaron con pedir bebidas. Charlaron durante una hora, después pidieron ensalada y solomillo con patatas salteadas y se abalanzaron sobre la comida.

—¿Y qué sucederá ahora, Julius? —preguntó Filine entre bocado y bocado.

—¿Te refieres a nosotros?

Ella asintió.

—En dos o tres semanas como máximo tu padre tendrá que escucharnos.

—Eso sería en el mejor de los casos, querido. Pero la ley del secuestro que tan a menudo citas dice, sin embargo, que los padres de una hija raptada aceptarán de inmediato el matrimonio para no alimentar el escándalo.

—Ese habría sido el plan si tu padre no hubiera contado en su congregación que estás visitando a vuestros parientes de Bremen.

—¡Pero si ni siquiera tengo parientes en Bremen!

Bentheim dejó el tenedor y cogió la mano de Filine Sternberg.

—Filine, el asunto es enrevesado. Por Albrecht sé que Lembke ha encontrado otro puesto de trabajo y que ahora limpia en la casa de un comerciante al por mayor. Tu padre está solo y no rinde cuentas ante nadie. Creo que está esperando a que seamos nosotros quienes demos nuestro brazo a torcer. Mientras nadie sepa que te has escapado, seguirá esperando. Y a nosotros tampoco nos interesa armar un escándalo.

—No sé por qué, pero no me había imaginado que sería así —dijo Filine afligida. En esos momentos no existía nada capaz de estimular la desbordante imaginación de una jovencita como ella—. A estas alturas esto se ha convertido en nada más y nada menos que un asunto bastante inmaduro, Julius. En algo sin rastro de romanticismo.

—No te preocupes, Fili —dijo Bentheim—. En algún momento cederá. Tendrá que hacerlo.

Por la tarde, cuando volvieron a la buhardilla, Albrecht Krosick recogió a Bentheim. Había llegado en un coche de punto que esperaba abajo a los dos estudiantes. El chófer les llevó a Dorotheenstadt, donde se encontraba la Academia Real Prusiana de las Artes, situada sobre las caballerizas. A diferencia de Krosick,

que entraba allí por primera vez, Bentheim conocía el edificio de arriba abajo, ya que era en ese lugar donde había recibido de joven sus primeras clases de pintura.

Los dos amigos atravesaron la entrada y llegaron a una larga galería en la que los bustos de los primeros doce emperadores de Roma descansaban sobre ménsulas. A la izquierda, seis salas se alineaban una tras otra.

—Aquí, en esta aula, me familiaricé con el arte del dibujo —le contó Julius—. En las otras se solía pintar a partir de calcografías, dibujos originales de los maestros, figuras de yeso y pequeños modelos.

—¿Y allí atrás? —preguntó Albrecht dirigiendo sus pasos hacia las últimas salas.

—En la quinta estancia se impartían clases de anatomía, perspectiva, geometría... Pero es probable que nuestro destino sea la última sala. ¡Mira, un cartel!

Efectivamente, el camino a la conferencia estaba perfectamente señalizado. La puerta del final del pasillo solo estaba entornada y dejaba salir un murmullo sordo de voces. Entraron en una sala reconvertida en aula. Delante se había colocado una cátedra, y junto a ella había una pizarra con ruedas en la que se leía una cita de Schelling que resultaba extremadamente cínica, sobre todo por encontrarse fuera de contexto: «Los espíritus elevados están por encima de la ley». También había siete docenas de sillas dispuestas en siete filas, dos tercios de las cuales estaban ya ocupadas. Los colores predominantes eran el marrón y el negro de las levitas y los abrigos de verano de los caballeros. El rojo vivo de un sombrero de mujer era la única nota discordante en medio de aquel oscuro desierto cromático. La dueña de dicho sombrero volvió la mirada hacia los recién llegados y les hizo señas con la mano.

—¡Aquí, señor Bentheim! Aún quedan algunos sitios libres... —Era Fanny Lewald.

Julius y Albrecht aceptaron la oferta. Se unieron al grupo que rodeaba a la literata, y Bentheim les presentó a su amigo. Junto a

Fanny se encontraba Retcliffe, así como el marido de la dama, Adolf Stahr, que también escribía. Intercambiaron algunas fórmulas de cortesía y Bentheim se alegró de que Albrecht, que había analizado con mirada experta y veloz la fea papada de la autora, hubiera mantenido el pico cerrado por una vez y no hubiera metido la pata.

—Un tipo fascinante, este profesor. —*Sir* John Retcliffe dirigió la conversación hacia el tema del día—. Si bien se le ha declarado jurídicamente inocente, es probable que en el aspecto moral sea responsable de aquello por lo que se le acusa. De esta ponencia me interesa sobre todo lo que respecta a la culpa y a la motivación para asumirla.

—Estoy de acuerdo, *sir* John —dijo Fanny Lewald, al mismo tiempo que se drapeaba los pliegues de la falda y con la mano derecha buscaba la izquierda de su esposo—. Todo el que haya seguido las noticias de los periódicos conoce el desenlace del caso Kulm. Solo queda la incógnita de saber cuál fue el móvil. ¿Qué opina usted, señor Bentheim?

Julius, que se había sentado a la izquierda de la mujer, respondió:

—He tenido la suerte o la desgracia de haber vivido el juicio de primera mano, y puedo decirles que también es el único aspecto que me interesa. Pero miren, en la primera fila: ¡ha invitado incluso a los investigadores del caso!

Hizo un gesto con la cabeza señalando hacia donde se encontraban los comisarios Horlitz y Bissing, que justo estaban colgando sus ligeras chaquetas de verano del respaldo de sus asientos.

—El profesor debe de estar muy seguro de sí mismo para invitar a sus mayores adversarios —comentó Adolf Stahr.

—Ya no puede pasarle nada —intervino Krosick, que seguía fascinado la conversación desde uno de los extremos de la fila. Con el cuerpo ligeramente inclinado para que Stahr y Retcliffe también pudieran verlo, se explicó—: Uno de los principios más importantes de nuestra legislación es que una persona no puede ser juzgada

una segunda vez por el mismo crimen. *Ne bis in idem*, como se diría en latín. Al parecer, el principio se remonta a Demóstenes, y por ende a los griegos. Se fundamenta en el hecho de que una sentencia dictada es legal, pero también definitiva. En general, esto protege a los ciudadanos de una persecución arbitraria. Así, un tribunal no puede celebrar sesión tras sesión hasta que se emita el veredicto deseado.

—Pero ¿y si un asesino confesara el crimen...? —preguntó Fanny.

—Eso espera usted, ¿verdad? —dijo Albrecht divertido.

—Si con su comentario quiere usted hacer referencia a la curiosidad por el sensacionalismo, supuestamente innato en las mujeres, me temo que debo decepcionarlo, joven. El caso me interesa meramente desde el punto de vista intelectual.

Antes de que su amigo pudiera replicar, Bentheim lo interrumpió señalando hacia la cátedra.

—Ya empieza —dijo.

Un joven se había acercado al estrado y había dejado una pila de papeles encima. El público enmudeció poco a poco, y una vez se marchó aquel hombre, que parecía, a todas luces, un simple empleado de la universidad, el profesor entró en la sala.

Bentheim se quedó mudo al ver el aspecto que ofrecía Botho Goltz. Llevaba la misma indumentaria que la noche del crimen: un elegante traje de caballero compuesto por un pantalón gris de tirantes abotonados y una levita larga. Tampoco faltaba el chaleco estampado. Para Horlitz y Bissing aquello debía de encarnar la imagen misma de la burla.

El pelirrojo profesor avanzó indolente hacia la cátedra; más que andar, parecía que se pavoneaba. Nada más llegar se inclinó, primero hacia la izquierda y después hacia la derecha, al tiempo que una sonrisa de suficiencia le asomaba a los labios. Se había arreglado la barba, que resplandecía a la luz que entraba por las ventanas. Con ese semblante decidido, se parecía más que nunca a la representación de Barbarroja de una calcografía coloreada de

Christian Siedentopf; con la única diferencia de que no llevaba casco y su barba era más corta.

Afable y con determinación, Botho Goltz anunció:

—¡Queridos amigos, estimados invitados...! A continuación pronunciaré una conferencia sobre la perfección en un sentido muy peculiar, ampliamente representada no tanto en la vida real como en la literatura criminal: les estoy hablando, sí, del asesinato perfecto. Para ello no emplearé lugares comunes, banales y trillados, sino que más bien evocaré aquello que despierta el lado onírico de todos nosotros.

Realizó un gesto de preparación, cogió las hojas que tenía delante y prosiguió:

—La perfección de un crimen, estimado público, consiste para muchos en la imposibilidad de resolverlo. A la inversa, se deduce que si la policía apresa a un culpable, el crimen no es completo. Por lo tanto, me gustaría esbozar en unos pocos puntos cómo es posible darle sentido a la afirmación: «X es un asesinato perfecto». Hace varios meses se produjo entre varios miembros de la Sociedad Antropológica Renan y Feuerbach de Berlín una discusión en torno a esta misma idea conductora, ¿no es cierto, señor Bissing? ¿Lo recuerda?

Desde lo alto, miró con desdén hacia la primera fila. Bentheim percibió que el comisario se mordía el labio y no se movía. Tenía el rostro petrificado.

—Bien, que podamos afirmar esto depende de varios factores: del arma homicida, de la víctima, del móvil, de los hipotéticos testigos o de la coartada, por mencionar solo algunos de ellos. También debe mencionarse el siguiente criterio: que el asesinato no se reconozca como crimen. Sin embargo, todas las definiciones conocidas del crimen perfecto son limitadas. Solo porque un asesino no haya sido apresado semanas, meses o incluso años después, no significa ni por asomo que haya logrado cometer un asesinato perfecto. Recurramos, pues, a la *Metafísica*, de Aristóteles, en la que se afirma que algo puede considerarse cumplido cuando ya no

puede superarse. Por lo tanto, un asesinato solo podrá considerarse *completo* cuando el asesino ya no pueda ser apresado. Y es aquí, señores míos, cuando nos encontramos con el problema: cualquier asesino que no haya sido detenido se expone al riesgo de ser declarado culpable por el crimen en algún momento. Esto podría suceder en su vejez o incluso después de la muerte; nadie está a salvo de ello. Lo que quiero esbozar hoy es mi explicación de cómo hurtarse a dicho peligro. Sin embargo, primero expondré un par de observaciones generales en torno al tema desde un punto de vista moral. Los espíritus críticos harán notar que matar a alguien constituye un crimen ante Dios. A este respecto leí en una ocasión un divertido relato sobre un pobre hombrecillo que sufría delirios de grandeza y un acusado complejo paterno. Creo recordar que el libro se llamaba Nuevo Testamento o algo así, y que en él se ejemplificaba con extrañas parábolas que no debe uno molestar a su prójimo.

En ese momento, el atento Retcliffe se inclinó hacia delante y a Bentheim le pareció oír un gorgoteo de satisfacción.

—Las supuestas libertades por las que se luchó en la Revolución francesa, y que después volvieron a perderse, también hablaban de la igualdad entre las personas. Pero, a día de hoy, no existen pruebas concluyentes que justifiquen esta opinión. Bien al contrario: la ciencia moderna parte del supuesto de que el destino y el carácter de las personas está determinado por su herencia genética, su medio social y la época histórica en la que viven. Una de las mentes más geniales de nuestro tiempo, el profesor de Estética e Historia del Arte de la École des Beaux Arts de París, Hippolyte Taine, describió con detalle esta teoría del entorno en el prólogo de su recientemente publicada *Historia de la literatura inglesa*. Según él, la aportación espiritual, cultural e incluso histórica de un pueblo o de una nación puede reducirse a un sencillo denominador común: las personas creativas exhiben la pertenencia a su propia raza, mientras que a las personas menos creativas podría atribuírseles una raza diferente. Si el medio social y la herencia conforman un

condicionamiento del que no se puede escapar, yo les pregunto, estimado público: ¿sigue siendo cada uno de nosotros un individuo especial, valioso? Todos los seres humanos somos supuestamente hermanos. Pero yo le pregunto a usted, sí, en concreto a usted, señora Stahr...

El profesor había avistado a la literata en medio del auditorio. Al dirigirse a ella personalmente y señalarla con el dedo, convirtió a Fanny Lewald en el centro de atención. Todas las cabezas se volvieron hacia ella; ahora ya solo importaba su reacción. Botho Goltz volvió a apelar a ella con deleite y prosiguió:

—Le pregunto a usted, señora Stahr, que con tanta vehemencia aboga por la igualdad, y le pido sinceridad en su respuesta: ¿es el negro guineano su hermano? ¿La india desnuda y embrutecida, su hermana? ¿El viejo y maloliente hotentote, su tío? —No esperó respuesta alguna, sino que se contentó con ver sonrojarse las mejillas de Lewald. Después añadió a la ligera—: Por lo que a mí respecta, podemos dar carpetazo a la extendida idea de que el mal no puede experimentarse sin el bien. Como el filósofo Alfredo Casanelli ha demostrado de un modo incontrovertible, el mal no es más que aquello que contradice las normas morales vigentes. Pero sí, como se ha comprobado, el negro guineano pertenece a una raza inferior a la nuestra, resulta por tanto natural que se le esclavice. Y, seamos sinceros: si alguien se deja tiranizar, es que de todos modos no vale nada. Pero ¿por qué apuntar a ultramar, por qué detenernos en África? Quiero transmitirles a todos ustedes la certeza definitiva de que no debemos dejar que esta terrible idea nos devore, sino que debemos jugar con ella. ¡Demos la bienvenida por una vez a la musa oscura, a lo que conocemos como el mal! Sumerjémonos con nuestra imaginación en la anormalidad, la repugnancia y la crueldad... Sigán sin reservas este razonamiento. ¿Quiénes son nuestros negros, nuestra raza subdesarrollada? Los desempleados, los alcohólicos, las putas y los envilecidos, por supuesto, que se arrastran fuera de sus agujeros una vez se ha puesto el sol y convierten nuestra ciudad en una cloaca de

enfermedad y degeneración. Los miserables y los retrasados, los tullidos y los criminales, los locos y los dementes. Bebedores violentos como Gregor Haldern y prostitutas pervertidas como Lene Kulm. En mi opinión, esa selección natural que, en forma de pico de pinzón, se apareció por casualidad ante un teólogo inglés, debería dar paso a una selección humana: los buenos al gozo y los malos al pozo.

El público profirió un grito de horror. Pero Goltz siguió con su disertación:

—En el mes de mayo de hace dos años asistí en Stettin a una asamblea de médicos y naturalistas alemanes. El zoólogo Ernst Haeckel, al que venero, presentó allí los resultados de su última investigación, y no puedo por menos que mostrarme de acuerdo con su conclusión de que en nuestra sociedad resulta inútil establecer normas éticas, ya que en la naturaleza únicamente perdurará aquello que permita la supervivencia.

—¡Basta! —intervino alguien del público—. ¡Es aberrante!

Bentheim no sabía quién había gritado, pero enseguida levantó la voz otro hombre.

—¡Es usted un degenerado!

Era Gideon Horlitz. Se había levantado y quería marcharse, pero Moritz Bissing, que temblaba de ira, lo agarró de la manga de la camisa y lo devolvió a su silla. El profesor retomó impasible el hilo de su exposición:

—Permítanme abordar por fin el núcleo de mi tesis, estimados oyentes. Pero para ello quiero atenerme a la afirmación, formulada por Aristóteles, en base a la cual un asesinato es perfecto cuando no puede apresarse al asesino. Para ampliar esta tesis, declaro: un asesinato es perfecto cuando el asesino es apresado, pero absuelto. A partir de entonces podrá despreocuparse, porque nadie podrá perseguirlo ya por sus crímenes. Y quiero añadir que no siento ningún cargo de conciencia por haber borrado de la faz de la tierra a esos dos parias de nuestra sociedad. ¡La porquería debe eliminarse y, por tanto, desde el principio tenía previsto acabar no solo con

Lene Kulm, sino también con Gregor Haldern! El criterio en el que fundamenté mi decisión fue simple: ¿qué vidas son inútiles? ¿Cuáles son más perjudiciales que beneficiosas para el bien común?

Dejó el último folio de su breve discurso sobre el púlpito y miró a su alrededor con una más que evidente jovialidad. Una mezcla de indignación y desconcierto se había apoderado de los presentes. Algunos se levantaron y se encaminaron hacia la salida en señal de protesta. Fanny Lewald y Adolf Stahr tampoco aguantaron en sus asientos. Dadas las circunstancias, se despidieron escuetamente, y Albrecht Krosick tuvo que encoger las piernas para dejar pasar a la pareja de escritores. *Sir Retcliffe* no sabía qué hacer. Siguió con la mirada a sus amigos, y justo después la volvió hacia la cátedra, donde Botho Goltz actuaba con la deferencia de un docente y respondía a las preguntas del público.

Se había formado un pequeño corro a su alrededor. Se dirigían a él, ahondaban en detalles delicados del asesinato y le preguntaban cómo se las había arreglado para hacer desaparecer el arma homicida, cómo había logrado engañar a la policía con lo evidente y por qué no había necesitado coartada. Él contestaba en tono resuelto y apacible. Julius y Albrecht se abrieron paso hacia la cátedra hasta llegar junto a Horlitz y Bissing y las demás personas que rodeaban al profesor.

—Mira tú por dónde: mi retratista del juzgado —comentó Goltz educadamente al ver a Bentheim delante de él—. ¿Fui un modelo agradecido?

—Más que eso —respondió Julius—. No concurre con suficiente frecuencia la circunstancia de que el personaje que tengo enfrente me fascine y a la vez me plantee tantas dudas.

—¿Así que aún tiene dudas? La sed de conocimientos de la juventud. Es loable, muy loable. ¿Qué le gustaría saber?

—Señor profesor, lo que más quebraderos de cabeza me produce es el extraño comportamiento de Gregor Haldern. ¿Por qué demonios no salió al pasillo mientras usted asesinaba a Lene Kulm?

Cuando los policías quisieron interrogarlo, parecía completamente aletargado.

Una leve sonrisa asomó al rostro del asesino al recordar la escena.

—Sí, sí, el pobre Gregor... —dijo meditabundo—. Era demasiado transparente. Cuando llamé a su casa para pedir prestado el cuchillo con el que supuestamente quería cortar los filetes, le regalé una botella de aguardiente en señal de agradecimiento por adelantado. El alcohol ofrecía la ventaja de disimular el olor del paraldehído y del láudano. Además, era evidente que en pocos minutos aquel bebedor habría vaciado por su gaznate todo el contenido de la botella.

—¿Simplemente lo aturdió?

—No quería que aquel tipo tan digno de compasión se enterara de lo bien que me lo pasaba con su novia —dijo con cinismo—. Habría sido cruel e inhumano, ¿no le parece? Debe usted saber que puedo llegar a ser muy sensible.

Botho Goltz se mesó la barba con las yemas de los dedos y, finalmente, se dirigió directamente al comisario Bissing cambiando de tema:

—Moritz, viejo amigo, como puedes ver he demostrado que existe el asesinato perfecto. ¡Voy en cabeza! Ahora depende de ti reducir mi ventaja y alcanzarme. ¿Crees que lo conseguirás? ¿Te ves capaz?

Las miradas de los presentes se dirigían ahora a su interlocutor. Todos esperaban tensos la reacción del policía, con interés pero también con simpatía. Cuando Bissing por fin carraspeó, cuatro docenas de ojos se clavaron en él. El comisario dejó con parsimonia la cartera que llevaba consigo encima del atril y la abrió. Sin decir palabra, introdujo la mano, sacó un libro —Bentheim se percató de que se trataba de *El conde de Montecristo*— y siguió rebuscando hasta extraer un par de guantes de piel. El dibujante seguía con interés febril los movimientos del policía, que se puso el guante

derecho, rebuscó en la cartera un brevísimo instante y volvió a sacar la mano para deslizarla en el segundo guante.

—Tener que felicitarlo encima por sus actos y darle la mano excede mis límites morales —dijo por fin—. Es usted un completo degenerado, Goltz. ¡Son las personas como usted las que deberían balancearse al viento en Molkenmarkt! —Se le había acelerado la respiración, y estaba poniéndose rojo—. ¡Deberían colgarlo! —siseó mientras apoyaba la mano en el antebrazo desnudo del profesor, presa de una creciente agitación—. ¡Es usted quien merece morir!

Todos los presentes comprendieron semejante arrebato, y nadie se lo reprochó. La mirada del comisario reposó durante unos pocos segundos sobre su mano. Después dio la impresión de que el mínimo contacto con el profesor le producía tal repugnancia que la retiró bruscamente. La presión había dejado una ligera mancha oscura en la piel de Goltz, que se masajeó la zona. El comisario recogió la novela y la cartera y se apartó.

—¡Eso, vete! —le gritó por detrás el profesor cuando él y Gideon Horlitz se encaminaron hacia la puerta con paso medido. Los demás los dejaron pasar apartándose a ambos lados y formando un pasillo que a Bentheim le recordó a las carreras de baquetas de los antiguos soldados—. ¡Vete, Moritz! —repitió el profesor con sorna—. *Dura lex, sed lex! Homo homini lupus...* —El rostro de mejillas redondeadas resplandecía ebrio de alegría y autocomplacencia.

Ya en la salida, Bissing se detuvo y se volvió una última vez. Se quitó los guantes de piel dándoles la vuelta por el dobladillo y los tiró con desprecio a un cesto trenzado de basura que había en el rincón. Aquel gesto simbólico fue lo bastante ofensivo para borrar por un momento la mueca arrogante del rostro del profesor.

—*Accipere quam facere praestat iniuriam.* —Bissing citó a Cicerón, y bajó la cabeza.

Julius Bentheim miró a uno y a otro, y observó con creciente angustia que el profesor clavaba los dedos en el tablero del atril. Los nudillos de las manos se le marcaban con un tono blanquecino. El comisario le dirigía una mirada penetrante mientras repetía:

—¡Sufrir la injusticia es mejor que cometerla, Botho!

Su tono era cortante, hablaba subrayando cada sílaba, y Bentheim se dio cuenta de que Goltz parecía estremecerse en cada golpe de voz. El profesor se inclinó hacia delante y abrió los ojos como platos; su mano izquierda resbaló de la mesa de la cátedra y se dio un fuerte golpe con la barbilla contra la madera. Cuando su inmenso cuerpo se desplomó hacia un lado, se produjo una sucesión de escenas tumultuosas. Botho Goltz se retorció en el suelo rodeado por varios hombres vestidos de negro, y su cabellera roja, visible entre las numerosas piernas, parecía un zorro ocultándose en la maleza por la noche.

—¡Auxilio! —gritó John Retcliffe con sangre fría—. ¿Hay algún doctor en la sala?

—Yo soy médico —respondió alguien que ya se estaba agachando sobre el profesor. Le tomó el pulso y, al no encontrarlo, le abrió la camisa para proceder directamente con las compresiones torácicas. Tras apretarle varias veces el tórax con fuerza, frotó con los dedos la zona comprendida desde el epigastrio hacia el pecho y, después de varios intentos que lo dejaron extenuado, lo dejó por imposible.

—El Señor da y el Señor quita —dijo lacónico al ponerse en pie, bajando la mirada hacia el inmóvil profesor, cuya panza rosácea recordó a los impresionados presentes a la de un cerdo cebado.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Con el comienzo de la nueva semana, los periódicos sensacionalistas se llenaron de especulaciones sobre la inesperada muerte del profesor. Las necrológicas fueron breves y escuetas, y habría hecho falta ser un auténtico idiota para no reconocer en ellas cierta malicia. Se dedicaron bastantes más líneas a las conjeturas y a los lugares comunes, en artículos en los que sé que evocaba con palabras patéticas la ira de Dios y se hablaba de justicia equitativa.

El jueves siguiente Julius Bentheim y Albrecht Krosick paseaban por el campus. Era la primera vez que se veían desde aquel memorable fin de semana y, sin darle demasiadas vueltas al asunto, se mostraron de acuerdo con la mayoría de los periodistas.

—Desde luego se lo merecía —comentó el fotógrafo.

—¿Alguna idea sobre la causa?

—El lunes me encontré con Bissing y le pregunté por el tema. Tenía prisa, pero mencionó algo de una cardioplejía y una insuficiencia cardíaca de nacimiento.

—¿Una parada súbita del corazón?

Krosick esquivó a un grupo de estudiantes mientras se dirigían a la entrada principal, y añadió:

—Era un sibarita, un vividor obeso y entregado al vicio. Tú mismo viste su barriga inflada, Julius. Y a ese tipo de personas la Parca las visita antes que a otras.

Siguieron hablando mientras entraban en el edificio y desaparecían en una de las sombrías aulas. La sala era estrecha y sofocante, y Julius recordó una observación de Heinrich Heine, que

ya había criticado esa misma circunstancia varios años atrás en uno de sus textos satíricos. Para colmo de la desgracia, el ventanal daba a la calle, y permitía distinguir en diagonal la Ópera, algo que para Julius constituía en ocasiones una inoportuna tentación y lo distraía de las clases.

Las filas se fueron llenando y un estudiante pálido y delgado, al que Julius también conocía de una clase de dibujo a la que habían asistido un año atrás, se sentó junto a los dos amigos.

—¿Ya os habéis enterado de las últimas novedades? —dijo en tono conspirativo cuando apareció el profesor y comenzó su disertación.

Bentheim se inclinó hacia él.

—No.

—¡Ha caído una maldición sobre nuestra vieja Academia de las Artes! —dijo con voz ahogada y en tono socarrón—. Primero se llevó por delante al profesor, y ahora al conserje.

—¿Ha muerto?

—¡No, por Dios! Pero, cuando se encontraba en la misma sala en la que Botho Goltz pasó a mejor vida, se le aceleró el corazón y perdió momentáneamente el conocimiento. Justo estaba vaciando la papelerera durante un descanso cuando de pronto se desplomó. Los presentes debieron de llevarse un buen susto, sobre todo estando tan reciente la muerte del profesor.

—¿Qué papelerera? —preguntó de repente el dibujante. Había levantado la voz más de lo que habría deseado, y el profesor interrumpió un instante su exposición para lanzar una mirada de amonestación al estudiante distraído—. ¿Qué papelerera? —repitió más bajo, pero no por ello menos nervioso.

—Pues no sé, una papelerera. ¡Qué más dará una que otra! Son todas iguales.

Julius Bentheim agarró a Albrecht del brazo con fuerza.

—¡Tenemos que irnos! —Porque él sí sabía que no era en absoluto indiferente qué papelerera estaba vaciando el conserje.

—¿Y ya se encuentra usted mejor?

—Tan estupendamente como antes.

El hombre de edad avanzada con el que hablaban llevaba un mono de trabajo en el que en ese momento se limpiaba las manos con una sonrisa. A sus pies había un cubo con un trapo y varias esponjas. Su cara arrugada y, en general, toda su presencia resultaban simpáticas, y sus respuestas eran amables. Se llamaba Jonathan Luck y llevaba más de tres décadas encargándose de la limpieza de la academia.

—Repítalo una vez más, señor Luck. Háganos el favor.

—Pues bien, como ya les he dicho, desempolvé al viejo Tiberio...

—¿El busto del emperador? —lo interrumpió Krosick.

—Sí, ese atrapapolvo tan feo del pasillo. Cuando terminé con él, fui a limpiar la cátedra y las sillas de la última sala. Hay que pasarles el trapo a conciencia una vez a la semana.

—¿Y entonces?

—Entonces iba a vaciar la papelera cuando vi esos magníficos guantes. Una señal divina, se lo digo yo. Pensé que un par como aquel me vendría muy bien para trabajar. No saben ustedes la cantidad de astillas que tengo que sacarme de los dedos al final de cada turno. No hay más que barandillas y revestimientos de madera por todas partes.

Julius preguntó con cierta inquietud:

—¿Los tocó?

—¿Los guantes?

—Sí.

—¡Pues claro! —contestó el hombre—. No iba a dejar escapar algo así. Pero en cuanto me agaché y los cogí, empecé a verlo todo negro. Ya no soy ningún chaval, ¿saben? Era como si aquella tela me hubiera producido alergia. En primavera me pasa siempre con el polen: me lloran los ojos. Cuanto mayor se hace uno, más achaques tiene.

—¿Y dónde están esos guantes ahora?

—Pues en la basura, claro. En algún vertedero de las afueras de la ciudad. ¿Qué iba a hacer con ellos si no?

—¡Dios mío! —suspiró Krosick—. ¿Podría, al menos, describirlos, señor Luck? ¿Cree que sería posible? ¿Eran de tafilete? ¿De dónbola? ¿De gamuza? ¿Qué aspecto tenían? ¿Parecían buenos o más bien baratos?

El conserje negó con la cabeza.

—Piel de cerdo corriente y moliente.

Albrecht señaló hacia abajo.

—¿Como estos trapos?

—Sí, exactamente así.

—Entonces, querido señor Luck, pregúntese por qué aquel tejido le provocó una reacción alérgica y este no...

Tomaron algo en una taberna obrera y, tras discutir cómo proceder, llegaron a la conclusión de que debían consultar el acta oficial de defunción del profesor en la jefatura de Molkenmarkt. Julius sacó el bloc de dibujo que siempre llevaba consigo en la carpeta y le pidió a la camarera la edición matutina de cualquiera de los periódicos de ese día. No tardó mucho en encontrar una fotografía apropiada de Botho Goltz y la reprodujo fielmente en una hoja.

—Este será nuestro billete de entrada —explicó mientras deslizaba el lápiz sobre el papel—. Fingiré tener que adjuntar al expediente mi retrato de la vista judicial.

—¿Y se lo creerán?

—Nadie le dará importancia —respondió Bentheim—. Ya he estado allí abajo, en el sótano. El vigilante nos dejará en paz. Le basta con que no lo molesten.

Efectivamente, Alexander Dresky, el corpulento vigilante del depósito de pruebas, dejó pasar a los dos visitantes a los archivos. Al igual que la última vez, estaba ocupado con un bocadillo y no

parecía dispuesto a dejar que lo incordiaran. Con la boca llena les dijo:

—¿Goltz? Donde las recién llegadas. Todavía no están ordenadas. Una caja abierta. No tiene pérdida.

El dibujante le dio las gracias y condujo a Krosick a la pequeña sala contigua donde se encontraba la mesa en la que Julius había repasado el archivo de Hackeborn unas cuantas semanas atrás. En el suelo, en una caja de madera, había una pila de documentos en completo desorden. Julius descartó varios hasta que al fin tuvo en sus manos el expediente de Goltz.

—¡Venga! ¿Qué dice? —quiso saber Albrecht.

Bentheim extrajo un par de formularios oficiales, así como un certificado médico que hojeó y del que citó un par de palabras clave que le parecieron importantes:

—No presenta pulso, prueba de pupilas negativa, temperatura corporal muy baja, hundimiento mandibular intervalado, movimientos en zona abdominal debido a contracciones espasmódicas del diafragma posteriores a la muerte clínica...

—¿No se produjo lividez *post mortem*?

—Aquí no dice nada.

—¿Se realizaron cortes en las arterias radiales? —preguntó Albrecht.

—Ni idea —dijo Julius—. ¿Para qué sirven esos cortes?

—Si brota sangre arterial, eso significa que la circulación sigue intacta.

Volvió a recorrer la hoja con la mirada para finalmente negar con la cabeza.

—No, nada.

—¿Quién fue el médico? ¿Virchow?

—Dr. med. Laurens —leyó Bentheim en voz alta—. No me dice nada.

—A mí sí —dijo Krosick sorprendido—. Un viejo borracho con el que he tenido que vérmelas en dos o tres escenarios del crimen. Deberían quitarle la licencia.

—¿Tan malo es?

El fotógrafo asintió. Bentheim, pensativo, se rascó la sien.

—Espera aquí —dijo por fin, y avanzó por las salas con aspecto de celda del depósito hasta llegar a la letra H, donde encontró la caja de documentos del caso Hackeborn. Se la llevó a Krosick y la dejó encima de la mesa. Al soltar el cordel, su mirada recayó sobre sus dibujos del lugar del crimen y sobre el expediente del juez de instrucción. El sello era del 17 de julio.

—¡Date prisa! No vaya a aparecer Dresky.

—Aquí está la carta de despedida —explicó Julius al sacar una hoja. La dejó sobre el tablero de la mesa, la alisó y la puso al lado del informe del doctor Laurens—. ¿Ves la «a» curvada, la raya oblicua que hace las veces de punto de la «i»? Es la misma caligrafía. No me extraña que Bissing no haya seguido esta pista. Más le hubiera valido haberse investigado a sí mismo.

—Eso me lleva a otra pregunta, Julius.

—¿A cuál?

—¿Por qué le encargaría Bissing la autopsia a este chapucero si tiene a su disposición a una eminencia como Virchow?

—Porque conoció a *monsieur* Noirtier de Villefort —murmuró Julius, que casi se había quedado sin respiración al reparar en lo terribles e increíbles que eran sus sospechas.

—No entiendo.

—Los libros pueden ser peligrosos, Albrecht. Le pueden llevar a uno a hacer las cosas más horribles. ¿Recuerdas las lecturas de Bissing de estos últimos días y semanas? Poe, Hugo, Dumas. Todos escribieron sobre personas enterradas o emparedadas en vida.

—No pensarás que...

—¡Pues sí!

—No me lo imagino. Sería demasiado cruel.

—Estamos hablando de Bissing, Albrecht, y es bien sabido que para una apuesta siempre hacen falta dos personas. Quería reducir la ventaja que le llevaba el profesor. Y aquí está, negro sobre blanco: no se aplicaron cataplasmas calientes de mostaza al pecho

del cadáver ni se le frotó el cuerpo con esencia de alcanfor. Tampoco se menciona que se le hicieran cosquillas con una pluma en la garganta ni que se le pusiera agua de amoníaco bajo la nariz. Solo concibo una única conclusión: Goltz no tenía espasmos en el diafragma ni estaba muerto. ¡Todavía respiraba!

—Dios mío, ¿qué hacemos ahora?

—Muy fácil: buscar dos palas y esperar a que anochezca.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Salieron del Palacio Grumbkow y llamaron a un coche. Mientras subían al carruaje discutían acaloradamente, y por esa razón Julius Bentheim no se percató de la presencia de los dos hombres vestidos de oscuro que los seguían a una distancia prudencial montados en sendos caballos.

Acordaron encontrarse a medianoche delante de la casa de Amalia Losch. La viuda tenía un jardín en el que no les resultaría difícil encontrar palas, layas y otros utensilios para cavar. Cuando pararon delante de la casa de vecindad, el fotógrafo, que había encontrado su lugar en el mundo mucho antes de lo que debería cualquier joven de su edad, le dio un par de palmaditas en el hombro a su amigo y le dijo:

—Saluda a Filine de mi parte. Y no lo olvides: ¡cinco cervezas equivalen a una comida! Prepárate a conciencia, Julius.

Filine Sternberg lo esperaba impaciente en la buhardilla. Le confesó que ya estaba preocupada y quiso saber por qué había tardado tanto en volver. El dibujante la informó de sus presentimientos.

—¡Cómo puede el individuo llegar a ser tan malvado!

Ella le acarició el pelo.

—Todos los somos, lo llevamos en la sangre.

—No lo dices en serio, ¿verdad?

Filine suspiró.

—Ay, Julius... Si tuvieras en tu poder el anillo de Giges un solo día y pudieras volverte invisible, ¿qué harías?

Una sonrisa furtiva se deslizó por el rostro del joven.

—Es mejor que no lo sepas.

—¡Cuéntamelo, granuja!

—Iría a Hasenheide, donde se estarían celebrando los campeonatos deportivos femeninos. Haría una visita al recinto y me pasearía por los vestuarios dócil, libre, alegre y fresco como el viejo Jahn, el padre de la Educación Física.

—Eres un puerco, Julius, pero has confirmado mi teoría. ¿Cuál sería tu segundo objetivo como hombre invisible?

—Una excursión al banco. Me llenaría los bolsillos de dinero y saldría de allí sin que nadie me viera.

—¿Ves? Solo se te ocurren cosas con las que perjudicarías a otros. Piénsalo. Todas las personas a las que les he planteado esta pregunta han respondido de forma similar. Esto no proyecta precisamente una buena imagen de la humanidad, querido, pero así es la vida.

Él la abrazó.

Cenaron juntos y después se metieron en la cama. Ahora el sol se escondía mucho antes que pocas semanas atrás, y cuando la buhardilla estuvo sumida en la más completa oscuridad, Julius se volvió a vestir, le dio un beso y se puso en marcha.

Albrecht Krosick ya llevaba un rato esperándole cuando Julius llegó con el coche de punto. El fotógrafo tenía los brazos extendidos. En las manos sujetaba dos mangos. Las hojas de las palas estaban envueltas en trapos. De su antebrazo colgaba el asa de una linterna sorda. Bentheim abrió la portezuela, cogió las palas y le hizo sitio en el banco. Se inclinó hacia el tubo acústico y le indicó al conductor un lugar cercano al cementerio en el que habían enterrado a Botho Goltz:

—¡A Hallesches Tor!

Los caballos se pusieron en marcha y el traqueteo de las ruedas resonó por las calles. Dos atentos pares de ojos siguieron al

carruaje desde la oscuridad de un portal hasta que desapareció en la siguiente curva.

Pasaban los minutos. Los dos jóvenes estudiantes permanecían sentados en silencio en el vehículo, que avanzaba a trompicones hacia el sur. Hasta el Edicto judío de 1812, Hallesches Tor había sido uno de los dos únicos puntos de tránsito posibles para los judíos que quisieran salir de la ciudad. Las garitas en las que debían registrarse aún seguían a ambos lados de la calzada, pero llevaban mucho tiempo abandonadas y ya no eran más que reliquias de un tiempo pasado.

Al atravesar la puerta, el coche abandonó el término municipal de la ciudad antigua. A partir de aquí se sucedían las colonias de trabajadores y las chabolas inclinadas, habitadas por los más pobres entre los pobres, hasta que se llegaba a una zona de bosques, interrumpidos solo por un par de campos en barbecho.

Krosick pidió que pararan junto a un grupo de abetos. Al fondo se alzaba una valla ruínosa con tablones sueltos que cercaba el lugar de descanso de los muertos. El cementerio que se encontraba junto a Hallesches Tor había surgido como resultado de la unión de cinco pequeños camposantos. Allí, después de un sermón sin alma, se enterraba, y sobre todo se olvidaba, a personas de origen humilde. Sin embargo, también en él habían hallado la paz eterna personajes como Felix Mendelssohn-Bartholdy, Chamisso y E. T. A. Hoffmann.

—¡Toma! —dijo Albrecht dándole una pala a su amigo.

Le pagó al chófer una suma bastante jugosa para convencerle de que les esperara, y emprendió junto a Bentheim el camino al cementerio. Pasó agachado por debajo de un tablón y encendió la linterna para iluminar las hileras de tumbas.

—¿Sabes dónde lo han enterrado?

—Más o menos.

—¿Por qué está aquí, tan lejos? —preguntó Julius.

—¿Y quién iba a aflojar la guita para el sepelio de un asesino? —contestó Albrecht—. No tenía parientes vivos y las arcas públicas

no se dedican a financiar lujos.

Rodearon un conjunto de tumbas cubiertas de enredaderas y malas hierbas y se dirigieron hacia un gran sauce llorón que señalaba el centro mismo del terreno que agrupaba a las parroquias de la Iglesia de Jerusalén y de la Iglesia Nueva. Albrecht explicó que las fosas de los pobres se encontraban en el lado opuesto, apartadas de las sepulturas que aún tenían lápida. Hacia allá solo se veían cruces de madera podrida que asomaban del suelo como huesudas manos de cadáveres.

—¿Seguirá vivo? —preguntó Julius angustiado.

—Me da igual —replicó inclemente el fotógrafo—. Solo me propongo encontrar pruebas.

Bentheim no dijo nada más. Se concentró en el haz de luz que le iluminaba los pies. Las sombras de las lápidas y las cruces ejecutaban ante ellos una danza delirante. Atravesaron un terreno vacío, y notaron cómo las briznas descuidadas de las malas hierbas que allí crecían les rozaban las piernas. Cuando llegaron al borde exterior de la parcela, Krosick fue iluminando cada una de las cruces de madera que seguían intactas. Para Bentheim resultaba impensable que los escrúpulos religiosos le distrajeran de su propósito, pero el vello de la nuca se le empezó a erizar de todos modos. Fue más bien un miedo secular el que le inmovilizó un instante, concretamente el miedo al largo brazo de la ley, ávido de atrapar a profanadores de tumbas y a todo aquel que osara perturbar el descanso de los muertos.

Krosick se detuvo junto a un túmulo de tierra recién removida.

—Profesor Goltz —leyó en una placa de madera, y clavó la hoja de la pala en el suelo con rabia. Más allá, junto a varios sauces llorones que a buen seguro debían de arrojar una generosa sombra durante el día, había varios panteones familiares dispuestos a lo largo de un muro. En los campos de detrás se oía balar a las ovejas.

Antes de comenzar a ayudar a Albrecht, Julius lanzó una mirada furtiva a su alrededor. El débil brillo de la linterna iluminaba el montículo cada vez más grande de tierra. Sus sombras repetían

implacables sus movimientos, como si quisieran duplicar la gravedad de la irreverente profanación. Pocos minutos después estaban metidos en la tumba hasta la cadera, y Albrecht lanzó la pala a un lado para seguir sacando tierra y trozos de piedra con las manos desnudas. De pronto estas encontraron oposición.

—El ataúd —murmuró Bentheim.

—Ayúdame a levantar la tapa.

El féretro tenía forma cónica, lo cual quiere decir que el extremo superior del mismo era más ancho que el inferior. Apartaron con cuidado los últimos restos de tierra y abrieron los cierres. Antes de haber terminado de levantar la tapa ya percibieron el típico olor a descomposición. Albrecht iluminó el interior y, a pesar de que la imagen se correspondía con lo que ambos esperaban y habían imaginado, se asustaron.

El sudario ya no estaba en su sitio, sino que se había deslizado hacia abajo. La arpillera con la que habían envuelto al supuesto cadáver estaba rota y manchada de sangre. Los lamparones tenían el color de las zarzamoras. El profesor tenía los brazos doblados y cruzados delante del pecho, con las palmas de las manos orientadas hacia el observador. Las uñas estaban desgarradas o partidas, y en algunos puntos la carne de los dedos rígidos estaba tan raspada que dejaba a la vista el hueso.

—¡Dios mío! Efectivamente, aún vivía cuando lo enterraron...

Julius levantó la linterna para iluminar la cara del profesor. Se le había contraído en una mueca transmutada en una grotesca carcajada. Tenía los ojos vidriosos y quebrados, pero brillaban como los de una persona en pleno esfuerzo. Su frente se mostraba surcada de arrugas; su barba pelirroja estaba desgreñada; y su boca permanecía abierta, con la mandíbula desencajada, de manera que parecía que se la hubieran dislocado una vez muerto.

—¿Son pruebas suficientes? —dijo Bentheim mirando a su amigo a la cara.

—Más que suficientes —asintió.

—Entonces, volvamos a enterrarlo.

Krosick le agarró la mano a Bentheim antes de que este pudiera coger la pala.

—No, nos iremos de aquí dejando esto tal cual, para que mañana alguien informe a la comisaría. Lo siento por el pobre diablo que encuentre la tumba así, pero es como debe ser. De lo contrario, la gente jamás se enteraría de lo que le ha sucedido a Goltz.

Salieron de la fosa abierta y se sacudieron la tierra de la ropa. Bentheim agarró la tapa del ataúd, que estaba apoyada en la pared interior del hoyo, y la sacó del agujero para que no se cayera por casualidad. La dejó en la hierba detrás de la cruz de madera, cogió su pala y caminó a tientas detrás de su amigo, que ya dirigía sus pasos hacia el carruaje.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Julius se sorprendía siempre de lo discretos que podían llegar a ser los chóferes de Berlín. En los últimos meses había tenido que recurrir más de una vez a los servicios de un ayudante silencioso, y en todas las ocasiones había podido confiar en su sigilo. También esa noche. Era indudable que al hombre del pescante le habría llamado la atención su aspecto sucio, pero ni siquiera pestañeó al ver acercarse por el camposanto a aquellas dos figuras oscuras.

—El viaje de vuelta costará dos billetes más —se limitó a gruñir con la mano abierta.

—¡Usurero! —maldijo Krosick, y rebuscó el dinero en el fondo de sus bolsillos.

—Aquí los tiene —se le adelantó Julius pagando al hombre sus honorarios—. A cambio, llévenos de inmediato a la ciudad, al canal navegable de Spandau. Deténgase en la orilla oeste de la esclusa del Havel. Nos bajaremos allí.

El hombre cogió el dinero con codiciosa habilidad. Los dos amigos se subieron al coche y enseguida oyeron restallar el látigo.

—Es Bissing quien vive a orillas del Havel, ¿verdad? —preguntó Albrecht.

Se trataba más bien de una afirmación, y Julius se ahorró la respuesta. A través de la ventanilla observó en silencio el cementerio, que había recuperado ya su calma y su paz. El coche giró en una de las calles principales y continuó sin contratiempos en dirección a las antiguas murallas de la ciudad. Ya en el barrio obrero, un perro callejero los siguió entre ladridos hasta quedarse

atrás con la lengua fuera. Vieron aparecer las casas de vecindad desmoronadas y ennegrecidas, y enseguida se encontraron traqueteando sobre los adoquines del muelle. Los dos jóvenes le pidieron al chófer que parara justo después de la dársena del Havel y se apearon.

—¿Habías estado alguna vez aquí? —preguntó Albrecht.

—Me dio su dirección —contestó escueto Julius.

—Entiendo. Los desnudos.

El dibujante aceleró el paso hasta detenerse delante del portal de una casa de la alta burguesía. La fachada era de ladrillo, y un farol de gas proyectaba luz suficiente para que se pudieran leer sin problemas las chapas de latón con los nombres de los habitantes de la casa. En los apartamentos individuales se alojaban un miembro del consejo y dos médicos, mientras que el comisario ocupaba la planta principal.

—Llama al timbre.

Bentheim obedeció y después retrocedió hacia la calle para poder ver mejor el primer piso. Se accionó el timbre mecánico, se encendió una luz y sobre sus cabezas se abrió una ventana. Ante ellos aparecieron la cara enjuta y el pelo castaño corto de Bissing. El comisario respiró hondo, levantó brevemente la vista hacia el cielo oscuro de aquella madrugada de octubre y dijo contrariado:

—Espero que sea importante, caballeros.

—¿No echará usted en falta un par de guantes? —le gritó Julius.

—Esperen un momento.

Desapareció para regresar poco después con un manojo de llaves que dejó caer por la ventana.

—¡Ahí van!

Albrecht y Julius entraron en un acogedor vestíbulo con macetas de flores en el suelo. Subieron la escalera. La puerta a la planta principal ya estaba abierta, pero no había rastro del señor de la casa. Julius cedió el paso al fotógrafo y lo siguió. El suelo era de baldosas negras, y el centro lo ocupaba una mesa de comedor, pero también había muchas cómodas y mesitas auxiliares. A juzgar por

los ruidos que salían del baño, Bissing estaría refrescándose. Sin duda era un hombre vanidoso, algo que asimismo se reflejaba en el interior de la vivienda, decorado con muy buen gusto. Parecía adinerado, y no solo se movía como pez en el agua entre la alta sociedad, sino previsiblemente también en el mundo de las bellas artes. Por todas partes se veían estatuillas, ceniceros de formas peculiares y cuadros de pintores famosos. Se trataba claramente de copias, pero daban cuenta de un gusto exquisito que Julius no tuvo por menos que reconocerle. En el fondo, Julius se sentía incluso halagado por el hecho de que un hombre de semejante sensibilidad estética lo hubiera escogido a él como su pornógrafo personal.

El comisario, en batín y oliendo al agua de rosas de su loción de afeitado, compareció ante ellos.

—¿Cuáles son sus alegaciones? —preguntó sin siquiera ofrecer asiento a sus invitados.

Al grano y sin rodeos, pensó Bentheim. Está analizando nuestro aspecto, y nuestra ropa llena de mugre ya le ha revelado de dónde venimos.

Krosick cogió una figura de un fauno de una cómoda y jugueteó con ella entre las manos hasta que dirigió de nuevo la mirada hacia el hombre delgado.

—En realidad ya lo sabemos todo, señor Bissing, y tenemos las pruebas en nuestro poder. Pero, como somos personas de honor, le damos la oportunidad de despedirse de este mundo como un hombre de bien. ¿Tiene usted un arma de servicio?

Moritz Bissing asintió.

—¿Utensilios de escritura? ¿Folios, pluma, tinta?

—Sí.

—Prepárelo.

Titubeó un instante, pero después entró en su despacho, regresó con lo que se le había pedido y lo dejó todo encima de la mesa de comedor. Julius se acercó y revisó la pistola de avancarga. Cogió los proyectiles, las cápsulas fulminantes, la mecha y la pólvora, y preparó el arma con un par de movimientos profesionales.

Bissing lo presenci3 todo sin pesta3ear. Cuando Julius volvi3 a dejar la pistola en la mesa, el comisario dijo:

—Antes mencion3 usted unos guantes.

—S3 —contest3 Albrecht dejando el fauno en su sitio—, sabemos c3mo lo hizo. Sin embargo nos interesa averiguar qu3 tipo de veneno utiliz3.

—El veneno de los Tetraodontidae —explic3, y se sent3 a la mesa—. Se trata de una familia de coloridos peces de arrecife. Poseen cuatro grandes dientes con los que son capaces de romper las conchas de los moluscos, los caracoles y los cangrejos. De ah3 su nombre en lat3n. Cuando estos peces se ven amenazados, se hinchan absorbiendo aire o agua, y por eso se les llama peces globo. Su consumo es letal debido a la tetradotoxina.

—Pero el profesor no comi3 nada.

—El consumo es letal, se3or Bentheim, pero no el contacto con la piel desnuda. Esto 3ltimo puede causar una par3lisis de duraci3n variable dependiendo de la dosis. La piel humana absorbe el veneno, que pasa a la circulaci3n. As3, un m3dico inexperto no es capaz de distinguir entre una persona envenenada de este modo y un cad3ver.

—Supongo que llevaba una dosis de esa toxina en la cartera.

—S3. Yo sab3a de antemano cu3l ser3a el contenido de la exposici3n de Botho Goltz. Recuerden, caballeros, que entre el profesor y yo mediaba una apuesta. No pod3a untarle el veneno en la piel con la mano desnuda. Por eso necesitaba un guante.

—Habr3a sido el asesinato perfecto si hubiera tirado los guantes en otro lugar —dijo Albrecht con frialdad—. Al hacerlo as3, conseguimos relacionarlo todo: los guantes, el veneno y sus recientes lecturas sobre enterrados en vida.

Bissing sonri3.

—¿Saben cu3l es la mayor iron3a de todo esto? Cuando el profesor despert3 de su entumecimiento y poco a poco comprendi3 d3nde estaba, ¡c3mo debi3 de enfadarle que yo tambi3n hubiera logrado cometer un asesinato perfecto! Un espect3culo impagable.

Julius y Albrecht no replicaron.

Bissing señaló con la cabeza los utensilios de escritura y preguntó:

—¿Para mis últimas voluntades?

Albrecht Krosick asintió.

—Destruya todos los documentos que hagan referencia a su implicación en los casos Goltz y Hackeborn y escriba una carta de despedida. La policía de Berlín no puede permitirse que se sepa que se ha tomado usted la justicia por su mano. ¡Ah, sí! También sería un gesto elegante por su parte quemar todos los desnudos que tiene en su poder.

—Así que también han atado los cabos del caso Hackeborn...

—Como ya hemos dicho, tenemos pruebas. Usted y Goltz están cortados por el mismo patrón. Son unos completos monstruos.

—Pero deberían tener algo en cuenta: el profesor se aprovechó de personas inocentes. Puede que se tratara de personajes de moral despreciable a ojos de la sociedad, pero, al fin y al cabo, no habían hecho daño a nadie. En cambio mis víctimas sí eran culpables. Botho Goltz era un asesino demostrado, y Viktor Hackeborn, un violador.

Bentheim respiró hondo.

—Parece que su sentido de la justicia es diferente al nuestro —dijo—. ¿Ha habido más víctimas? Recuerdo una conversación entre usted y Gideon Horlitz en el pasillo del Palacio de Justicia. Insinuaron que en ocasiones los remordimientos acababan con cualquier criminal.

Bissing lo miró desafiante. Dio golpecitos rítmicos en el tablero de la mesa con los dedos y chasqueó la lengua.

Entonces repitió las palabras del dibujante en tono misterioso:

—Con cualquiera, señor Bentheim. En eso tiene usted toda la razón. —A continuación se levantó y les estrechó la mano a los dos estudiantes—. No se preocupen, caballeros, he tenido cuidado de no dejar huellas. No tengo esposa ni hijos, y mi herencia ya está reglada. Asimismo, quisiera mostrarles mi más sincera admiración

—añadió con una sonrisa melancólica—. El Palacio Grumbkow puede estar orgulloso de las generaciones venideras. Saluden a Horlitz de mi parte. Y ha llegado el momento de despedirme, caballeros.

Los acompañó a la puerta.

Una vez fuera, cruzaron la calle y se apoyaron en el muro del muelle sin apartar la mirada de la casa de ladrillo. Ninguno de los dos dijo una sola palabra: ambos permanecieron en silencio, sorprendidos por la serenidad con la que Bissing se resignaba a su destino. A su espalda, el Havel fluía lentamente y el sol salía poco a poco. La noche había sido larga. Cuando por fin se oyó el disparo en el piso principal, los dos estudiantes supieron que podían emprender el camino de vuelta a casa.

CAPÍTULO TREINTA

Julius Bentheim estaba tan cansado y extenuado que lo único que quería era llegar a casa con Filine y tumbarse en la cama junto a ella. En cambio, Krosick estaba muy excitado. Parloteaba y repasaba una y otra vez los acontecimientos de los últimos tres meses. De manera que al final Julius se dejó convencer para desayunar con su amigo.

—¿Nos hemos rebajado en realidad al nivel de nuestros dos caballeros de la Sociedad Feuerbach? Al fin y al cabo hemos empujado a uno de ellos a la muerte —reflexionó el dibujante.

Estaba sentados en el Café Kranzler, en lo que se conocía como la Rampa, una terraza con vistas a Kurfürstendamm. Era la espina clavada de la policía urbanística, ya que gozaba de la protección especial del rey. Se trataba de la primera cafetería a cuyo dueño se le había ocurrido poner mesas en la calle, algo por lo que el Kranzler se había convertido en un punto de reunión habitual para gente de todas las edades.

El aroma a café molido invadió la nariz de los estudiantes, y Krosick negó con la cabeza.

—No, Julius —replicó—. Somos inocentes. Estaba en la mano de Bissing decidir cómo reaccionar ante nuestro descubrimiento. También podría haber huido. A algún lugar en el extranjero.

—¿Como hombre de bien? Jamás. No le hemos dejado elección.

—Dejó de merecer nuestro respeto en el momento en que descubrimos que mató a otras personas.

—En eso tienes razón.

—A veces es posible abogar por la desobediencia ciudadana —comentó Albrecht—. En tanto que colectivo, es labor de los seres humanos esforzarse por cumplir las normas y las leyes. Sin embargo, como individuos, deberíamos hacer siempre lo mejor, a pesar de que sea ilegal. Lo cierto es que este caso constituye una obra maestra, ¿no crees? La determinación tan férrea con la que han actuado ambos asesinos, unida al desprecio por todo el esquema común de valores... Ni codicia ni deseo ni homicidio por encargo. Un crimen puro, fruto de la depravación más absoluta. ¡Ay, mi querido amigo...! Y todo planeado hasta en sus mínimos detalles.

Se llevó la taza de café a la boca y dio un sorbo.

—Al menos hemos resuelto nuestro primer asesinato —dijo Julius con orgullo como colofón. Pidieron tarta e ignoraron las miradas de reojo que atraían sus ropas aún sucias.

Se despidieron poco antes de las nueve y Bentheim tomó un ómnibus abierto. Tuvo que hacer dos transbordos para llegar a la Marienburger Straße. Escaló piso a piso hasta alcanzar la última planta. Constató asombrado que la puerta que conducía al pasillo comunitario estaba abierta.

—¿Filine? —gritó sin recibir respuesta.

Miró a su alrededor. Un mal presentimiento le recorrió la espalda. La puerta de la casa de la vieja señora Lützow estaba cerrada, así como la de la buhardilla que había pertenecido a Lene Kulm y a Gregor Haldern. La ventana del patio de luces estaba entreabierta, y la suave corriente balanceaba la pata de corzo de la campanita. El dibujante se acercó a la puerta de la vivienda, que habían dejado entornada. Oía ruidos, retazos de una conversación, y enseguida comprendió que Filine ya no estaba allí. El cosquilleo de la piel y la punzada en las entrañas pusieron de manifiesto el miedo que amenazaba con dominarlo.

No llevaba consigo la pala ni ninguna otra herramienta que hubiera podido usar como arma. Albrecht se lo había llevado todo, y Julius Bentheim se quedó inmóvil en el pasillo durante un par de segundos eternos. Entonces dio una patada a la puerta del cuarto

para abrirla por completo y vio tres figuras, dos de las cuales lo escudriñaron con la mirada. Un tipo atlético de pelo rubio y un pelirrojo de aspecto rechoncho estaban sentados a la mesa jugando a las cartas.

En cambio el tercero, un hombre delgado de rostro pálido y unos cuarenta años de edad, permanecía de pie junto a ellos y lo observaba con la inclemencia de una fiera. El estudiante se mareó al reconocer en él al pastor Gottfried Sternberg. El padre de Filine tenía un libro abierto entre las manos: los restos despedazados de una novela de quiosco. Al fondo, un fuego alimentado con los volúmenes de la biblioteca de Bentheim crepitaba en la estufa. A Julius le pareció estar presenciando una obra de teatro cuyo final fuese absolutamente predecible.

—¿Y si alguien hiciera lo mismo en su casa? —les espetó con el valor del que se sabe desesperado—. ¿Y si alguien lanzara a las llamas la biografía de santo Tomás en la que supuestamente está trabajando? ¿Qué opinaría entonces?

—Yo escribo textos edificantes, señor Bentheim. Lo único que se obtiene de la lectura de las novelas baratas que he encontrado aquí es una imaginación perversa. Sus dibujos obscenos y pecaminosos son un buen ejemplo de ello.

A pesar de no haber visto ninguno de los bocetos, uno de los hombres esbozó una sonrisa mordaz. Puede que fueran unos brutos, pero en sus semblantes no se reflejaba rencor personal alguno hacia Julius. Cumplían con su trabajo, y el pastor debía de haberles pagado bien.

—Tendría que haberse limitado usted a los iconos religiosos que pintaba al principio para Filine y para mí —prosiguió el pastor. Dejó vagar la mirada y contempló la lóbrega habitación, como si justo en ese momento se hubiera dado cuenta de que era aquello a lo que se había reducido la vida de su hija durante las últimas semanas—. Lo único que puedo recomendarle es arrepentimiento y penitencia.

—¿Qué ha hecho con Filine?

—No volverá a verla jamás.

—¿Dónde está? ¿Se encuentra bien?

El pastor se sacó un pañuelo del chaleco y se limpió las manos. Se miró los dedos ensimismado antes de guardarse de nuevo el pedazo de tela.

—¡Jure que no le hará daño!

Gottfried Sternberg miró a Bentheim con una mirada impregnada de todo el odio del mundo.

—¿Jurar? —se mofó—. Un hombre de Dios no jura jamás. Está escrito que no debe invocarse al Cielo como testigo ni responder de hecho alguno con la propia vida. Jurar es un acto diabólico. Mi desconfianza hacia usted ha resultado justificada, si bien de un modo diferente al que yo esperaba.

—Nos amamos —replicó Julius.

—¿Amor? No sea usted insensato: el corazón es una cosa obstinada y temerosa. ¿Quién podría desentrañarlo? —Se agachó para abrir la puerta de la estufa y lanzó la novela al fuego. Cuando se incorporó, dijo con firmeza—: No volveremos a vernos jamás, señor Bentheim.

El enjuto individuo salió al pasillo pasando junto a Julius, y sus acompañantes se levantaron. Uno de ellos hizo crujir los nudillos. Sin apartar la vista del muchacho, le dieron tiempo hasta que su jefe hubo desaparecido por la escalera para resignarse a lo que le esperaba. Julius estaba a punto de hablar cuando recibió un puñetazo del pelirrojo. El estudiante, resollando, cayó de rodillas. Sabía que era capaz de pelear, pero defenderse solo habría empeorado las cosas. Recibió un fortísimo codazo en la cara y la sangre de su boca salpicó la mesa y el suelo. Intentó levantarse, pero unas manos fornidas lo agarraron, lo levantaron y lo lanzaron al otro lado de la habitación. Quedó tendido retorciéndose en el colchón en el que Filine y él habían hecho el amor por las noches. Trató de recuperar el aliento.

La nariz le sangraba a chorros. Cuando logró ponerse de pie escupió y se apoyó en la pared.

—No es nada personal, enano —dijo el rubio.

Un puñetazo en el estómago lo dejó sin respiración y, a continuación, un gancho en la barbilla hizo que todo se tambaleara a su alrededor. De nuevo en el suelo, el pelirrojo cogió impulso con el pie y le pisó las costillas, que crujieron de Forma preocupante. Julius sintió una oleada de dolor, y cuando estaba a punto de perder el conocimiento oyó el sonido amortiguado de pasos que se alejaban. Se le apareció el rostro de Filine y le acarició el pelo mentalmente. Apretó un extremo de la almohada con el puño, mientras un fino reguero rojo le resbalaba por el labio partido. Los agudos dolores que sentía se reflejaban en los latidos de su frente. No podía dejar de toser.

Te encontraré, pensó el joven dibujante incorporándose en un arrebato. Te buscaré, te encontraré y te arrancaré de las garras de ese monstruo. Lo hice una vez y lo volveré a hacer de nuevo.

Un resplandor amarillento lo cegó y la habitación se fue desdibujando. Hasta que por fin, cuando la última fibra de su cuerpo se rindió, Julius Bentheim se sumió en un liberador estado de inconsciencia.

FIN^[4]

PERSONAJES HISTÓRICOS

Fontane, Theodor (1819-1898), farmacéutico, periodista en el *Neue Preußische Zeitung*, poeta y autor épico (*Effi Briest*, *El Stechlin*, entre otras obras). Se le considera uno de los mayores exponentes del realismo literario.

Lewald, Fanny (1811-1889), escritora alemana y anfitriona de salones literarios. Fue una de las principales defensoras de la emancipación femenina y judía. Su novela social *Jenny* se convirtió en una de las obras más importantes y de mayor éxito de la literatura femenina de la época.

Retcliffe, sir John: en realidad Friedrich Goedsche (1815-1878), periodista, autor de novelas sensacionalistas y tendenciosas. El capítulo «El cementerio judío de Praga», de su obra maestra *Biarritz*, constituiría la fuente inspiradora del posterior libelo antisemita *Los protocolos de los sabios de Sión*.

Stahr, Adolf (1805-1876), profesor de instituto, historiador de la literatura, escritor. Cónyuge de Fanny Lewald, con quien se casó en segundas nupcias.

Virchow, Rudolf (1821-1902), etnólogo, arqueólogo, político, médico. Cofundador de la patología moderna; se le considera uno de los médicos más importantes de todos los tiempos.

NOTAS DE LA TRADUCTORA

[1] Las *Leberreime* (literalmente «rimas de hígado») son un tipo de rimas satíricas alemanas improvisadas que se remontan al siglo XIV. Se recitaban sobre todo en los brindis y otras reuniones sociales, y deben su nombre a su verso inicial, que siempre hace referencia al hígado de un animal, normalmente el lucio. <<

[2] Comentario en referencia al título de la revista que está leyendo Filine, *Die Gartenlaube*, que significa «el quiosco» o «la glorieta». <<

[3] Dos famosas figuras criminales de principios del siglo XIX en Prusia. <<

[4] Continuará en el segundo caso de Julius Bentheim. <<